

K-PAX



Gene Brewer

Lectulandia

Prot acaba de entrar como paciente en una de las instituciones para enfermos mentales de la ciudad de Nueva York. Su presencia en el centro está plenamente justificada: Prot afirma ser un alienígena proveniente del planeta K-PAX, un planeta donde reina la armonía. Es su único rasgo peculiar, puesto que por lo demás, Prot es una persona cuerda, inteligente y de maneras agradables. Pacientes, celadores y médicos están encantados con su presencia. Prot parece tener un efecto positivo sobre los demás enfermos, y el planeta K-PAX les parece un lugar extraordinario. Incluso los especialistas han empezado a dudar... ¿Y si K-PAX existiese en algún lugar del universo? ¿Y si Prot pudiese indicarnos el camino?

Lectulandia

Gene Brewer

K-PAX

ePUB r1.3

Meddle 23.03.14

Título original: *K-PAX*
Gene Brewer, 1995
Traducción: Elena Barrutia
Retoque de portada: Piolin

Editor digital: Meddle
Corrección de erratas: Jecanre, jpneira
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Prólogo

En abril de 1990 recibí una llamada del doctor William Siegel, del Hospital Psiquiátrico de Long Island. Bill es un antiguo amigo y un distinguido colega, y en aquella ocasión la llamada era profesional.

Estaba tratando a un paciente que llevaba varios meses en el hospital. El paciente era un varón blanco de unos treinta años que había sido detenido por la policía de Nueva York tras asaltar a un hombre en una terminal de autobuses del centro de Manhattan. Según el informe policial sus respuestas a las preguntas rutinarias no tenían sentido, y después de ficharle le llevaron al Hospital Bellevue para que le examinaran.

Aunque estaba algo demacrado, en el examen médico no se le detectó ninguna enfermedad, su estado emocional era casi normal y tampoco presentaba síntomas de desequilibrio mental, afasia o alucinaciones acústicas. Sin embargo, tenía una fantasía un tanto extraña: creía que venía de otro planeta. Después de estar varios días en observación le trasladaron a Long Island, donde pasó los cuatro meses siguientes.

Bill no podía hacer mucho por él. Aunque colaboró en las distintas fases del tratamiento, ni siquiera respondió a los antipsicóticos más fuertes. Al finalizar seguía convencido de que era un visitante de K-PAX. Y lo que era peor, consiguió que otros muchos pacientes se creyeran esta fantasía. Incluso algunos miembros del personal comenzaron a escucharle. Sabiendo que el tema de los delirios siempre me había interesado, Bill me pidió que me ocupara del caso.

No pudo haber llegado en peor momento. Como director en funciones del Instituto Psiquiátrico de Manhattan tenía ya más trabajo del que podía asumir, e incluso había reducido el número de pacientes desde comienzos de ese año. Pero el caso parecía interesante, y le debía a Bill un par de favores, así que le dije que me enviara una copia del expediente de aquel hombre.

Cuando llegó yo seguía atareado con mis gestiones administrativas, y pasaron unos cuantos días hasta que lo encontré en mi mesa bajo un montón de documentos. Desalentado ante la perspectiva de aceptar a otro paciente, leí rápidamente el informe, que resumía una historia muy extraña. Aunque nuestro «alienígena» se expresaba con lucidez y se orientaba bien en el tiempo y en el espacio, era incapaz de aportar ningún dato fiable respecto a su origen y sus antecedentes. En definitiva, además de tener delirios sufría una amnesia total. Llamé a Bill y le pedí que hiciera los preparativos para trasladar a este hombre desconocido, que se llamaba a sí mismo «prot» —en minúsculas— a nuestro centro.

Llegó la primera semana de mayo, y le programé una sesión preliminar para el miércoles nueve, a la hora en la que solía preparar las clases de «Principios de Psiquiatría» que impartía en la Universidad de Columbia. A partir de ese momento le

vi una vez por semana durante varios meses, y en ese periodo llegué a tomarle un gran afecto, como se podrá apreciar en el siguiente relato.

Aunque los resultados de aquellas sesiones han quedado reflejados en la literatura científica, decidí escribir esta historia personal porque creo que puede ser de interés para el público en general y, parafraseando al doctor Arieti, por lo que aprendí de mí mismo gracias a él.

Primera sesión

Cuando entró en mi consulta lo primero que pensé es que podía ser un deportista: un jugador de fútbol o un luchador. Era más bien bajo, corpulento y moreno. Tenía el pelo negro y espeso. Llevaba unos pantalones de pana azul cielo, una camisa vaquera y unos zapatos de lona. En las primeras sesiones no le vi los ojos; aunque la luz era relativamente suave siempre llevaba gafas oscuras.

Cuando le pedí que se sentara, sin decir una palabra se acomodó en la silla de vinilo negro. Sus ademanes eran tranquilos y sus pasos ágiles y bien coordinados. Parecía relajado, así que les dije a los enfermeros que se retiraran.

Abrí su expediente y anoté la fecha en una hoja amarilla. Él me observaba atentamente, esbozando una leve sonrisa. Le pregunté si se encontraba cómodo o necesitaba algo. Para mi sorpresa pidió una manzana. Su voz era suave y clara, sin ningún acento extranjero o regional perceptible. Llamé por teléfono a la enfermera jefe, Betty McAllister, y le pedí que mirara si había alguna en las cocinas del hospital.

Mientras esperábamos revisé su historial médico. Según nuestro médico jefe, el doctor Chakraborty, la temperatura, el pulso, la tensión, el electrocardiograma y los valores sanguíneos eran normales. No tenía problemas dentales. El examen neurológico (coordinación, tono y reflejos musculares) también era normal, al igual que la discriminación espacial. No tenía problemas de agudeza visual o auditiva ni tampoco en sentir el frío y el calor, manipular objetos, describir imágenes o copiar cifras. Tampoco parecía tener dificultades para resolver problemas complejos. El paciente era inteligente, observador y lógico. Excepto por su peculiar delirio y la amnesia total, estaba sano como un roble.

Betty entró con dos manzanas grandes en una bandeja. Me miró para pedir mi aprobación y cuando asentí con la cabeza se las ofreció al paciente. Al cogerlas exclamó: «¡Red Delicious. Mis favoritas!». Después de preguntarnos si queríamos probar, mordió un gran bocado ruidosamente. Le dije a mi ayudante que podía retirarse y observé cómo devoraba «prot» la fruta. Nunca había visto a nadie disfrutar tanto con algo. Se comió las dos manzanas enteras, incluidas las semillas. Cuando hubo terminado dijo: «Muchas gracias» y esperó a que yo comenzara, con las manos sobre las rodillas como un niño.

Aunque las entrevistas psiquiátricas no se graban normalmente, en nuestro centro siempre lo hacemos con fines educativos y de investigación. Lo que sigue es la transcripción de esa primera sesión, en la que he incluido algunas observaciones personales. Como de costumbre en las entrevistas iniciales, mi intención era charlar con aquel hombre para conocerle y ganarme su confianza.

—¿Puede decirme su nombre?

—Sí —contestó.

¿Reflejaba aquella respuesta su sentido del humor?

—¿Cómo se llama?

—Me llamo prot.

—¿Es ése su nombre o su apellido?

—Es mi nombre completo.

—¿Sabe dónde está, señor prot?

—Simplemente prot. Sí, claro. Estoy en el instituto psiquiátrico de manhattan.

Más adelante descubrí que prot escribía con mayúsculas los nombres de los planetas y las estrellas, pero no los de personas, instituciones o países. Por razones de coherencia y para describir mejor el carácter de mi paciente, he adoptado esa convención en este relato.

—Bien. ¿Sabe quién soy yo?

—Parece un psiquiatra.

—Así es. Soy el doctor Brewer. ¿Qué día es hoy?

—¡Ah! Usted es el director en funciones. Miércoles.

—¡Ajá! ¿De qué año?

—1990.

—¿Cuántos dedos le estoy mostrando?

—Tres.

—Muy bien. Dígame, señor... disculpe, prot, ¿sabe por qué está aquí?

—Naturalmente. Creen que estoy loco.

—Yo prefiero el término «enfermo». ¿Cree que está enfermo?

—Tal vez sienta un poco de nostalgia. Echo de menos mi hogar.

—¿Y dónde está su hogar?

—En K-PAX.

—¿Kapacs?

—Ka, guión, pe, a, equis. K-PAX.

—¿Con ka mayúscula?

—Todo con mayúsculas.

—Bien. K-PAX. ¿Es una isla?

Entonces sonrió al darse cuenta de que yo ya sabía que creía proceder de otro mundo. Pero dijo simplemente:

—K-PAX es un PLANETA. Pero no se preocupe; no voy a comérmelo.

Yo también sonreí.

—No estaba preocupado. ¿Dónde está K-PAX?

Lanzó un suspiro con aire indulgente y movió la cabeza de un lado a otro.

—A unos siete mil años luz de aquí, en lo que para ustedes es la CONSTELACIÓN LIRA.

—¿Cómo llegó a la Tierra?

—Es difícil de explicar...

En ese momento anoté en mi bloc que, aunque sólo llevaba cinco minutos con él, y a pesar de que tenía muchos años de experiencia, comenzaba a irritarme su actitud condescendiente.

—Inténtelo —le dije.

—Se trata de aprovechar la energía de la luz. Puede que le resulte difícil creerlo, pero se hace con espejos.

Me dio la impresión de que me estaba tomando el pelo, pero tenía gracia, y contuve la risa.

—¿Viaja a la velocidad de la luz?

—¡Oh, no! Podemos viajar a una velocidad superior, varios múltiplos de c . Si no fuera así debería tener al menos siete mil años, ¿no cree?

Hice un esfuerzo para sonreír.

—Es muy interesante —comenté—, pero según Einstein no hay nada que pueda ir más rápido que la velocidad de la luz, que si no me equivoco es de trescientos mil kilómetros por segundo.

—No interpreta bien a Einstein. Lo que dijo fue que nada puede acelerar hasta alcanzar la velocidad de la luz porque su masa sería infinita. Einstein no dijo nada sobre los entes que viajan a esa velocidad o a una velocidad superior.

—Pero si su masa es infinita cuando...

Puso los pies sobre mi mesa y añadió:

—En primer lugar, doctor Brewer... ¿Puedo llamarle Gene? Si eso fuese cierto también los protones tendrían una masa infinita. Y además, cuando los taquiones...

—¿Taquiones?

—Los entes que viajan a una velocidad superior a la de la luz se llaman taquiones. Puede comprobarlo.

—Gracias. Lo haré —mi respuesta suena un poco brusca al escuchar la cinta—. Si le he entendido bien, no ha llegado a la Tierra en una nave espacial, sino en una especie de rayo de luz.

—Podría decirlo de ese modo.

—¿Cuánto ha tardado en llegar a la Tierra desde su planeta?

—Nada. Verá, los taquiones viajan más rápidos que la luz, y por lo tanto retroceden en el tiempo. Naturalmente, el tiempo pasa para el viajero, que tiene más edad que al partir.

—¿Y cuánto tiempo lleva en la Tierra?

—Cuatro años y nueve meses. De acuerdo con sus cálculos, claro.

—¿Según eso cuántos años tiene ahora de acuerdo con nuestros cálculos?

—Trescientos treinta y siete.

—¿Tiene trescientos treinta y siete años?

—Sí.

—Bien. Hábleme un poco de su vida, por favor.

Aunque la historia de este hombre era increíble, en la práctica psiquiátrica se hace hablar a los pacientes amnésicos con la esperanza de obtener información sobre su identidad real.

—¿Antes de llegar a la TIERRA o...?

—Para empezar, dígame: ¿Por qué fue elegido para viajar a nuestro planeta?

Entonces sonrió abiertamente. Aunque parecía una persona inocente, incluso ingenua, preferí ojear su ficha para no ver esa cara sonriente con gafas oscuras.

—Elegido. Ése es un concepto humano.

Al levantar la vista vi que se estaba rascando la barbilla y miraba al techo como si estuviera buscando las palabras adecuadas para explicar sus elevadas ideas a un ser inferior como yo.

—Quería venir y aquí estoy.

—¿Cualquiera que desee venir a la Tierra puede hacerlo?

—Cualquiera de K-PAX. Y de otros PLANETAS más, por supuesto.

—¿Ha venido alguien con usted?

—No.

—¿Por qué quería venir a la Tierra?

—Simple curiosidad. La TIERRA parece un lugar muy animado visto y oído desde el espacio. Y es un PLANETA de clase III-B.

—Que significa...

—Que está en una fase inicial de evolución, con un futuro incierto.

—Entiendo. ¿Y es la primera vez que viene a nuestro planeta?

—¡Oh, no! He estado aquí muchas veces.

—¿Cuándo fue la primera vez?

—En 1963, según su calendario.

—¿Y nos ha visitado alguien más de K-PAX?

—No. Yo soy el primero.

—Me tranquiliza oírlo.

—¿Por qué?

—Digamos que produciría a mucha gente cierto grado de consternación.

—¿Por qué?

—Si no le importa, preferiría que hoy habláramos de usted. ¿Está de acuerdo?

—Como quiera.

—Bien. ¿En qué otros lugares del universo ha estado?

—He estado en sesenta y cuatro PLANETAS de nuestra GALAXIA.

—¿Y en cuántos ha encontrado vida?

—En todos. Los que están desiertos no me interesan. Aunque a algunos les

fascinan las rocas, los fenómenos meteorológicos y...

—¿Sesenta y cuatro planetas con vida inteligente?

—Todo tipo de vida es inteligente.

—¿Y en cuántos hay seres humanos como nosotros?

—La TIERRA es el único con *homo sapiens* que he visitado hasta ahora. Pero sabemos que hay unos cuantos más.

—¿Con vida inteligente?

—No, con vida humana. Hay millones de PLANETAS que tienen vida. Pero no los hemos visitado todos. Es un cálculo aproximado.

—¿Cuando habla en plural se refiere a los habitantes de K-PAX?

—A los K-PAXianos, los NOLLianos, los FLORíanos...

—¿Son otras razas de su planeta?

—No. Son habitantes de otros mundos.

La mayoría de los pacientes que tienen delirios se sienten tan confusos que balbucean o tartamudean cuando intentan responder a las preguntas complejas con coherencia. Pero éste además de conocer una serie de temas misteriosos tenía la confianza suficiente para exponer lo que sabía de un modo convincente. Anoté en mi bloc que podía haber sido científico, tal vez físico o astrónomo, e hice otra anotación para determinar hasta dónde llegaban sus conocimientos en esas materias. De momento lo que me interesaba era averiguar algo sobre su vida anterior.

—Vamos a retroceder un poco, si no le importa. ¿Podría hablarme de K-PAX?

—Desde luego. K-PAX es un poco más grande que su PLANETA, más o menos como NEPTUNO. Es un mundo hermoso, como la TIERRA, con una gran variedad de colores. Pero K-PAX es precioso sobre todo cuando K-MON y K-RIL están en conjunción.

—¿Qué son K-MON y K-RIL?

—Son nuestros dos SOLES. Ustedes los llaman AGAPE y SATORI. Uno de ellos es mucho más grande que el suyo, y el otro más pequeño, pero los dos están más lejos de nuestro PLANETA que el SOL del suyo. K-MON es rojo y K-RIL es azul. Pero debido a la complejidad de nuestro sistema orbital tenemos periodos más largos de luz y oscuridad que ustedes, y con menos variedad. Es decir, en K-PAX la mayor parte del tiempo estamos en penumbra. Una de las primeras cosas que se notan al llegar a su MUNDO es la luminosidad que hay aquí.

—¿Por eso lleva gafas oscuras?

—Así es.

—Me gustaría aclarar algo que ha mencionado antes.

—Por supuesto.

—Ha dicho que lleva en la Tierra cuatro años y varios meses.

—Nueve.

—Sí, nueve. Me gustaría saber dónde ha vivido durante ese tiempo.

—En todas partes.

—¿En todas partes?

—He viajado por todo su MUNDO.

—Ya veo. ¿Y dónde comenzó el viaje?

—En zaire.

—¿Por qué en zaire? Eso está en África, ¿no?

—En aquel momento estaba en línea recta con K-PAX.

—Ah. ¿Y cuánto tiempo estuvo allí?

—Un par de semanas. Lo suficiente para conocer el país y los seres que lo habitan. Me gustó mucho, sobre todo los pájaros.

—¿Qué idiomas se hablan en zaire?

—¿Quiere decir humanos?

—Sí.

—Además de las cuatro lenguas oficiales y el francés, hay una gran cantidad de dialectos locales.

—¿Puede decir algo en zaireño? En cualquier dialecto.

—Claro. *Mama kotta rampoon.*

—¿Qué significa eso?

—Tu madre es un gorila.

—Gracias.

—De nada.

—¿Y adonde fue después de zaire?

—Por toda África. Luego fui a Europa, Asia, Australia, la Antártida y por último a América.

—¿Cuántos países ha visitado?

—Todos excepto el este de Canadá, Groenlandia e Islandia. Son mis últimas paradas.

—¿Cuántos son todos? ¿Cien?

—Cerca de doscientos por ahora, pero cada vez hay más.

—¿Y habla todas las lenguas?

—Lo suficiente para defenderme.

—¿Cómo viaja? ¿No le paran en las fronteras?

—Ya le he dicho que es difícil de explicar...

—¿Con espejos?

—Exactamente.

—¿Cuánto tarda en ir de un país a otro a la velocidad de la luz o al múltiplo que utilice?

—Nada.

—¿Le gusta viajar a su padre?

Al mencionar de repente a su padre prot vaciló un poco, pero no reaccionó de un modo extraño.

—Supongo. A la mayoría de los K-PAXianos les gusta.

—¿Y viaja? ¿Qué tipo de trabajo tiene?

—No trabaja.

—¿Y su madre?

—¿Qué quiere saber de ella?

—¿Trabaja?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Entonces están los dos retirados?

—¿Retirados de qué?

—De lo que hicieran para ganarse la vida. ¿Cuántos años tienen?

—Yo diría que se acercan a los setecientos.

—Con esa edad, sin duda habrán dejado de trabajar.

—Ninguno de los dos ha trabajado nunca.

Al parecer el paciente consideraba a sus padres unos inútiles, y el tono de su respuesta me indujo a pensar que estaba resentido no sólo con su padre (algo común) sino también con su madre (poco frecuente en un hombre). Entonces añadió:

—Nadie trabaja en K-PAX. Ése es un concepto humano.

—¿Nadie hace *nada*?

—Claro que sí. Pero cuando usted hace lo que quiere hacer no lo considera un trabajo, ¿verdad que no?

Lo dijo con una sonrisa burlona, pero decidí pasar por alto ese comentario.

—Seguiremos hablando de sus padres en otro momento, ¿de acuerdo?

—¿Por qué no?

—Bien. Hay otro par de cosas que me gustaría aclarar antes de continuar.

—Usted dirá.

—En primer lugar, ¿cómo explica que viniendo del espacio tenga el mismo aspecto que nosotros?

—¿Por qué son redondas las pompas de jabón?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Para ser una persona culta ignora muchas cosas, gene. Las pompas son redondas porque ésa es la configuración más eficaz energéticamente. De igual manera, muchos seres del UNIVERSO tienen un aspecto parecido al nuestro.

—Entiendo. Antes ha dicho que la TIERRA parece un lugar muy animado visto y oído desde el espacio. ¿Qué ha querido decir exactamente?

—Las ondas de las radios y las televisiones de la TIERRA se propagan en todas direcciones. Toda la GALAXIA ve y escucha lo que ustedes dicen y hacen.

—Pero esas ondas viajan a la velocidad de la luz, ¿no es así? Es imposible que hayan llegado ya a K-PAX.

Volvió a suspirar, esta vez sonoramente.

—Pero parte de la energía tiene una frecuencia más elevada, ¿no lo sabía? De hecho es este principio el que hace posible que la luz viaje. ¿Ha estudiado física?

En ese momento me acordé de mi sufrido profesor de física del instituto, que durante años intentó meterme en la cabeza ese tipo de datos. También sentí la necesidad de fumar un cigarro, aunque hacía años que no fumaba.

—Le creo, señ... prot. Una cosa más. ¿Por qué viaja solo por el universo?

—¿No lo haría usted si pudiera?

—Tal vez. No lo sé. Pero ¿por qué viaja *solo*?

—¿Por eso cree que estoy loco?

—En absoluto. Pero ¿no se ha sentido un poco solo todo este tiempo —cuatro años y ocho meses— en el espacio?

—No. Y no he estado tanto tiempo en el espacio. Llevo *aquí* cuatro años y nueve meses.

—¿Cuánto tiempo ha estado en el espacio?

—Según sus cálculos unos siete meses, si eso es lo que quiere saber.

—¿No ha sentido la necesidad de hablar con alguien durante todo ese tiempo?

—No.

¿Le desagrada todo el mundo al paciente?, anoté en mi bloc.

—¿Qué ha hecho para mantenerse ocupado?

—No lo entiende, gene —movió la cabeza de un lado a otro—. Aunque durante el viaje envejecí siete meses terrícolas, en realidad para mí apenas fueron como un instante. Verá, el tiempo se distorsiona a velocidades supralumínicas. En otras palabras...

Aunque no fue muy correcto por mi parte, estaba demasiado irritado para dejarle que siguiera.

—Hablando de tiempo, el nuestro se ha terminado por hoy. ¿Le parece bien que continuemos la próxima semana?

—Como quiera.

—Bien. Llamaré a Kowalski y a Jensen para que le acompañen a su planta.

—Conozco el camino.

—Si no le importa prefiero llamarlos. Es un procedimiento de rutina. Estoy seguro de que lo comprende.

—Perfectamente.

—Bien.

Los enfermeros llegaron enseguida y el paciente se fue con ellos, asintiendo con complacencia mientras salía. Entonces me di cuenta de que estaba sudando, y

recuerdo que me levanté a mirar el termostato después de apagar la grabadora.

Mientras rebobinaba la cinta copié las observaciones que había anotado en su ficha, mencionando que me desagradaba su actitud arrogante. Después guardé el borrador en otro archivo, que estaba lleno de documentos similares, y escuché parte de la cinta tras añadir un comentario sobre el hecho de que el paciente no tuviera ningún acento. Para mi sorpresa, al oír su voz suave no me resultó desagradable. Había sido su forma de comportarse... Entonces me di cuenta de que aquella sonrisa burlona y engreída me recordaba a mi padre.

Mi padre era un hombre muy ocupado que trabajaba como médico en un pueblo pequeño. El único momento en que se relajaba —además de los domingos por la tarde, cuando se tumbaba en el sofá con los ojos cerrados para escuchar por la radio las óperas del Metropolitan—, era la hora de la cena, en la que se tomaba una copa de vino y nos contaba a mi madre y a mí, con su habitual tono directo, más de lo que queríamos saber sobre los casos de tiña y los infartos que había atendido ese día. Luego volvía al hospital o hacía unas cuantas visitas a domicilio. Si no encontraba una buena excusa me llevaba con él, suponiendo equivocadamente que me gustaban los olores nocivos, la sangre y los vómitos tanto como a él. Eran esa insensibilidad y esa arrogancia, que yo odiaba en mi padre, lo que me habían irritado tanto en mi primera entrevista con aquel hombre que se llamaba a sí mismo «prot».

Como siempre que sucedía algo así, decidí mantener mi vida privada alejada de la consulta.

Aquella noche, al volver a casa en el tren comencé a reflexionar, como muchas otras veces al iniciar un caso difícil o poco común, sobre la realidad y la mente humana. Mi nuevo paciente, Russell, el Jesucristo de nuestro centro, y miles de personas como él viven en un mundo propio que para ellos es tan real como el nuestro para nosotros. No es difícil de comprender, aunque pueda parecerlo. Es muy probable que en algún momento los lectores de este relato hayan llegado a estar absortos con una película o una novela, profundamente ensimismados en la experiencia. Los sueños parecen con frecuencia muy reales, como los sucesos que se recuerdan bajo hipnosis. ¿Quién puede decir en esos casos qué es la realidad?

Es asombroso lo que algunos pacientes con trastornos mentales severos son capaces de hacer dentro de los límites de sus mundos fantásticos. Los sabios «idiotas» son uno de los casos más peculiares. Incapaces de adaptarse a la sociedad, se retiran a zonas recónditas de la mente inaccesibles para la mayoría de la gente, y realizan complejos ejercicios matemáticos o musicales que otros ni siquiera pueden imaginar. Aún desconocemos muchos aspectos de la mente humana: cómo aprende,

cómo recuerda, cómo piensa. Si el cerebro de Einstein fuera trasplantado al cráneo de Wagner, ¿seguiría siendo Einstein ese individuo? Y si uniéramos la mitad del cerebro de Einstein con la mitad del de Wagner, ¿quién sería Einstein y quién Wagner? ¿O serían los dos una mezcla de ambos? De igual modo, en un caso de personalidad múltiple, ¿qué identidad define realmente a esa persona? ¿O es una persona diferente en diferentes momentos? ¿Somos todos diferentes personas en diferentes momentos? ¿Podría esto explicar nuestros cambios de «humor»? Cuando alguien habla consigo mismo, ¿con quién está hablando? ¿Han oído decir alguna vez a alguien: «Últimamente no soy el mismo» o «No eres el hombre con quien me casé»? ¿Y cómo se explica que un predicador fundamentalista pueda tener una vida sexual clandestina? ¿Tenemos todos un doctor Jekyll y un mister Hyde en nuestro interior?

Anoté que debía profundizar un poco en la vida imaginaria de prot, en su planeta imaginario, con la esperanza de obtener algún dato sobre sus antecedentes —su procedencia, su ocupación, su nombre—, localizar a su familia y aliviar sus temores respecto a su salud y su paradero y descubrir la causa de su extraño comportamiento. Estaba empezando a sentir el hormigueo que siempre noto al comenzar un caso difícil, cuando aún están abiertas todas las posibilidades. ¿Quién era este hombre? ¿Qué tipo de ideas había en su mente? ¿Seríamos capaces de hacerle bajar a la Tierra?

Segunda sesión

Siempre he procurado que en mi consulta haya un ambiente agradable. Las paredes son de color pastel, con algunas acuarelas de paisajes, y la luz es suave e indirecta. No hay ningún diván. Mis pacientes y yo nos sentamos cara a cara en unas cómodas sillas, y el reloj está en la pared del fondo en un lugar discreto para que no puedan verlo.

Antes de mi segunda entrevista con prot revisé la transcripción que había hecho Joyce Trexler de la sesión de la semana anterior. La señora Trexler lleva aquí muchos años, y todo el mundo sabe que es ella la que en realidad dirige el centro. «Está chiflado», comentó sin que yo le preguntara nada mientras dejaba la copia en mi mesa.

Busqué «taquiones» en la enciclopedia y descubrí que, como había indicado él, son entes que viajan a una velocidad superior a la de la luz. Sin embargo, es un concepto meramente teórico, y no hay ninguna prueba de que existan realmente. También intenté comprobar si la frase en zaireño era correcta, pero no pude encontrar a nadie que conociera ninguno de los más de doscientos dialectos que se hablan en este país. Su historia parecía coherente, pero también planteaba muchas dudas.

En la práctica del psicoanálisis el psiquiatra intenta acercarse al paciente, ganarse su confianza, aferrarse a los vínculos que aún tenga con la realidad. Pero este hombre no tenía ningún vínculo con la realidad. Sus supuestos viajes por el mundo podían ofrecer alguna pista, pero incluso eso era sospechoso; podía haber pasado mucho tiempo en una biblioteca, o haber visto documentales de viajes, por ejemplo. Mientras seguía buscando el modo de acceder a la mente de prot entró en mi consulta acompañado por los enfermeros.

Llevaba los mismos pantalones de pana azules, las gafas oscuras y su habitual sonrisa. Pero esta vez su actitud no me molestó tanto; era mi problema, no el suyo. Antes de comenzar pidió unos plátanos y me ofreció uno a mí. Yo rechacé su oferta y esperé hasta que los hubo devorado, con piel y todo.

—Sólo por su comida ha merecido la pena el viaje —comentó.

Hablamos de fruta unos minutos. Me recordó, por ejemplo, que su olor y sabor característicos se deben a la presencia de unas sustancias químicas llamadas ésteres. Luego hicimos un breve repaso de la entrevista anterior. Seguía manteniendo que llevaba en la Tierra cuatro años y nueve meses, que había viajado en un rayo de luz y todo lo demás. Esta vez me dijo que K-PAX estaba rodeado por siete lunas de color púrpura. «Su planeta debe ser un lugar muy romántico», dije yo. Entonces hizo algo sorprendente, algo que ningún otro paciente había hecho jamás en los casi treinta años que llevaba practicando el psicoanálisis: sacó un lápiz y una libreta roja del bolsillo de su camisa y comenzó a tomar notas. Cuando le pregunté qué estaba

escribiendo, respondió que quería incluir algo en su informe. Al preguntarle por la naturaleza de ese «informe» me dijo que tenía la costumbre de hacer una pequeña descripción de los lugares que visitaba y de los seres que encontraba por la galaxia. ¡Parecía que el paciente me estaba examinando a mí! No dejaba de tener gracia, y yo también sonreí.

Puesto que no quería interferir de ningún modo en sus actividades no le obligué a que me mostrara lo que había escrito, aunque tenía mucha curiosidad, y decidí pedirle que me hablara de su infancia en «K-PAX» (es decir, la Tierra).

—La región en la que nací... Por cierto, en K-PAX nacemos como ustedes, y el proceso es bastante similar, aunque... bueno, supongo que hablaremos de eso más adelante.

—¿Por qué no ahora?

Hizo una pequeña pausa, como si le hubiera sorprendido, pero enseguida se recuperó. Sin embargo, su sonrisa había desaparecido.

—Como quiera. Nuestra anatomía es muy parecida a la suya, como sabrá por el examen médico. La fisiología también es similar, pero el proceso de reproducción es muy desagradable.

—¿Por qué es desagradable?

—Es un procedimiento muy doloroso.

Ya tenemos un punto de partida, pensé: es muy posible que el señor «prot» tenga algún tipo de terror o disfunción sexual. Y decidí seguir esa pista.

—¿Ese dolor está relacionado con el coito, con la eyaculación o simplemente con la erección?

—Está asociado con el proceso en general. Mientras que estas actividades son agradables para los seres como ustedes, a nosotros nos ocurre todo lo contrario. Esto les sucede tanto a los hombres como a las mujeres de nuestra especie, y a la mayoría de los seres de la GALAXIA.

—¿Puede comparar la sensación con algo que yo pueda comprender? ¿Es como un dolor de muelas o...?

—Es como si nos pillaran los testículos en un torno, pero lo sentimos por todo el cuerpo. Verá, en K-PAX el dolor es más general, y para empeorar las cosas suele ir acompañado de una especie de náusea y de un olor muy desagradable. Al llegar al climax es como si te dieran una patada en el estómago y te cayeras en un pozo de mierda de mot.

—¿Ha dicho mierda de «mot»? ¿Qué es un «mot»?

—Un animal parecido a su mofeta, pero mucho más pestilente.

—Comprendo.

En ese momento no pude contener la risa. Aquella imagen, con las gafas oscuras y la actitud seria que adoptó de repente... en fin, como se suele decir, había que estar

allí para verlo. Entonces sonrió abiertamente, como si comprendiera cómo me había sonado a mí. Cuando conseguí recuperar la compostura le pregunté:

—¿Y dice que también les ocurre a las mujeres?

—Exactamente. Como puede imaginar, las mujeres de K-PAX no se esfuerzan mucho para llegar al orgasmo.

—Si esa experiencia es tan terrible, ¿cómo se reproducen?

—Como sus puercoespines, con mucho cuidado. No hace falta que le diga que no tenemos problemas de superpoblación.

—¿Y por qué no recurren a la implantación quirúrgica?

—Está desvirtuando la importancia del fenómeno. Debe tener en cuenta que nuestra expectativa de vida es de mil años, y por lo tanto no necesitamos tener muchos hijos.

—Ya. Muy bien. Me gustaría volver a su infancia. ¿Puede decirme cómo eran sus padres?

—Es un poco difícil de explicar. La vida en K-PAX es muy diferente. Para que comprenda mi origen tengo que hablarle de nuestra evolución.

En ese momento hizo una pausa, como si estuviera pensando si podría interesarme lo que tenía que decir. Entonces le animé a que prosiguiera.

—Supongo que lo mejor es que comience por el principio. La vida en K-PAX es mucho más antigua que la vida en la TIERRA, donde comenzó hace unos dos mil quinientos millones de años. El *homo sapiens* lleva en su PLANETA sólo unas decenas de miles de años, milenio más o menos. En K-PAX la vida comenzó hace nueve mil millones de años, cuando su MUNDO era aún una difusa masa gaseosa. Y nuestra especie ha existido desde hace cinco billones de años, muchísimo más tiempo que sus bacterias. Además, la evolución ha seguido un curso diferente. En nuestro PLANETA hay muy poca agua —no tenemos ni mares, ni ríos, ni lagos—, así que la vida comenzó en la tierra o, para ser precisos, bajo tierra. Mientras que su especie se desarrolló a partir de los peces, nuestros antepasados se parecían a sus gusanos.

—Pero al evolucionar adoptaron un aspecto similar al nuestro.

—Creo que eso se lo expliqué el otro día. Si quiere revisar sus notas...

—Todo esto es muy interesante, prot, pero ¿qué tiene que ver la paleontología con su infancia?

—Todo, como en la TIERRA.

—¿Le parece bien que sigamos con su infancia y que volvamos a este tema si tengo alguna duda al respecto?

—Claro —dijo después de anotar algo en su libreta.

—Muy bien. Primero vamos a hablar de algunas cuestiones básicas. Por ejemplo, ¿ve mucho a sus padres? ¿Viven sus abuelos? ¿Tiene hermanos?

—Gene, gene. No ha entendido nada. En K-PAX las cosas no son como en la

TIERRA. Nosotros no tenemos «familias». El concepto de «familia» no es aplicable en nuestro PLANETA, ni en muchos otros. A los niños les educa todo el mundo, no sus padres biológicos. Circulan entre nosotros aprendiendo de uno y de otro.

—Entonces, ¿se podría decir que de niño no tuvo un hogar estable?

—Eso es. Ahora lo ha comprendido.

—En otras palabras, no conoció a sus padres.

—Tuve miles de padres.

Anoté que el hecho de que prot negara a sus padres confirmaba mis sospechas de que odiaba a uno de ellos o a ambos, posiblemente porque sufrió abusos o porque le abandonaron.

—¿Tuvo una infancia feliz?

—Muy feliz.

—¿Recuerda si tuvo alguna experiencia desagradable?

Prot cerró los ojos como cuando intentaba concentrarse o recordar algo.

—Yo diría que no. Nada fuera de lo común. Me derribó un ap un par de veces y me salpicó un mot una o dos veces. Y tuve algo así como su sarampión y sus paperas. Ese tipo de cosas.

—¿Un «ap»?

—Una especie de elefante pequeño.

—¿Dónde ocurrió eso?

—En K-PAX.

—Sí, pero ¿en qué país?

—En K-PAX no hay países.

—¿Andan los elefantes sueltos por ahí?

—Todos los animales andan sueltos. No tenemos zoos.

—¿Y son peligrosos?

—Sólo si les atacan.

—¿Tiene una mujer en K-PAX esperando a que regrese?

El objetivo de esta pregunta era determinar el efecto de una palabra clave en el estado de ánimo del paciente. Se movió un poco en su silla, pero no perdió la calma.

—En K-PAX no hay matrimonios, ni maridos, ni mujeres, ni familias. ¿Lo entiende? Para ser más precisos, toda la población es una gran familia.

—¿Tiene hijos biológicos?

—No.

Hay muchas razones por las que una persona decide no tener hijos. Una de ellas son los malos tratos o el odio que siente hacia sus padres.

—Sigamos con sus padres. ¿Los ve con frecuencia?

Suspiró como si se sintiera frustrado.

—No.

—¿Les quiere?

—¿Sigue pegando a su mujer?

—No le comprendo.

—Formula sus preguntas desde la perspectiva de un terrícola. Pero en K-PAX no tendrían sentido.

—Señor prot...

—Simplemente prot.

—Vamos a establecer unas pautas básicas para estas sesiones. Estoy seguro de que podrá perdonarme si formulo las preguntas desde la perspectiva de un terrícola, puesto que eso es lo que soy. No podría formularlas en términos K-PAXianos aunque quisiera porque no conozco su forma de vida. Voy a pedirle que tenga paciencia en ese sentido. Por favor, intente responder a las preguntas lo mejor que pueda, utilizando expresiones terrícolas, que parece conocer bien, siempre que sea posible. ¿Le parece justo dadas las circunstancias?

—Me alegra que diga eso. Quizá podamos aprender el uno del otro.

—Si usted se alegra yo también me alegra. Ahora, si está preparado, hábleme un poco más de sus padres. Por ejemplo, ¿sabe quiénes son? ¿Los ha visto alguna vez?

—Conozco a mi madre, pero no me he tropezado aún con mi padre.

¡Es a su padre a quien odia!

—¿Tropezado?

—K-PAX es muy grande.

—Pero...

—Y si me he encontrado con él nadie me ha hablado de nuestra relación biológica.

—¿Hay mucha gente en su planeta que no sepa quiénes son sus padres?

Captó enseguida el doble sentido de la pregunta y sonrió.

—La mayoría. Aunque eso no tiene importancia.

—Pero usted conoce a su madre.

—Una simple coincidencia. Un conocido mencionó por casualidad nuestra relación biológica.

—Eso es difícil de entender para un terrícola. ¿Podría explicarme por qué las «relaciones biológicas» no son importantes para ustedes?

—¿Por qué iban a serlo?

—Porque... Si no le importa yo haré las preguntas y usted me contesta, ¿de acuerdo?

—A veces una pregunta es la mejor respuesta.

—Me imagino que no sabe cuántos hermanos tiene.

—En K-PAX todos somos hermanos.

—Quiero decir hermanos biológicos.

—Me sorprendería que hubiera alguno. Casi nadie tiene más de un hijo, por las razones que ya le he explicado antes.

—¿No hay presiones sociales o incentivos gubernamentales para que su especie no desaparezca?

—En K-PAX no hay gobierno.

—¿Es una anarquía?

—Podría definirlo así.

—Entonces, ¿quién construye las carreteras y los hospitales? ¿Quién dirige las escuelas?

—No es tan difícil de entender, gene. En K-PAX cada uno hace lo que tiene que hacer.

—¿Y si nadie se da cuenta de que hay que hacer algo? ¿Y si alguien se niega a hacerlo? ¿Qué pasa si una persona decide no hacer nada?

—Eso no ocurre en K-PAX.

—¿Nunca?

—¿Para qué íbamos a hacerlo?

—Por ejemplo, para expresar su insatisfacción por los sueldos que les pagan.

—En K-PAX no tenemos «sueldos». Ni dinero de ningún tipo.

Anoté ese detalle.

—¿No tienen dinero? ¿Y con qué hacen los trueques?

—No hacemos «trueques». Doctor, debería aprender a escuchar a sus pacientes. Se lo acabo de decir: si hay que hacer algo lo hacemos. Si alguien necesita algo que tenemos se lo damos. Con este sistema se evitan muchos problemas, y ha funcionado muy bien en nuestro PLANETA durante varios millones de años.

—Bien. ¿Qué tamaño tiene su planeta?

—Es más o menos como NEPTUNO. Esto también lo encontrará en la transcripción de la primera entrevista.

—Gracias. ¿Y cuántos habitantes tiene?

—De mi especie hay unos quince millones, si se refiere a eso. Pero además de nosotros hay muchos otros seres.

—¿Qué tipo de seres?

—Una gran variedad de criaturas. Algunas de ellas se parecen a los animales de la TIERRA.

—¿Esos animales son domésticos o salvajes?

—Nosotros no domesticamos a ningún ser.

—¿No crían animales para comer?

—En K-PAX nadie «cría» a otros seres, y mucho menos para comer. No somos caníbales.

De pronto detecté un inexplicable tono de ira en su respuesta. ¿A qué se debía?

—Permítame que aclare un par de cosas sobre su infancia. Según he entendido, usted creció con varios padres adoptivos, ¿no es así?

—No exactamente.

—¿Quién se ocupaba de usted? ¿Quién le metía en la cama por la noche?

—En K-PAX nadie nos «mete en la cama». Cuando tenemos sueño dormimos. Y cuando tenemos hambre comemos —dijo con tono exasperado.

—¿Quién le daba de comer?

—Nadie. Siempre hay comida a mano.

—¿A qué edad comenzó a ir a la escuela?

—En K-PAX no hay escuelas.

—No me sorprende. Pero usted es una persona educada.

—Yo no soy una «persona». Soy un ser. Todos los K-PAXianos son educados. Pero la educación no se recibe en las escuelas. La educación se basa en el deseo de aprender. Sin ese deseo ninguna de las escuelas del UNIVERSO sirve para nada.

—Pero ¿cómo se formó? ¿Hay maestros?

—En K-PAX todos somos maestros. Si tenemos alguna duda se la planteamos a cualquiera que esté cerca. Y por supuesto hay bibliotecas.

—¿Quién se encarga de las bibliotecas?

—Gene, gene. Nadie. Todo el mundo.

—¿Podríamos reconocer los terrícolas esas bibliotecas?

—Probablemente. En ellas hay libros, pero también muchas otras cosas. Cosas que no sería capaz de reconocer ni comprender.

—¿Dónde están esas bibliotecas? ¿Hay una en cada ciudad?

—Sí, pero nuestras «ciudades» son más bien lo que ustedes llaman «pueblos». No tenemos grandes metrópolis como ésta.

—¿Tiene K-PAX una capital?

—No.

—¿Cómo van de un pueblo a otro? ¿Hay trenes, coches o aviones?

Entonces lanzó un profundo suspiro, murmuró algo en una lengua incomprensible (que más tarde identificó como «pax-o»), y anotó otra observación en su libreta.

—Eso ya se lo he explicado, gene. Vamos de un lugar a otro con la energía de la luz. ¿Por qué le resulta tan difícil de comprender? ¿Es un concepto demasiado simple para usted?

Puesto que ya habíamos hablado del tema, y el tiempo se estaba acabando, no quise entrar en ese asunto de nuevo.

—Una última pregunta. Ha dicho que tuvo una infancia feliz. ¿Jugaba con otros niños?

—Poco. Como le comentaba antes hay muy pocos niños en K-PAX. Además, en nuestro PLANETA no hay una distinción entre «juego» y «trabajo». En la TIERRA

animan a los niños a jugar a todas horas porque creen que deben seguir siendo inocentes el máximo tiempo posible, al parecer porque la edad adulta no es nada agradable. En K-PAX los niños y los adultos participan en las mismas cosas. En nuestro PLANETA la vida es interesante y divertida. No necesitamos juegos estúpidos, culebrones, fútbol, alcohol ni drogas para evadirnos. ¿Que si fui feliz de niño? Desde luego. Y también soy feliz como adulto.

No sabía si debía alegrarme al oír aquella animada respuesta. Por un lado prot parecía estar contento con su mundo imaginario. Por otro, era obvio que negaba a su familia, su experiencia escolar, su infancia, e incluso su país. Todos los aspectos de su vida, que debía de haber sido terrible. Sentí una gran lástima por este hombre.

Concluí la entrevista con una pregunta sobre su «pueblo natal», pero tampoco con esto llegué a ninguna parte. Por lo visto los K-PAXianos van de un lado a otro como nómadas.

Después le dije que podía volver a su planta. Me dejó tan sorprendido al negar todo lo humano que se me olvidó llamar a los enfermeros para que le acompañaran.

Cuando se fue pasé a la oficina contigua y revisé una vez más su ficha. Nunca me había encontrado con un caso como éste en el que no supiera por dónde empezar. En treinta años sólo había tenido un paciente con características similares, también amnésico. Uno de mis alumnos consiguió desvelar su verdadera identidad profundizando en el interés que mostraba por los deportes, pero tardó un par de años.

Anoté en el expediente los datos que tenía de momento:

1. Odia a sus padres. ¿Abusaban de él?
2. Odia su trabajo, el gobierno y puede que la sociedad en general. ¿Ha podido tener algún problema legal que le ha llevado a pensar que el mundo es injusto?
3. ¿Sucedió algo hace cuatro o cinco años que desencadenara estos odios aparentes?
4. El paciente tiene una acusada inmadurez sexual.

Mientras repasaba estas notas me acordé de algo que mi colega Klaus Villers me había dicho en más de una ocasión: los casos extraordinarios exigen medidas extraordinarias. Pensé en los raros ejemplos de pacientes con delirios y una inteligencia excepcional a los que se había logrado convencer de que su identidad no era real. El más famoso es el de un cómico que accedió a tratar a un paciente de este tipo, al que curó de un modo milagroso (pero después de montar con él una comedia). Si pudiera demostrarle a prot que era un ser humano normal y no un visitante de otro planeta...

Decidí hacer un estudio físico y mental más minucioso. Entre otras cosas quería

comprobar si era sensible a la luz, como él afirmaba. También quería realizar un test de aptitud y determinar el alcance de sus conocimientos, sobre todo en los campos de la física y la astronomía. Cuanto más supiéramos acerca de su pasado más fácil sería averiguar quién era realmente.

Cuando estaba en el instituto mi orientador académico me aconsejó que me matriculara en un curso de física que había en el programa. Enseguida me di cuenta de que no tenía aptitudes para esa materia, pero la experiencia me sirvió para respetar aún más a los que eran capaces de dominarla, entre ellos mi futura mujer.

Karen fue mi vecina de al lado desde el día que nació, y jugábamos juntos a todas horas. Cuando salía de casa por las mañanas siempre estaba en el jardín, sonriente y dispuesta para cualquier cosa. Todavía me acuerdo de nuestro primer día de escuela, de que me sentaba detrás de ella para oler su pelo y de cuando volvíamos a casa en otoño mientras quemaban las hojas. A esa edad aún no éramos novios, no hasta que cumplimos doce años, cuando murió mi padre.

Sucedió por la noche. Mi madre vino a levantarme con la esperanza de que yo pudiera hacer algo. Cuando fui corriendo a su habitación le encontré tumbado boca arriba, desnudo, sudando, con el pijama en el suelo al lado de la cama. Todavía respiraba, pero tenía la cara pálida. Había pasado en su consulta y en el hospital el tiempo suficiente para sospechar lo que había ocurrido y para darme cuenta de la gravedad de la situación. Si me hubiera enseñado a dar masajes cardiacos podría haberle ayudado, pero entonces no se practicaba mucho la resucitación cardiopulmonar y no pude hacer nada excepto ver cómo exhalaba el último suspiro. Como es lógico le dije a mi madre que llamara a una ambulancia, pero para cuando llegó era demasiado tarde. Mientras tanto observé su cuerpo fascinado y horrorizado: las manos y los pies grisáceos, las rodillas nudosas, los genitales grandes y oscuros. Mi madre volvió corriendo justo cuando le estaba tapando con la sábana. No hizo falta que le dijera nada. Sabía muy bien qué había ocurrido.

Después me quedé profundamente conmovido. No porque le quisiera, sino por todo lo contrario. De hecho, casi había deseado que muriera para no tener que ser médico como él. Irónicamente, me sentía tan culpable que juré dedicarme a la medicina de todos modos.

En el funeral Karen se sentó a mi lado y me cogió la mano sin que nadie dijera nada. Parecía comprender perfectamente por lo que estaba pasando. Yo también le apreté la mano. Era muy suave y cálida. No dejé de sentirme culpable, pero agarrado a su mano me sentía capaz de seguir adelante. No la he soltado desde entonces.

El viernes de aquella semana vino a visitarnos un inspector del Departamento de

Sanidad. Su trabajo consiste en revisar nuestras instalaciones periódicamente, comprobar si los pacientes están bien atendidos y alimentados, si las cañerías funcionan... Aunque había estado aquí muchas veces recorrimos con él el circuito habitual: la cocina, el comedor, la lavandería, las calderas, el almacén, los jardines, la sala de ocio y ejercicio, la sala de relajación, las instalaciones médicas y por último las habitaciones.

En la sala de ocio encontramos a prot jugando a las cartas con otros dos pacientes. Me pareció un poco raro porque uno de ellos, a quien llamaré Ernie, casi siempre está solo o charlando en voz baja con Russell, nuestro capellán extraoficial. El otro, Howie, suele estar demasiado ocupado para hablar con nadie (el síndrome del conejo blanco). Ernie y Howie llevan aquí muchos años, comparten habitación y sus casos son muy difíciles.

A Ernie, como a la mayoría de la gente, le da miedo la muerte. Sin embargo, él es incapaz de pensar en otra cosa. Se toma el pulso y la temperatura con regularidad. Insiste en llevar una mascarilla y guantes de goma a todas horas, y siempre anda por ahí con un estetoscopio y un termómetro. Se ducha varias veces al día, pide ropa limpia para cambiarse y rechaza cualquier prenda que tenga una mínima mancha. Se lo consentimos porque de otro modo no se pondría nada.

La comida es un serio problema para Ernie por varias razones. En primer lugar, porque tiene miedo de morir envenenado y no consume nada que no esté bien cocido y llegue a la mesa hirviendo. Además, sólo come cosas trituradas o cortadas en trocitos pequeños para no ahogarse. Y por último está la cuestión de los aditivos y los conservantes. No come carne ni aves, y sospecha incluso de las frutas y las verduras frescas.

Sin duda alguna nada de esto es excepcional, y en todos los centros psiquiátricos hay un Ernie o dos. Lo que hace que Ernie sea diferente es que extrema las precauciones aún más que la mayoría de los necrófobos. Por ejemplo, no puede salir a la calle porque le dan miedo los meteoritos y los rayos cósmicos, la contaminación ambiental, los ataques de los insectos y los pájaros y las infecciones parasitarias.

Pero eso no es todo. Como cree que puede estrangularse por la noche sin darse cuenta duerme con las manos atadas a los pies, y muerde una tablilla de madera para no tragarse la lengua. Por motivos similares no usa sábanas ni mantas —le da miedo que se le puedan enrollar alrededor de la garganta— y se echa en el suelo para no caerse de la cama y romperse el cuello. Quizá para compensar todo esto de algún modo, una vez completado el ritual duerme profundamente, aunque se despierta pronto para controlar sus parámetros y su equipo, y para la hora del desayuno ya tiene los nervios destrozados.

¿Cómo puede alguien acabar así? Cuando Ernie tenía nueve años vio a su madre ahogarse con un trozo de carne. Incapaz de ayudarla, tuvo que presenciar su agonía

mientras su hermana mayor corría por la cocina gritando. Antes de que pudiera recuperarse de esa horrible experiencia su padre construyó un refugio antiaéreo en el jardín. A cualquier hora del día o de la noche el padre de Ernie saltaba sobre él, daba unos gritos espeluznantes o le echaba agua encima. Esa era la señal para correr al refugio. A los once años Ernie era incapaz de hablar o de estarse quieto. Cuando entró en el centro no podíamos evitar que saltara o corriera cada vez que se abría una puerta o alguien estornudaba. Eso fue hace veinte años. Dicho sea de paso, su padre está ingresado en otra institución, y su hermana se suicidó en 1980.

Afortunadamente, las fobias incapacitantes como la de Ernie no son muy comunes. La gente que tiene miedo a las serpientes, por ejemplo, lo único que debe hacer es mantenerse alejada del campo. Los que sufren agorafobia y claustrofobia pueden evitar los espacios abiertos y los ascensores, y en cualquier caso pueden seguir un tratamiento o aclimatarse a la situación que temen. Pero ¿cómo se aclimata un necrófobo? ¿Cómo se evita a la parca?

Howie tiene cuarenta y tres años, aunque aparenta unos sesenta. Nació en Brooklyn en el seno de una familia humilde, y muy pronto fue evidente que tenía talento para la música. A los cuatro años su padre le dio su viejo violín, y en su adolescencia tocó con varias orquestas importantes de la zona. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo cada vez tocaba con menos frecuencia, y se dedicó a estudiar partituras, la historia de la música y otros instrumentos. A su padre, que tenía una pequeña librería, no le preocupó este cambio, y siguió alardeando por ahí que Howie iba a ser un director famoso, otro Stokowski. Cuando Howie fue a la universidad sus intereses cubrían todo el espectro de la sabiduría humana. Intentó dominarlo todo, desde el álgebra hasta el Zen. Estudiaba día y noche, hasta que cayó en una depresión y acabó en nuestro centro.

Sin embargo, en cuanto se recuperó físicamente siguió con su actividad frenética, y no hay ningún tranquilizante que pueda controlar su incesante búsqueda de la perfección.

Howie siempre está en tensión. Sus ojeras reflejan la lucha continua que libra contra la fatiga, y padece con frecuencia resfriados y otras pequeñas afecciones.

¿Qué le ocurrió? ¿Por qué un artista acaba en el Carnegie Hall y otro en un sanatorio mental? El padre de Howie era un hombre muy exigente que no toleraba los errores. Cuando el pequeño Howie tocaba el violín le aterraba dar una nota falsa y ofender a su padre, al que adoraba. Pero cuanto más mejoraba más consciente era de lo que no sabía, y de que el margen de error era más amplio de lo que había imaginado. Para tocar el violín a la perfección se metió a fondo en la música para intentar dominar todos los aspectos relacionados con la materia. Y cuando se dio cuenta de que eso no era suficiente comenzó a estudiar otros temas con el objetivo de aprender todo tipo de conocimientos.

Pero tampoco eso es suficiente para Howie, que se pasa los veranos clasificando pájaros e insectos y contando las briznas de hierba del jardín. En invierno coge copos de nieve y compara sistemáticamente su estructura. Y las noches claras escruta el cielo para buscar fenómenos extraños. Pero estas actividades son para él meras distracciones. La mayor parte del tiempo se dedica a leer diccionarios y enciclopedias mientras escucha música o cintas de idiomas. Como le da miedo olvidar algo importante está siempre tomando notas y haciendo listas que reorganiza una y otra vez. Hasta aquel día en la sala de ocio sólo le había visto contando, tomando apuntes o estudiando. Hay que pelear con él para conseguir que descanse para comer.

Me acerqué a la mesa con el inspector para escuchar su conversación sin que se asustaran. Por lo que pude oír le estaban haciendo preguntas a prot sobre su vida en K-PAX. Pero al darse cuenta de que estábamos allí se callaron, y tanto Ernie como Howie se fueron corriendo.

Presenté a prot a nuestro invitado y aproveché la ocasión para preguntarle si le importaba someterse a unas cuantas pruebas adicionales el miércoles, el día de nuestra sesión. No sólo no le importaba, sino que estaba encantado de hacerlo. Le dejamos con una gran sonrisa, aparentemente deseando que llegara el momento.

Aunque el informe oficial del Departamento de Sanidad tardaría varios meses en llegar, el inspector señaló dos o tres pequeñas deficiencias que debíamos corregir, y lo planteé en la reunión habitual de los lunes. Entre otras cuestiones en aquella reunión se comentó que el comité de personal tenía cuatro candidatos para el cargo de director permanente: tres ajenos al hospital y yo. El presidente de ese comité era el doctor Klaus Villers.

Villers es el típico psiquiatra que suele aparecer en las películas: un estricto freudiano sesentón de tez pálida, con una perilla cana y un marcado acento alemán. Estaba claro que él había elegido personalmente los otros tres nombres. Su trabajo me resultaba familiar, y sobre el papel todos ellos tenían un perfil similar al de Villers. Pero sus credenciales eran excepcionales, y estaba deseando conocerlos. Por otro lado, mi candidatura era previsible, pero la idea de hacerme cargo de la dirección me producía sentimientos contradictorios; entre otras cosas tendría que abandonar a la mayoría de mis pacientes.

Cuando acabamos con ese tema resumí a mis colegas los datos que tenía sobre prot. Villers y algunos otros coincidieron en que sería una pérdida de tiempo continuar con el psicoanálisis, pero pensaban que mi intento de «humanizarle» tampoco daría resultado, y sugirieron que le administrásemos un fármaco experimental. Otros opinaban que ese procedimiento era prematuro y que, en cualquier caso, sin el consentimiento de la familia del paciente podía haber complicaciones legales. Así pues, se acordó por mayoría que tanto yo como la policía

debíamos esforzarnos aún más para desvelar su verdadera identidad. Pensé en *La Africana*, la ópera de Meyerbeer en la que Inés espera el regreso de su amado, Vasco de Gama, y me pregunté: ¿Habrá en este mundo alguna familia que rece con fervor para que vuelva el marido, padre, hijo o hermano ausente?

Tercera sesión

Las pruebas nos llevaron toda la mañana y parte de la tarde del veintitrés de mayo. Ese día yo tenía otras obligaciones urgentes, entre ellas una reunión con el comité de mantenimiento para aprobar la compra de una nueva secadora para la lavandería después de que se averiara una de las dos antiguas. Pero Betty McAllister se ocupó del asunto en mi lugar.

Betty llevaba once años con nosotros, los dos últimos como enfermera jefe. Era la única persona que conocía, que había leído todas las novelas de Taylor Caldwell, y llevaba años intentado quedarse embarazada. Aunque había recurrido a todo tipo de métodos científicos y remedios tradicionales se negaba a tomar la píldora de la fertilidad porque, como ella decía, «Yo sólo quiero un hijo, no una casa de fieras». Pero esto no influía en su trabajo, y siempre desempeñaba su tarea con eficacia y buen humor.

Según el informe de Betty, prot colaboró de buen grado en todas las pruebas. De hecho, el empeño que puso en los test y los cuestionarios confirmaba mis sospechas de que tenía una formación académica. Seguíamos sin saber hasta dónde había llegado, pero su seguridad y su capacidad de expresión parecían indicar que al menos había ido a la universidad, e incluso era posible que se hubiera graduado.

Tardamos unos cuantos días en procesar los datos, y debo confesar que tenía tanta curiosidad que el sábado aplacé varias cosas que pensaba hacer en casa para terminar lo que Betty había dejado pendiente el viernes por la tarde. Aunque los resultados definitivos eran en general normales (como esperábamos), no dejaban de ser interesantes. He aquí un breve resumen:

CI 154 (por encima de la media, aunque no en la categoría de genio)

Pruebas psicológicas (izquierda/derecha, laberinto, espejo, etc. adicionales al examen de admisión) : normal

Pruebas neurológicas : normal

Electroencefalograma (realizado por el doctor Chakraborty) : normal

Memoria a corto plazo : excelente

Capacidad de lectura : muy buena

Capacidad artística/eidética : variable

Capacidad musical : por debajo de la media

Cultura general (historia, geografía, idiomas, arte) : impresionante

Ciencias y matemáticas (especialmente física y astronomía) : notable

Conocimientos deportivos : mínimos

Fuerza física : por encima de la media

Oído, gusto, olfato, tacto : muy sensible

«Sentidos especiales» (capacidad para «sentir» colores, la presencia de otras personas, etc.) : cuestionable

Visión

1. Sensibilidad a la luz blanca : ¡muy acusada!

2. Alcance : puede detectar la luz a 300-400 Å (UV)

Aptitud : podría dedicarse a cualquier cosa; capacidad especial para la historia natural y las ciencias físicas

Como se puede comprobar, el único dato excepcional era la capacidad del paciente para ver la luz ultravioleta. Su aparente sensibilidad a la luz visible podía deberse a un defecto genético (aunque no había ninguna lesión en la retina, anoté que debía llamar al doctor Rappaport, nuestro oftalmólogo, el martes a primera hora, puesto que el lunes era el Día de los Caídos). Aparte de eso no había nada que revelara ninguna capacidad especial.

En cuanto a los idiomas sus conocimientos no eran tan amplios como él pensaba. Aunque sabía un poco de los más comunes, su comprensión se limitaba a las expresiones cotidianas que suelen aparecer en las guías de viaje. También me llamaron la atención los datos que dió sobre las estrellas de la constelación Lira: su distancia respecto a la Tierra, sus características, etc. Era evidente que no hacía falta viajar por el espacio para obtener ese tipo de información, pero decidí comprobarlo.

Mientras volvía a casa en coche aquella tarde escuchando el *Fausto* de Gounod pensé una vez más en la extraordinaria capacidad de la mente humana. Hay casos documentados de esfuerzos sobrehumanos que surgen de una necesidad desesperada o de un arrebató de locura, de proezas asombrosas que están fuera del alcance de cualquier atleta, de personas que entran en estado de trance o «hibernación», de víctimas de desastres naturales que muestran una resistencia increíble, de gente paralizada que se levanta y anda, de enfermos de cáncer que logran curarse o consiguen aguantar hasta un cumpleaños o una fiesta señalada. No menos asombroso es el caso de la mujer poco atractiva que parece guapa simplemente porque cree que lo es, o el del individuo con poco talento que se convierte en una estrella de Broadway a base de empeño y confianza en sí mismo. Yo me he encontrado con muchos pacientes que han sido capaces de hacer cosas sorprendentes que no podían hacer antes de caer enfermos. Y ahora aparece un hombre que cree proceder de un planeta en el que la gente es más sensible a la luz que nosotros. En momentos como ése uno se pregunta dónde están los límites de la mente humana.

El Día de los Caídos vino mi hija mayor con su marido y sus dos hijos desde Princeton para comer con nosotros. Abigail es lo contrario de la mujer poco atractiva que acabo de mencionar; es muy guapa y nunca ha sido consciente de ello. No creo que se maquille, no se hace nada en el pelo y no le da importancia a la ropa que lleva.

Siempre ha tenido las ideas claras. Cuando pienso en Abby veo a una niña de ocho o nueve años muy seria con otras que le doblan la edad, todas con el pelo largo y pantalones acampanados, manifestándose con el símbolo de la paz y coreando sus lemas. Ahora que es abogada, aunque no ejerce la abogacía, participa en varios grupos de mujeres, *gays*, medio ambiente y derechos civiles y de los animales. ¿Por qué ha elegido ese camino? Quién sabe. Nuestros hijos son tan diferentes entre sí como los colores del arco iris.

Fred, por ejemplo, es el más sensible de los cuatro. De pequeño siempre estaba leyendo, y tenía oído para la música. De hecho aún tiene una extensa colección de musicales de Broadway. Pensábamos que acabaría siendo un artista, y nos quedamos asombrados cuando decidió dedicarse a la aeronáutica.

Jennifer también es distinta. Guapa, esbelta, no tan seria como Abigail ni tan callada como Fred, es la única que parece interesada en seguir los pasos de su padre. De niña le encantaba la biología (y las fiestas en casa de sus amigas y las galletas de chocolate), y ahora está en tercero de medicina en Stanford.

Will (Chip) es el más pequeño, ocho años menor que Jenny. Es un destacado atleta, activo, popular en la escuela y probablemente el más brillante de los cuatro. Como Abby antes que él, y a diferencia de Fred y Jenny, casi nunca está en casa. Prefiere pasar el tiempo con sus amigos que con sus ancianos padres. No tiene ni la menor idea de lo que quiere hacer con su vida.

Todo esto me lleva a plantearme una pregunta: ¿La personalidad individual está determinada por factores genéticos o ambientales? Después de muchas investigaciones y debates sobre este tema la respuesta sigue sin estar clara. Lo único que sé es que, a pesar de tener una configuración genética y unos antecedentes similares, mis cuatro hijos son tan diferentes entre sí como la noche del día.

El marido de Abby, Steve, es profesor de astronomía, y mientras se asaban las chuletas en la barbacoa le comenté que había un paciente en el hospital que parecía saber algo de esa materia. Le mostré los datos de prot sobre la constelación Lira y el sistema estelar de Agape y Satori, alrededor del cual giraba un supuesto planeta que el paciente llamaba «K-PAX». Steve estudió la información, se rascó la barba rojiza y emitió un gruñido, como suele hacer cuando piensa. De repente esbozó una sonrisa amenazadora y dijo:

—Esto te lo ha contado Charlie, ¿verdad?

Le aseguré que no, que ni siquiera sabía quién era el tal «Charlie».

—Es una broma muy buena. Me encanta —comentó.

Su hijo Rain comenzó a darle golpes con un Frisbee para que jugara con él después de intentar sin éxito que *Shasta Daisy*, nuestra dálmata neurótica, saliera de debajo del porche. Le dije que no era una broma y le pregunté por qué lo creía. No recuerdo las palabras exactas, pero esto es más o menos lo que me explicó:

—Es algo en lo que Charlie Flynn y sus alumnos llevan un tiempo trabajando. Se trata de un sistema estelar en la constelación Lira. Estas dos estrellas muestran algunas perturbaciones en su rotación que indican que puede haber una gran masa oscura en el sistema, probablemente un planeta. Como afirma tu paciente, parece que ese planeta gira a su alrededor con una trayectoria extraña; Charlie cree que en forma de ocho. ¿Entiendes lo que te quiero decir? Es un trabajo inédito. Charlie no se lo ha enseñado aún a nadie, excepto a uno o dos colegas; pensaba presentarlo en la reunión de astrofísica del mes que viene. ¿De dónde ha salido ese paciente tuyo? ¿Cuánto tiempo lleva en el hospital? ¿No se llamará Charlie, verdad?

Después de hacer estas preguntas se metió en la boca un puñado de patatas fritas.

Estuvimos bebiendo cervezas y hablando de astronomía y psiquiatría casi toda la tarde, mientras Abby y su madre se quejaban y nos decían que dejásemos de hablar de trabajo e hiciésemos caso a nuestros hijos y nietos, que seguían incordiando a *Shasta* y lanzándose comida. Una de las cosas que quería saber es si en su opinión era posible viajar con la luz. «No», afirmó categóricamente, sin estar convencido aún de que no le estaba tomando el pelo. Pero cuando le pregunté si estaría dispuesto a ayudarme a demostrarle a mi nuevo paciente que «K-PAX» era producto de su imaginación respondió: «Claro». Antes de que se marcharan le di una lista de preguntas para el doctor Flynn sobre ese sistema estelar: qué tipo de estrellas eran, cuál era su tamaño y su grado de luminosidad, su periodo de rotación, la duración de un «año» en ese supuesto planeta, incluso qué aspecto tendría el cielo nocturno visto desde ese mundo. Me prometió que me llamaría con la información que pudiera conseguir.

Cuarta sesión

El Instituto Psiquiátrico de Manhattan está situado entre la avenida Amsterdam y la calle 112 de Nueva York. Es un centro privado de investigación y enseñanza asociado a la Facultad de Medicina y Cirugía de la Universidad de Columbia. El IPM no tiene nada que ver con el Instituto Psiquiátrico de Columbia, que es un hospital general con muchos más pacientes. Le llamamos el «instituto grande», y al nuestro, por oposición, el «instituto pequeño». Nosotros sólo aceptamos un número limitado de pacientes adultos (entre cien y ciento veinte en total): casos especiales que no han respondido a los tratamientos somáticos (fármacos), electroconvulsivos, quirúrgicos o psicoterapéuticos.

El IPM se construyó en 1907 con un coste de un millón de dólares. Hoy en día sólo las instalaciones tienen un valor de ciento cincuenta millones. Los jardines son pequeños pero están bien cuidados, con una zona de césped en la parte trasera y los laterales y arbustos y flores a lo largo de los muros y las vallas. También hay una fuente, «Adonis en el jardín del Edén», en el centro de lo que denominamos «el cuarto trasero». A mí me encanta pasear por estos jardines bucólicos, escuchar el sonido del agua y contemplar los antiguos muros de piedra. Aquí han vivido su vida adulta muchos pacientes y empleados. Para algunos éste es el único mundo que existe.

En el IPM hay cinco plantas, numeradas en orden ascendente según la gravedad de los casos. En la primera (planta baja) están los que padecen neurosis agudas o paranoias leves, y los que han respondido a la terapia y están a punto de recibir el alta. El resto de los pacientes lo saben y suelen esforzarse para que les trasladen a esa planta. En la segunda los trastornos son más graves: pacientes con delirios como Russell y prot, maniacos, depresivos, misántropos y otros individuos incapaces de vivir en sociedad. La tercera planta está dividida en dos secciones: la 3A, en la que están los psicóticos, y la 3B, destinada a los auristas y los catatónicos. Por último, la cuarta está reservada para los psicópatas que podrían hacer daño a los empleados o a sus compañeros. También hay algunos autistas que tienen con frecuencia arrebatos incontrolables y otros individuos que a veces se ponen violentos de repente. En la cuarta planta se encuentran además la enfermería y el laboratorio, una pequeña biblioteca y la sala de operaciones.

En las dos primeras no hay zonas restringidas, y los pacientes tienen libertad para relacionarse, cosa que suelen hacer sobre todo en la sala de ocio y en los comedores (las otras dos tienen sus propias instalaciones). Naturalmente, en cada planta hay dormitorios y aseos separados para hombres y mujeres. Los despachos y las consultas están en la quinta planta, y los pacientes suelen decir que los más locos de todos somos nosotros. Finalmente, las cocinas están repartidas por varias plantas; la

lavandería, la calefacción, el aire acondicionado y el mantenimiento se hallan en el sótano; y hay un anfiteatro entre las dos primeras plantas para las clases y los seminarios.

Antes de ser director en funciones solía pasar una o dos horas a la semana en las plantas hablando con mis pacientes en tono informal para ver si iban haciendo progresos. Por desgracia, la presión de las tareas administrativas puso fin a ese hábito, pero sigo intentando comer con ellos de vez en cuando y paso a verles antes de la primera reunión de la mañana o de la clase de la tarde. Aquel martes, después del Día de los Caídos, decidí comer en la tercera planta antes de revisar mis notas para la clase de las tres.

Además de autistas y catatónicos, en esa planta hay pacientes con diversos trastornos que tendrían problemas para relacionarse con los de las dos primeras. Por ejemplo, hay varios comedores compulsivos que devoran cualquier cosa que caiga en sus manos: piedras, papel, hierba, plata; un coprófago cuyo único deseo es ingerir sus excrementos, y a veces los de otros; y varios pacientes con problemas sexuales graves.

Uno de estos últimos, apodado «Whacky» por un alumno hace tiempo, se está masturbando a todas horas. Le excita cualquier cosa: los brazos, las piernas, las camas, los cuartos de baño...

Whacky es hijo de un prestigioso abogado de Nueva York y su exmujer, una conocida actriz de seriales televisivos. Por lo que sabemos tuvo una infancia normal, sin represiones ni abusos, tenía un tren eléctrico, jugaba al béisbol y al baloncesto, le gustaba leer y tenía amigos. En el instituto era tímido con las chicas, pero en la universidad comenzó a salir con una compañera de clase muy guapa. Aunque era alegre y abierta también era muy coqueta, y le seducía sin llegar nunca «hasta el final». Loco de deseo, Whacky siguió siendo virgen, como Russell, durante dos interminables años; se estaba reservando para la mujer a la que amaba.

Pero el día de su boda ella se fugó con un antiguo novio, que acababa de salir de la cárcel, y dejó a Whacky plantado en el altar (y a punto de estallar). Cuando le dijeron que su prometida había huido se bajó los pantalones y comenzó a masturbarse allí mismo, en la iglesia, y no ha dejado de hacerlo desde entonces.

La «terapia» de la prostitución no dio ningún resultado con Whacky. Sin embargo, los psicofármacos le ayudan a mejorar un poco, y normalmente puede ir al comedor y volver a su habitación sin montar un escándalo.

Cuando no está obsesionado con su compulsión Whacky es muy agradable. A los cuarenta y cinco años sigue teniendo un aspecto joven y atractivo, con el pelo castaño muy corto, una hendidura en la barbilla y unos ojos azules llenos de melancolía. Le gusta ver los partidos que dan por televisión, y siempre que le veo está hablando de béisbol o fútbol. Pero esta vez no hablaba de los Mets, su equipo favorito, sino de

prot.

Whacky no podía conocer a mi nuevo paciente, puesto que los internos de la tercera planta no tenían permiso para ir a otras. Pero alguien le había dicho que en la segunda había un tipo que procedía de un lugar remoto donde la vida era muy diferente, y quería conocerle. Intenté disuadirle quitando importancia a los viajes imaginarios de prot, pero su mirada era tan patética e insistente que le dije que lo pensaría.

—¿Para qué quieres conocerle? —le pregunté.

—Pues para ver si me lleva con él, por supuesto.

De repente el comedor se quedó en silencio; lo normal es que haya mucho ruido y la comida vuele de un lado a otro. Miré a mi alrededor. No había nadie gimiendo, riéndose o escupiendo. Todos nos estaban observando y escuchando con atención. Murmuré algo así como «veré lo que puedo hacer». Y cuando me levanté para irme toda la planta quería plantear su caso al alienígena, y me costó casi media hora calmarlos y salir de allí.

Cada vez que hablo con Whacky pienso en el poder que tiene el sexo sobre todos nosotros, como indicó Freud hace un siglo con gran lucidez. De hecho, la mayoría de la gente tiene problemas sexuales en algún momento de su vida.

Cuando mi mujer y yo llevábamos varios años casados, de repente me di cuenta de lo que estaba haciendo mi padre la noche que murió. Me impresionó tanto que salté de la cama y me miré en el espejo del armario. Y allí estaba mi padre contemplándome: los mismos ojos cansados, las mismas sienes plateadas, las mismas rodillas nudosas. Fue entonces cuando comprendí con toda claridad que era un ser mortal.

Mi mujer fue muy comprensiva en todo momento —es enfermera de psiquiatría—, pero al final insistió en que buscara ayuda profesional para hacer frente a mi problema de impotencia. Lo único que saqué en claro es que yo me sentía culpable de la muerte de mi padre. Pero hasta que no superé la edad que tenía cuando murió no pude superar la crisis ni seguir cumpliendo con mis deberes conyugales. Durante seis miserables meses odié a mi padre más que nunca. Además de elegir mi carrera y crearme un terrible complejo de culpa, treinta años después de su muerte había estado a punto de arruinar mi vida sexual.

Steve hizo mucho más de lo que había prometido. Me envió por fax los datos astronómicos y un mapa celeste computerizado del cielo nocturno visto desde el hipotético planeta K-PAX.

A la señora Trexler le pareció muy divertido, y me preguntó si era un pasatiempo

«para unir los puntos».

Con esta información, que prot no podía tener, le vi de nuevo el miércoles a la hora habitual. Sabía que no podía ser un viajero del espacio, como tampoco nuestro Jesucristo podía haber salido del Nuevo Testamento, pero sentía curiosidad por saber qué había en lo más recóndito de su mente, imprevisible pero sin duda alguna humana.

Entró en mi consulta precedido de su amplia sonrisa. Yo le estaba esperando con una cesta llena de fruta, que devoró con fruición. Mientras comía tres plátanos, dos naranjas y una manzana me hizo algunas preguntas sobre Ernie y Howie. La mayoría de los pacientes muestran cierta curiosidad por sus compañeros y, sin entrar en detalles confidenciales, no dudé en contestarle. Cuando me pareció que estaba listo y relajado encendí la grabadora y comenzamos la sesión.

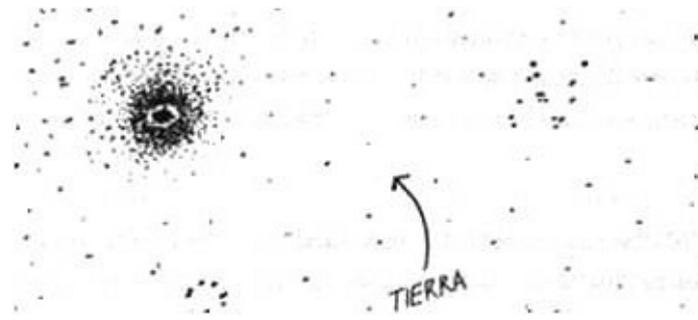
Para resumir, lo sabía todo sobre el sistema estelar recién descubierto. Había algunas discrepancias en su descripción de la trayectoria que K-PAX definía alrededor de las dos estrellas de ese sistema —según él no era un ocho, sino algo más complejo— y la duración de un año en ese supuesto planeta no coincidía con los cálculos de Steve o, mejor dicho, del doctor Flynn. Pero el resto de los datos concordaban: el tamaño y la luminosidad de Agape y Satori (K-MON y K-RIL), el periodo de rotación, la estrella más próxima, etc. Naturalmente, podía haber acertado por casualidad, o quizá me leyera la mente, aunque las pruebas no indicaban que tuviera una capacidad especial en ese sentido. Lo más probable era que este paciente pudiera adivinar de algún modo datos astronómicos secretos al igual que los sabios de los que ya he hablado hacen cálculos complejos como un ordenador. Sin embargo, no creía que fuera capaz de dibujar un mapa del cielo nocturno visto desde K-PAX, como, por cierto, había decidido llamar a su planeta el profesor Flynn. Antes de averiguarlo ya estaba viendo el libro que el lector tiene ahora entre manos. Así pues, le observé con cierto nerviosismo mientras trazaba su mapa y no dejaba de repetir que no dibujaba muy bien a pulso. Le advertí que recordara que el cielo nocturno no podía ser igual desde K-PAX que desde la Tierra.

—¡Dígame a mí! —respondió.

Sólo tardó unos minutos. Mientras hacía el dibujo comenté que un astrónomo que conocía me había dicho que teóricamente era imposible viajar con la luz. Se detuvo un momento y sonrió con indulgencia.

—¿Ha estudiado la historia de la tierra? ¿Recuerda algún concepto nuevo que los expertos en ese campo no hayan considerado «imposible»?

Siguió con su tarea. Mientras dibujaba parecía que miraba al techo, pero quizá tuviera los ojos cerrados. En cualquier caso no prestaba atención al mapa que estaba trazando, como si estuviera copiándolo de una imagen o una pantalla interna. He aquí el resultado:



En este diagrama se aprecian varias figuras: una «constelación» con forma de N (arriba a la derecha), otra como un signo de interrogación (abajo a la izquierda), una «boca sonriente» (abajo a la derecha) y un grupo grande de estrellas con forma de ojo (arriba a la izquierda). Por otro lado, también había indicado la situación de la Tierra (centro). Según prot, la razón de que en el mapa hubiera pocas estrellas de fondo se debía a que en K-PAX nunca había una oscuridad total, y en consecuencia se veían menos estrellas en el cielo de las que se pueden ver normalmente por la noche en las zonas rurales de la Tierra.

Sin embargo, estaba claro que los mapas de prot y de Steve eran muy diferentes. No me sorprendió que mi «sabio» tuviera sus limitaciones, pero me quedé un poco decepcionado. Sé que no es una actitud muy científica, y sólo puedo atribuirla a la crisis de la mediana edad, un síndrome que describió E.L. Brown en 1959. Es algo que les ocurre sobre todo a los hombres que pasan de los cincuenta: un curioso deseo de que les suceda algo interesante.

Sea como fuere, al menos ahora podía presentar a mi paciente una prueba contradictoria, con la que esperaba convencerle de que no venía de otro mundo. Pero eso lo dejaríamos para la siguiente sesión. El tiempo se había acabado, y la señora Trexler me estaba haciendo señas para recordarme que tenía una reunión con el comité de seguridad.

Según mis notas, el resto de la tarde fue de locura: tuve varias reuniones, hubo problemas con las fotocopiadoras, la señora Trexler se fue al dentista y uno de los candidatos para el cargo de director permanente impartía un seminario. Pero encontré tiempo para enviar un fax a Charlie con el mapa celeste de prot antes de acompañar al candidato a cenar.

Este hombre, a quien llamaré el doctor Choate, tenía una manía bastante peculiar: no dejaba de tocarse la bragueta, presumiblemente para asegurarse de que la llevaba cerrada. Parecía algo inconsciente, puesto que lo hizo en la sala de conferencias, en el comedor y en las plantas, hubiera o no mujeres presentes. ¡Y estaba especializado en sexualidad humana! Suelen decir que todos los psiquiatras están un poco locos, y el doctor Choate no hacía nada para desmentirlo.

Le llevé a Asti, un restaurante de la parte baja de Manhattan en el que el propietario y los camareros se ponen a cantar un aria en cualquier momento y animan a sus clientes a acompañarles. Pero a Choate no le interesaba la música, y apenas abrió la boca durante la comida. En cambio yo me lo pasé muy bien cantando la parte de Nadir en el precioso dúo de *Los pescadores de perlas*, y aún me dio tiempo de coger el tren de Connecticut de las 9.10. Cuando llegué a casa mi mujer me dijo que había llamado Steve, y me puse en contacto con él inmediatamente.

—¡Es asombroso! —exclamó.

—¿Por qué? —dije—. Su mapa no se parece nada al tuyo.

—Sí, ya lo sé. Al principio pensé que tu paciente se lo había inventado todo. Pero luego vi dónde había puesto la flecha que indica la posición de la Tierra.

—¿Y?

—El mapa que te envié es del cielo visto desde la Tierra, pero trasladado siete mil años luz al planeta que él llama K-PAX. ¿Entiendes lo que quiero decir? Visto desde allí, el aspecto del cielo es muy diferente. Así que me senté delante del ordenador y ¡voilà! Allí estaban la constelación N, la interrogación, la sonrisa y el ojo donde él decía. Esto es una broma, ¿verdad? Te lo ha tenido que contar Charlie.

Aquella noche tuve un sueño. Estaba flotando por el espacio totalmente perdido. Todas las estrellas me parecían iguales. No veía el Sol, la Luna ni ninguna constelación reconocible. Quería volver a casa pero no sabía qué camino debía tomar. Me aterrizzaba pensar que podía estar solo en el universo. De repente vi a prot, que me hacía señas para que le siguiera. Sentí un gran alivio. Mientras avanzábamos señaló las estrellas con forma de ojo y todas las demás, y por fin supe dónde estaba.

Entonces me desperté y no pude volver a dormirme. Recordé algo que había ocurrido unos días antes cuando cruzaba los jardines del hospital de camino a una consulta con la familia de uno de mis pacientes. Prot estaba sentado en la hierba cogiendo gusanos, pero llegaba con retraso a la cita y no le di importancia en ese momento. Más tarde me di cuenta de que nunca había visto a ningún paciente jugar con gusanos. ¿Qué hacía con ellos? Mientras estaba despierto en la cama pensé en ello, hasta que me acordé de que en la segunda sesión había dicho que en K-PAX todo había evolucionado a partir de unas criaturas parecidas a los gusanos ¿Estaba estudiándolos como nosotros podíamos examinar a nuestros primos, los peces, cuyas branquias siguen presentes de algún modo en la anatomía humana?

Aún no había llamado al doctor Rappaport, nuestro oftalmólogo, para hablar con él de los resultados de las pruebas de visión, pero lo hice a la mañana siguiente. Me dijo que era «casi inverosímil» que un ser humano pudiera ver la luz en una longitud de onda de trescientos angstroms. Esa persona, señaló, sería capaz de ver cosas que sólo ven algunos insectos. Aunque parecía tener muchas dudas, como si yo intentara

tomarle el pelo, no llegó a negar los resultados de los análisis.

Una vez más pensé en lo complejo que es el cerebro humano. ¿Cómo puede una mente enferma como la de prot llegar a ver la luz ultravioleta y trazar un mapa del cielo a una distancia de siete mil años luz? Esto último no estaba del todo fuera del ámbito de lo posible, pero para ello hacía falta un talento asombroso. Además, si era un sabio, era un sabio inteligente, amnésico y delirante. Eso era algo extraordinario, un nuevo fenómeno. Y de repente me di cuenta de que ya tenía el libro.

El síndrome del sabio es una de las patologías más curiosas y menos conocidas del campo de la psiquiatría. Se manifiesta de muchas maneras. Algunos sabios se dedican a calcular fechas, y pueden decir inmediatamente en qué día de la semana caerá el 4 de julio del 2990 aunque no sepan atarse los cordones de los zapatos. Otros realizan cálculos aritméticos increíbles: sumas de una gran cantidad de números, raíces cuadradas muy complejas. Y hay otros con un sorprendente talento musical que pueden cantar una canción e incluso varios fragmentos de una sinfonía o una ópera después de oírla por primera vez.

La mayoría de los sabios son autistas. Algunos han sufrido daños cerebrales, mientras que otros no presentan ninguna anomalía de este tipo. Pero casi todos tienen un coeficiente intelectual inferior a la media, normalmente entre cincuenta y setenta y cinco. Es raro que un sabio tenga un coeficiente normal o elevado.

Yo tengo el privilegio de haber conocido a una de estas personas admirables. Era una mujer de unos sesenta años que tenía un tumor cerebral en el lóbulo occipital izquierdo. Debido a este trastorno apenas podía hablar, leer o escribir. Además padecía una corea aguda (temblores involuntarios) y era incapaz de comer sola. Y por si esto fuera poco era una de las mujeres menos atractivas que he visto en mi vida. El personal la llamaba cariñosamente «Catherine Deneuve», como la actriz francesa, que era muy popular en ese momento.

Pero era una artista extraordinaria. Cuando le daban los materiales apropiados, su cabeza y sus manos dejaban de temblar y comenzaba a pintar, de memoria, reproducciones casi perfectas de obras de muchos de los grandes pintores de la historia. Aunque sólo tardaba unas cuantas horas, sus cuadros son casi idénticos a los originales. Y mientras trabajaba incluso parecía bella.

Algunas de sus obras están ahora en varios museos y colecciones privadas de todo el país. Cuando murió, su familia donó al hospital uno de ellos, que adorna la pared de la sala de conferencias. Es una copia perfecta de los *Girasoles* de Van Gogh, cuyo original se encuentra en el Metropolitan, y al contemplarlo impresiona tanto su talento como el genio del autor.

Antes se intentaba «normalizar» a este tipo de pacientes, adaptarlos a las necesidades de la sociedad. Incluso a «Catherine Deneuve» la animaban a que pasara

menos tiempo pintando y aprendiera a vestirse y comer sola. Pero estas asombrosas cualidades si no se cultivan se pueden perder, y ahora en varios centros se permite a esa gente que desarrolle al máximo sus capacidades.

Sin embargo, es muy difícil comunicarse con la mayoría de los sabios. Por ejemplo, era imposible mantener una conversación normal con «Catherine». Pero prot era una persona lúcida, racional y no tenía ningún problema. ¿Qué podíamos aprender de él? ¿Qué más sabía, por ejemplo, de las estrellas? ¿Habría más formas de adquirir conocimientos de las que estamos dispuestos a considerar? Después de todo, no hay mucha distancia entre el genio y la locura, como indican los casos de Blake, Woolf, Schumann, Nijinsky y, por supuesto, Van Gogh. Incluso Freud tenía graves problemas mentales. El poeta John Dryden lo expresó de este modo:

*Los grandes genios suelen ser aliados de la locura
Y tienen la mente dividida entre el delirio y la cordura.*

En la reunión de personal del lunes planteé ese enfoque y propuse que dejáramos a prot hablar de lo que quisiera para comprobar si lo que tuviera que decirnos sobre su mundo (y el nuestro) podría ayudarnos a determinar su trastorno y su identidad. A pesar de la poderosa presencia del valioso cuadro de «Catherine Deneuve», esta idea no fue acogida con mucho entusiasmo. De hecho, Klaus Villers, sin conocer al paciente, lo consideraba un caso perdido y sugirió que se adoptasen medidas más agresivas «en cuanto fúerra posible», aunque con sus pacientes era más cauteloso que cualquier otro. Sin embargo, se decidió por consenso que no se perdía nada dándole a mi paciente unas cuantas semanas más antes de recurrir a la farmacología o a la cirugía.

En este caso había otro aspecto que no mencioné en la reunión: la presencia de prot parecía influir de forma positiva en algunos pacientes de su planta. Por ejemplo, Ernie se tomaba la temperatura con menos frecuencia, y Howie estaba un poco más tranquilo. Incluso me dijeron que una noche se sentó a ver un concierto de la Filarmónica de Nueva York que daban por televisión. Y algunos otros también estaban comenzando a interesarse más por su entorno.

Uno de ellos era una mujer de veintisiete años a la que llamaré Bess. Cuando llegó al hospital estaba muy demacrada, y nunca había sonreído, ni siquiera una vez. Desde que era niña su familia la había tratado como una esclava, y se pasaba el día limpiando y cocinando. Si le regalaban algo por Navidad eran utensilios de cocina o una tabla para planchar. Creía que era ella la que debía haber muerto en el incendio que destruyó el piso familiar en lugar de sus hermanos. Poco después la trajeron al hospital helada de frío porque no quiso ir a uno de los centros de acogida que hay en la ciudad para los sin techo.

Desde el principio se negó a comer. No porque tuviese miedo, como Ernie, o

porque estuviera muy ocupada, como Howie, sino porque pensaba que no lo merecía: «¿Por qué me dan a mí de comer cuando hay tanta gente que pasa hambre?». Cuando hacía sol estaba segura de que llovía. Todo lo que sucedía le recordaba alguna tragedia o algún incidente de su pasado. Ni la terapia electroconvulsiva ni los neurolépticos habían surtido efecto en su caso. Era la persona más triste que he conocido.

Pero en uno de mis cada vez menos frecuentes paseos por las plantas vi que estaba sentada con las piernas encogidas y los brazos alrededor de las rodillas escuchando con atención lo que estuviera diciendo prot. No sonreía, pero tampoco lloraba.

Y la señora Archer, exesposa de uno de los empresarios más importantes de Estados Unidos, dejaba de quejarse cuando prot andaba por allí.

Conocida en la segunda planta como la «duquesa», la señora Archer, que tiene setenta años, toma las comidas en platos de porcelana en su propia habitación. Acostumbrada al lujo desde que nació, se queja continuamente por el servicio que recibe y por la conducta de todo el mundo. Sorprendentemente, la duquesa, que una vez corrió desnuda por la Quinta Avenida cuando su marido la abandonó por una mujer mucho más joven, se convertía en un corderito en presencia de mi nuevo paciente.

El único al que no parecía agradaarle prot era Russell, que decidió que estaba explorando la Tierra por orden del diablo. «¡Vade retro, Satanás!», decía de vez en cuando a nadie en particular. Aunque muchos de los pacientes seguían acudiendo a él para pedirle consejo, su camarilla se reducía casi a diario para acercarse a prot.

Pero la cuestión es que la presencia de prot parecía ser beneficiosa para muchos de los pacientes crónicos. Y esto planteaba un interesante dilema: si al final fuéramos capaces de diagnosticar y tratar la enfermedad de prot, ¿sería perjudicial su recuperación para sus compañeros?

Quinta sesión

Antes de ver de nuevo a prot pedí que me trajeran un par de lámparas viejas del almacén y pusieran en ellas unas bombillas de quince vatios con la esperanza de que con una iluminación más suave se quitaría las gafas oscuras y podría verle los ojos. Eso es exactamente lo que sucedió y, aunque en la consulta había ahora muy poca luz, vi cómo sus iris luminosos, parecidos a los de algunos animales nocturnos, recorrían la mesa mientras cogía una papaya de la cesta de fruta y me ofrecía un bocado.

Mientras comía mencioné de forma casual la fecha de mi cumpleaños y le pregunté en qué día de la semana había caído. Se encogió de hombros y siguió masticando. Luego le pedí que calculara la raíz cuadrada de 98.596. «Las matemáticas no son mi fuerte», respondió. Y por último le dije que volviera a dibujar el cielo nocturno de K-PAX, pero esta vez en sentido contrario, tal como se vería desde la Tierra. Cuando acabó lo comparé con el que Steve me había enviado la semana anterior. Tenía menos estrellas que el mapa del ordenador, pero en términos generales eran iguales.

No perdí el tiempo preguntándole por qué sabía cómo era el cielo nocturno en K-PAX. Sin duda alguna habría dicho algo así como «crecí allí». Encendí la grabadora y básicamente dejé que divagara. Quería saber hasta dónde llegaba su delirio y si podría ayudarnos a descubrir algo sobre su pasado y tal vez sobre el universo en general.

—Hábleme de K-PAX.

Se le iluminó la cara al oír aquello. Mientras comía una carambola, que por su forma de estrella tenía para él un significado especial, dijo:

—¿Qué quiere saber?

—Describa un día normal de un año normal.

—¡Ah! —asintió con la cabeza—. Un día normal.

Al parecer no le desagradó la propuesta. Cuando terminó de comer unió las puntas de los dedos y cerró los ojos. Tardó unos segundos en ordenar sus ideas, proyectarlas en su pantalla interna o lo que hiciera con ellas.

—Bueno, para empezar, nuestros «días» no son como los suyos. La mayor parte del tiempo tenemos una luz débil, como la de esta habitación.

La última frase la pronunció con una sonrisa irónica.

—Además, los K-PAXianos no duermen tanto como ustedes, ni a horas regulares. Sólo dormimos cuando nos hace falta.

Respecto a esa cuestión había recibido algunos informes sobre los hábitos de prot. Al parecer se pasaba casi toda la noche leyendo, escribiendo o simplemente pensando, y dormía durante el día a cualquier hora.

—Y por último K-PAX no gira en un sólo sentido como la tierra, sino que da la vuelta cuando llega al final de su ciclo cada veintiún años. En consecuencia, un «día» puede durar desde una semana hasta varios meses cuando K-PAX reduce su velocidad y cambia el sentido de giro.

En ese momento anoté algo que había olvidado mencionar a Steve: La trayectoria que según prot describía K-PAX alrededor de sus dos soles no coincidía con el «ocho» del doctor Flynn.

—Por cierto —dijo, y abrió los ojos un momento—, tenemos calendarios y relojes, aunque apenas los usamos. Tampoco tenemos que ponerlos en hora ni sustituirlos, porque son como ustedes dirían «perpetuos». Pero volviendo a su pregunta, supongamos que me acabo de despertar tras echar una pequeña siesta. ¿Qué haría? Si tuviera hambre comería algo, por ejemplo cereales remojados y un poco de fruta.

Le pregunté qué eran los cereales «remojados» y le pedí que describiera algunas frutas de K-PAX.

Volvió a abrir los ojos y se incorporó en la silla; parecía que le agradaba la idea de explicar cosas de su «mundo».

—Los cereales remojados son lo que su nombre indica. Cuando se remoja un cereal se queda blando, como su arroz o su avena. En la TIERRA prefieren cocerlos. Nosotros los ponemos en remojo, normalmente con zumo de frutas. En nuestro planeta hay veintiún cereales comestibles, pero como los suyos no son un alimento completo. Hay que mezclarlos para conseguir el nivel adecuado de aminoácidos. Mi combinación favorita es drak con thon y adro. Sabe a nueces con un ligero toque de ketchup.

—¡Jesús!

No sabía si prot tenía un gran sentido del humor o si carecía de él. Jamás lo supe.

—Gracias —dijo sin pestañear—. Ahora bien, las frutas son otra historia. Tenemos algunas muy ricas. Las que más me gustan a mí son las que llamamos yorts, o ciruelas dulces, pero no se pueden comparar con las de la tierra, donde hay mucha más variedad sobre todo por el clima. Para resumir, si tenemos hambre cogemos unos cereales remojados con zumo de frutas y nos sentamos a comerlos bajo un balnok.

—¿Que hay de las verduras?

—¿Qué quiere decir?

—¿Tienen verduras?

—Claro que sí. Después de la siguiente cabezada podemos comer unos krees o unas likas.

—¿Carne? ¿Pescado? ¿Marisco?

—No tenemos carne, ni pescado ni marisco. No hay *mar*.

—¿No hay animales de ningún tipo?

Dio unos golpecitos con las gafas en el brazo de la silla.

—Gene, ya le he hablado de los aps y los mots, ¿no se acuerda?

—¿No tienen cerdos, vacas y ovejas?

—Como le dije en la segunda sesión, en K-PAX no tenemos animales domésticos. Pero hay cerdos salvajes, vacas salvajes, ovejas salvajes...—comentó después de lanzar un profundo suspiro.

—¿Vacas salvajes?

—Bueno, se llaman rulis, pero son parecidas a sus vacas: grandes y plácidas. ¿Se ha dado cuenta de lo mansos que son sus animales grandes, por ejemplo las jirafas o los elefantes, incluso cuando los maltratan?

—Entonces ¿lo que hacen en su planeta es básicamente comer y dormir?

—Creo que debería retroceder un poco. Cuando le dije que echamos una cabezada cuando nos hace falta quizá se haya imaginado una cama en una habitación de una casa similar a la suya. Pues no. En K-PAX es diferente. Verá, el tiempo es muy estable. Todos los días son parecidos. Normalmente hace calor, y nunca llueve. Hay algunos edificios dispersos para almacenar utensilios y para uso de quien los necesite. En ellos se guardan también la comida, las esteras, los instrumentos musicales y otras cosas, pero no hay camas. La mayoría de las veces...

—¿A quien pertenecen esos edificios?

—En K-PAX nada «pertenece» a nadie.

—Continúe.

—La mayoría de las veces dormimos al aire libre en cualquier momento, normalmente una o dos horas, por supuesto en sitios donde no nos pueda pisar un ap. Por cierto —se interrumpió a sí mismo incorporándose de nuevo—, puesto que los contactos sexuales no son deseables en nuestro PLANETA, ni en muchos otros, los hombres y las mujeres pueden compartirlo todo sin ningún temor. Cualquiera puede echar una siesta junto a alguien del sexo opuesto, pero no tiene que preocuparse de lo que vaya a pensar su mujer o su marido si se entera, ni sentirse incómodo o avergonzado, aunque solemos estar desnudos o con muy poca ropa. En K-PAX los órganos sexuales no tienen mucha importancia, sobre todo porque sólo hay dos tipos y, como sabe, cuando uno ha visto los dos lo ha visto todo.

Se recostó en el asiento y cerró de nuevo los ojos, evidentemente disfrutando con su exposición.

—Así pues, nos despertamos, comemos algo, orinamos, nos limpiamos los dientes... ¿Y qué hacemos después? Lo que haya que hacer. Poner a remojo más cereales para la siguiente comida, limpiar los cuencos, arreglar cualquier cosa que se haya roto. O lo que queramos. Unos prefieren escrutar el cielo, otros observan las hojas de los árboles, el comportamiento de los aps, los korms o los homs, tocan música, pintan o hacen esculturas. Cuando no viajo yo suelo pasar la mayor parte del

tiempo en una de las bibliotecas, que normalmente están llenas de seres en cualquier periodo del ciclo.

—Hábleme de las bibliotecas.

—En ellas hay libros, por supuesto, aunque son muy antiguos, y algo mucho mejor. Déjeme ver cómo se lo puedo explicar —prot cerró los ojos de nuevo y comenzó a tamborilear con los dedos—. Imagine un ordenador con una pantalla que proyecte imágenes tridimensionales sensoriales. Ahora imagine que le interesan los viajes en globo. Supongamos que quiere saber cómo se pilotaba un globo hace cien millones de ciclos, antes de que aprendiéramos a viajar con la luz. Enciende el ordenador, teclea las instrucciones y ya está. Se encontrará en una barquilla antigua, sobrevolando el lugar que quiera a la altitud que haya especificado, con la dirección y velocidad del viento que hubiera en la fecha que ha seleccionado. Sentirá las cuerdas en sus manos y los soles en su cara. Percibirá el olor de las hojas de los árboles. Oirá a los korms de esa época que se posan en el globo. Saboreará la fruta que le han dado para el viaje. El paisaje que vea a sus pies será exactamente igual. ¡Es como estar allí!

Al llegar a ese punto estaba temblando de emoción.

—¿Qué ocurre si se cae?

Volvió a abrir los ojos y dejó de dar golpecitos con los dedos.

—Esa pregunta sólo la haría un humano. No pasaría nada. Se encontraría de nuevo en la biblioteca, listo para otra aventura.

—¿Qué otro tipo de aventuras pueden experimentar?

—Utilice la imaginación, doc. Cualquier cosa que haya ocurrido en K-PAX en los últimos millones de años, en tres dimensiones y con todos los sentidos. Si quisiera podría recrear su nacimiento o revivir cualquier parte de su vida, o de la de otro ser.

—Esas imágenes... ¿Tiene alguna de otros planetas? ¿Se llevará alguna de la Tierra?

—Los viajes planetarios son algo relativamente nuevo para nosotros. Sólo llevamos unos cientos de miles de años viajando, sobre todo para hacer exploraciones, y en las bibliotecas no tenemos muchos datos sobre esa materia. En cuanto a la TIERRA... bueno, me parece un lugar muy interesante, y así lo expresaré en mi informe. Pero no sé si habrá alguien que quiera calcular todos los parámetros...

Se encogió de hombros, tomó un mango y lo mordió sin quitarle la piel.

—Pero eso es sólo el principio —exclamó tragando saliva—. Supongamos que le interesa la geología. Si teclea las instrucciones en la pantalla aparecerán muestras de todo tipo de rocas, minerales, piedras preciosas, metales y meteoritos con su nombre, origen, composición química y densidad. Podría cogerlos, tocarlos y olerlos. Al igual que las plantas y los animales de cualquier especie. Ciencia, medicina, historia, arte. A usted le gusta la ópera, *¿nicht wahr?* Pues en cuestión de segundos podría seleccionar cualquier cosa que quisiera ver y oír, por ejemplo una lista de todas las

obras que se han escrito o representado en K-PAX y en algunos otros PLANETAS, clasificadas por títulos, temas, tipos de voces, compositores, intérpretes y otros datos, todos ellos con referencias cruzadas. Si pudieran hacer esto en la TIERRA usted podría cantar en una representación con ponselle o caruso. ¿Le suena bien? —tuve que reconocer que así era—. O podría navegar con colón, firmar la carta magna, correr las 500 millas de indianápolis, jugar al béisbol con babe ruth...

»Después de estar un rato en la biblioteca —añadió un poco más calmado—, podría ir a dar un paseo por el bosque o sentarme en algún sitio. Es una de las cosas que más me gustan —se detuvo un momento como si estuviera pensando y luego dijo—: Hace unos meses estuve sentado junto a un lago en Alabama. No hacía viento y había un tranquilidad absoluta. Sólo se oía de vez en cuando el croar de una rana, un pez que saltaba o los mosquitos que hacían ondas en la superficie del agua. ¿Ha experimentado eso alguna vez? Es maravilloso. En K-PAX no hay lagos, pero la sensación es la misma.

—¿Cuándo fue eso?

—En octubre del año pasado.

Se reclinó en el asiento con su sonrisa perpetua, como si en ese momento estuviera sentado de verdad junto al lago que acababa de describir. Luego se incorporó y comenzó a cantar desafinando bastante:

—*And thafs a typical dayyyy (tap, tap), en dogpatch (tap), u.es.ayyyy.*

Según mi hijo Fred, era una canción de un famoso musical de Broadway de los años cincuenta llamado *LilAbner*. Después hizo algo imprevisible, al parecer impulsado por los «recuerdos» de su «mundo».

—No quiero ofenderle, gene, pero se me está acabando el tiempo y tengo que regresar —dijo.

Aquello me cogió totalmente por sorpresa.

—¿A K-PAX?

—¿A dónde iba a ser?

Entonces fui yo quien se incorporó.

—¿Cuándo piensa marcharse?

—El diecisiete de agosto —respondió sin vacilar.

—¿Y por qué el diecisiete de agosto?

—Es la fecha de mi viaje radial de vuelta.

—¿Vuelve a K-PAX en un rayo ese día?

—Sí. Le echaré de menos. Y a los demás pacientes. Y sus deliciosas frutas —añadió señalando la cesta de fruta casi vacía.

—¿Por qué tiene que ser el diecisiete de agosto?

—Por razones de seguridad.

—¿Razones de seguridad?

—Verá, yo puedo andar por la TIERRA sin temor a chocarme con nadie que viaje más rápido que la luz. Pero en K-PAX hay seres que están entrando y saliendo a todas horas. Hay que coordinar esos vuelos, como en sus aeropuertos.

—El diecisiete de agosto.

—A las 3.31. Hora de la costa este.

Me sentí decepcionado al comprobar que la sesión había llegado a su fin.

—Me gustaría continuar con esto la próxima semana, si le parece bien. Por cierto, ¿podría dibujarme un calendario K-PAXiano en algún momento? Con un ciclo normal sería suficiente.

—Por supuesto. Hasta el diecisiete de agosto estoy a su entera disposición, excepto unos días para viajar al norte. Aún no he estado en algunos lugares, ¿recuerda? ¡Chao! —dijo ya en la puerta mientras comenzaba a andar por el pasillo.

Cuando se fue volví a mi despacho para copiar mis notas en su expediente. Mientras intentaba comprender qué sentido tenía todo aquello me fijé en la fotografía de Chip que tenía en mi mesa. «Chao» es una de sus expresiones favoritas, junto con «De verdad» y «¿Sabes?». Entonces estaba de vacaciones y trabajaba como socorrista en una playa pública. Me parecía bien, puesto que ya se había gastado los adelantos de dos años de su asignación. Mi hijo pequeño abandonaría muy pronto el nido.

Aquí debería ponerme filosófico y decir que estuve pensando durante mucho tiempo en las repercusiones que tendría ese inevitable abandono tanto para Chip como para mí, pero la verdad es que no podía dejar de pensar en la «fecha de partida» de prot. Sólo faltaban dos meses para el diecisiete de agosto. ¿Qué sucedería? Sin duda alguna era como cuando Russell decía que un día regresaría al cielo. Pero en todos los años que llevaba con nosotros Russell nunca había dado una fecha concreta, ni él ni ningún otro paciente con delirios. Era algo sin precedentes en los anales de la psiquiatría. Puesto que era imposible que prot viajara a K-PAX, ni a ningún otro sitio, ¿qué le ocurriría ese día? ¿Se encerraría del todo en su coraza amnésica? La única manera de evitarlo era averiguar quién era este hombre y de dónde había venido antes de que fuera demasiado tarde.

Pero de repente me di cuenta de que el diecisiete de agosto era más o menos la fecha en la que según él había llegado a la Tierra hacía casi cinco años. Con esta idea en mente le pedí a la señora Trexler que llamara a la comisaría de la zona en la que le encontraron, que constaba en su ficha de admisión, para que comprobaran si alguien que respondiera a su descripción había desaparecido alrededor de esa fecha. Y para informarles que era posible que prot hubiera estado en Alabama en octubre. Volvió más tarde con un montón de cartas para que las firmara y me dijo que la policía había prometido mantenernos informados si ocurría algo. «Pero no espere sentado», comentó con sorna.

Normalmente obtenemos mucha información sobre nuestros pacientes no sólo del personal de enfermería, sino también de los demás internos, a quienes les encanta hablar de sus compañeros. Así, fue Ernie quien me dijo que Howie estaba tranquilo, animado y parecía otra persona. Y fui a verlo con mis propios ojos.

Ernie tenía razón. Un martes por la tarde le encontré sentado en el alféizar del salón del segundo piso mirando tranquilamente por la ventana hacia el cielo. Sin diccionarios, enciclopedias ni contando los hilos de la gran alfombra verde. Y las gafas, cuyos cristales solían estar llenos de mugre, las tenía limpias.

Le pregunté si podía sentarme con él y comencé a hablar de las flores que cubrían el muro del jardín. Como muchas otras veces, me dijo encantado los nombres vulgares y científicos de todas ellas y me habló de su evolución genética, su valor nutricional y sus aplicaciones médicas e industriales. Pero no apartó los ojos del cielo, que estaba cubierto de nubes oscuras. Parecía estar buscando algo —la palabra exacta sería escrutar— y le pregunté qué era.

—El pájaro azul —dijo.

—¿El pájaro azul?

—El pájaro azul de la felicidad.

Era raro que Howie dijera algo así. Es muy probable que lo supiera todo sobre esos pájaros, desde el color de sus ojos hasta los hábitos migratorios y la cantidad de ejemplares que había en todo el mundo. Pero lo de la felicidad... Cuando insistí un poco en eso me dijo que la idea era de prot. De hecho, mi nuevo paciente le había asignado esa «tarea», la primera de un total de tres. En ese momento ni Howie ni yo sabíamos en qué consistían las otras dos. Pero había aceptado la primera: encontrar al pájaro azul de la felicidad.

Algunos pacientes de la primera planta comenzaron a llamarle «el chalado azul», y en la cuarta decían que había un barba azul rondando por el jardín, pero a Howie no parecía importarle. Estaba tan concentrado en su nuevo objetivo como de costumbre. Sin embargo, era asombroso con qué placidez se había tomado la tarea. Se acabaron las interminables consultas y revisiones, el trasiego de libros y los apuntes. De hecho, tenía los libros y los papeles desparramados por su escritorio y la pequeña mesa que compartía con Ernie; al parecer había dejado lo que estaba haciendo y ni siquiera se había molestado en ordenar sus preciadas notas. Era tan reconfortante verle sentado tranquilamente junto a la ventana que yo también respiré aliviado, como si me hubieran quitado un peso de encima.

Poco antes de que me fuera salió el sol, que iluminó las flores y dio al césped un tono dorado. Howie sonrió.

—Nunca me había parecido tan bonito —dijo.

Pensando que era imposible que viera un pájaro azul en la zona alta de

Manhattan, no me molesté en adelantar su entrevista semestral, que estaba prevista para septiembre. Pero pocos días después, una mañana cálida y lluviosa resonó por las plantas el delicioso sonido de una voz alegre que gritaba: «El pájaro azul, el pájaro azul». Howie corría por los pasillos (yo no lo vi personalmente, pero me lo contó Betty más tarde), irrumpió en la sala de ocio interrumpiendo los juegos de cartas, y por último cogió a prot de la mano y lo arrastró hasta el salón sin dejar de gritar: «El pájaro azul, el pájaro azul». Como es lógico, todos los pacientes —y los empleados— fueron corriendo a las ventanas para verlo con sus propios ojos, y los cristales se llenaron de caras que miraban hacia la hierba mojada, hasta que todos acabaron gritando «El pájaro azul, el pájaro azul». Ernie, Russell e incluso la duquesa estaban entusiasmados. Betty dijo que casi pudo oír la música de una banda sonora. Sólo Bess permaneció impassible, recordando todos los pájaros muertos y heridos que había encontrado en su triste vida.

Cuando el pájaro azul se marchó volando todo volvió más o menos a la normalidad. Pero hubo un sutil cambio. El pájaro dejó un fino hilo —tal vez de esperanza— y alguien salió a recogerlo. Era tan delicado que cuando se secó nadie pudo verlo, excepto prot, seguramente. Sigue estando en la segunda planta, y pasa de forma invisible de un paciente a otro como una especie de talismán para aliviar la depresión y convertirla en alegría y esperanza. Y lo curioso es que suele funcionar.

Sexta sesión

La siguiente entrevista con prot tuvo lugar la tarde siguiente. Cuando entró en mi consulta con una gran sonrisa me dio lo que según él era un «calendario». Tenía forma de espiral, y era tan complicado que no lo comprendí. Pero le di las gracias y señalé la cesta de fruta que había en una mesita junto a su silla.

Esperé a ver si sacaba el tema de Howie y el pájaro azul, pero no dijo nada. Cuando por fin le pregunté qué había pasado, cogió una rodaja de melón y se encogió de hombros.

—Llevaba mucho tiempo allí, pero nadie se había fijado.

No mencioné el asunto de las «tareas» que asignaba a los pacientes. Mientras los resultados fueran positivos decidí dejarlo de momento. Cuando terminó el último kiwi, con pelusa y todo, encendí la grabadora.

—Me gustaría aclarar algo que comentó el otro día.

—¿Por qué no?

—Me parece que dijo que en K-PAX no hay gobierno, y que nadie trabaja. ¿Es eso cierto?

—Así es.

—Puede que sea un poco torpe, pero sigo sin entender cómo funcionan las cosas. ¿Quién construye las bibliotecas e instala los aparatos que hay en ellas? ¿Quién hace los programas de software, si ése es el término correcto? ¿Quién fabrica la ropa y los utensilios para comer? ¿Quién planta los cereales? ¿Y el resto de las cosas que necesitan?

Prot se dio una palmada en la frente y exclamó:

—*Mamma mia!* Bien, déjeme ver si lo puedo simplificar para que lo entienda.

Se inclinó hacia adelante y me clavó la mirada como solía hacer cuando quería asegurarse de que le prestaba atención.

—En primer lugar, casi nunca llevamos ropa. Sólo una vez cada ciclo —cada veintiún años— cuando hace un poco de frío. Y nadie planta los cereales. Los dejamos y se plantan solos. En cuanto a las bibliotecas, si hay que hacer algo alguien lo hace, ¿*capisci*? Y lo mismo sucede con todo lo que usted llamaría «bienes y servicios». No podría ser más sencillo.

—Pero hay cosas que nadie quiere hacer. Los trabajos más duros, por ejemplo, o limpiar los aseos públicos. Forma parte de la naturaleza humana.

—En K-PAX no hay humanos.

—Es cierto, lo había olvidado.

—Además, no hay nada que sea muy desagradable. Veamos, usted defeca, ¿verdad?

—No tan a menudo como quisiera.

—¿Le parece desagradable?

—Un poco.

—¿Busca a alguien que lo haga por usted?

—Si pudiera lo haría.

—Pero no lo hace, y no lo piensa dos veces. Simplemente defeca. Y en cierto modo es gratificante, ¿no?

La grabación indica que en ese momento me reí entre dientes.

—Muy bien. No hay trabajos desagradables. Pero ¿qué ocurre con la otra cara de la moneda? ¿Quién se ocupa de los trabajos especializados que exigen muchos años de formación, como la medicina o el derecho?

—No tenemos leyes, ni abogados. En cuanto a la medicina, todo el mundo la practica, así que tampoco necesitamos médicos. Naturalmente, hay algunos a los que les interesan más esas materias que a otros, y cuando alguien los necesita acude a ellos. Sobre todo para intervenciones quirúrgicas.

—Dígame algo más de la medicina en su planeta.

—Sabía que llegaríamos a este asunto antes o después —se echó hacia atrás adoptando su pose habitual—. Como le acabo de decir, en K-PAX no suele ser necesaria. Apenas tenemos problemas circulatorios, puesto que sólo comemos plantas. Y como no hay contaminación ni tabaco tampoco hay muchos casos de cáncer. El estrés es mínimo, y por lo tanto no hay trastornos gastrointestinales. Y tampoco hay muchos accidentes graves, ni suicidios, ni crímenes, así que no hacen falta muchos médicos. Como es lógico, de vez en cuando tenemos algunas enfermedades. La mayoría siguen su curso sin causar daños permanentes, pero hay unas cuantas que sí son graves. En esos casos recurrimos a las plantas. Para cada mal hay una o dos hierbas. Puede comprobarlo en la biblioteca.

—¿Tienen hierbas para todo?

—Como ustedes. Para el sida, para todos los tipos de cáncer, para el parkinson y el alzheimer, para la arteriosclerosis, para la anestesia selectiva. Están todas en sus bosques tropicales. Lo único que tienen que hacer es buscarlas.

—¿Anestesia selectiva?

—Si quiere hacer una operación de estómago hay algo para anestesiar esa parte del cuerpo. Puede ver cómo le extirpan el apéndice. O hacerlo usted mismo, si quiere. Los chinos utilizan estos mismos principios con su acupuntura.

—¿Hay hospitales?

—Son más bien clínicas pequeñas. Una en cada pueblo.

—En cuanto a la psiquiatría, supongo que me va a decir que en K-PAX no hace falta.

—¿Por qué iba a hacer falta? No tenemos problemas religiosos, sexuales ni económicos que puedan deprimirnos.

—Muy bien. Pero ¿no hay individuos con enfermedades mentales por causas orgánicas? ¿Qué hacen con ellos?

—Eso tampoco es habitual en nuestro PLANETA. Pero esos seres no suelen ser peligrosos, y no se les encierra porque a otros les convenga. Al contrario, todo el mundo les cuida muy bien.

—¿Quiere decir que a sus enfermos mentales no los tratan con medicinas, o hierbas?

—Las enfermedades mentales suelen estar en la mente de los demás. En este PLANETA se suelen atribuir con demasiada frecuencia a los que no piensan o actúan como la mayoría.

—Pero sin duda habrá gente que sea incapaz de afrontar la realidad...

—La realidad es lo que cada uno hace con su vida.

—¿Así que los K-PAXianos con problemas mentales nunca reciben ningún tratamiento?

—Sólo si son infelices o lo piden ellos mismos.

—¿Y cómo saben si son felices o no?

—Si no sabe eso no puede ser un buen psiquiatra.

—Bien. Ha dicho que en su mundo no hay países ni gobiernos. Y me imagino que tampoco habrá ejércitos ni armas militares.

—¡Dios nos libre!

—Dígame: ¿Qué sucede si los habitantes de otro planeta atacan K-PAX?

—Sería una contradicción. Si unos seres destruyeran otro MUNDO se destruirían antes a sí mismos.

—¿Y sus asuntos internos? ¿Quién mantiene el orden?

—K-PAX está ya en orden.

—Pero también ha dicho que en su planeta no hay leyes, ¿no es cierto?

—Así es.

—Si no tienen leyes, ¿cómo saben qué está bien y qué está mal?

—Igual que los seres humanos. Sus niños no estudian leyes, ¿verdad que no? Cuando cometen algún error se lo señalan.

—¿Quién decide qué es un «error»?

—Todo el mundo lo sabe.

—¿Cómo? ¿Quién establece los códigos de conducta?

—Nadie. Resultan evidentes al cabo de un tiempo.

—¿Hay alguna base moral en esos códigos?

—Depende de lo que entienda por «moral». Supongo que se refiere a la religión.

—Sí.

—Como le he dicho antes, en K-PAX no tenemos religiones, gracias a dios.

—¿Dios?

—Era una broma —anotó algo en su libreta—. ¿En este PLANETA no tienen sentido del humor?

—¿Entonces no creen en Dios?

—Esa idea se propagó hace varios cientos de ciclos, pero se rechazó enseguida.

—¿Por qué?

—¿Para qué íbamos a engañarnos?

—Pero si da consuelo...

—Una falsa esperanza proporciona un consuelo falso.

—¿Comparten todos los K-PAXianos esa opinión?

—Supongo. No hablamos mucho de ese tema.

—¿Por qué no?

—¿Cuántas veces hablan ustedes de dragones y unicornios?

—¿De qué hablan en su planeta?

—Información. Ideas.

—¿Qué tipo de ideas?

—¿Se puede viajar hacia adelante en el tiempo? ¿Hay una cuarta dimensión espacial? ¿Hay otros UNIVERSOS? Cuestiones de ese estilo.

—Una cosa más antes de pasar a otro tema. Aunque sea raro, ¿qué sucede cuando un individuo viola uno de sus códigos de conducta o se niega a acatarlo?

—Nada.

—¿Nada?

—Razonamos con él.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿Y si mata a alguien?

—¿Por qué iba a hacer nadie una cosa así? —dijo un poco alterado.

—Pero ¿si lo hiciera?

—Intentaríamos evitarle.

—¿No sienten compasión por la persona que ha matado o por su próxima víctima?

Prot me miró indignado, o tal vez incrédulo.

—Está haciendo una montaña de un grano de arena. En K-PAX ningún ser mata a otros seres. Los crímenes son incluso menos populares que el sexo. No hacen falta.

Entonces tuve el presentimiento de que estaba a punto de descubrir algo.

—Pero si una persona, un ser, cometiera un crimen, ¿no la encarcelarían por el bien de la comunidad?

—Permítame que le diga algo, doc —dijo con tono airado—. La mayoría de los humanos están de acuerdo con la ley del tali3n: «ojo por ojo». Muchas de sus religiones son famosas por este principio, que se conoce en todo el UNIVERSO por

su estupidez. Cristo y buda tenían una visión diferente, pero nadie les prestó atención, ni siquiera los cristianos y los budistas. En K-PAX no hay crímenes, ¿entiende? Y si los hubiera no habría castigos. Por lo visto es imposible que los terrícolas lo comprendan, pero ése es el secreto de la vida, créame.

Parecía que se le iban a salir los ojos, y respiraba con dificultad. Aunque aún era un poco pronto decidí poner fin a la sesión.

—Reconozco que tiene parte de razón. Por cierto, me temo que hoy vamos a acabar un poco antes. Espero que no le importe. Tengo una reunión importante que no he podido aplazar. ¿Le parece bien que continuemos la próxima semana?

—Perfectamente —respondió un poco más calmado. Y sin añadir más se levantó y se marchó con solemnidad.

Yo me quedé sentado un rato en la consulta, pensando. Hasta entonces no había visto en este paciente ningún gesto de ira, ni siquiera el ceño fruncido. Pero parecía que bajo la superficie había un volcán que podía entrar en erupción en cualquier momento. ¿Había ocurrido ya? Algunos casos de amnesia histórica se producen como consecuencia de un acto violento e irreversible. ¿Había matado prot a alguien, posiblemente el 17 de agosto de 1985? ¿Debería trasladarle a la cuarta planta por precaución?

Decidí no hacerlo, puesto que se habría encerrado aún más en su impenetrable coraza. Además, de momento era una simple conjetura. Y aunque fuese cierto no era probable que se pusiera violento a no ser que hiciéramos progresos sustanciales para descubrir las acciones de su pasado que habían provocado la amnesia. No obstante, decidí informar al personal y al departamento de seguridad de este posible riesgo, pedir que le vigilaran más de cerca y tomar medidas de precaución para las siguientes entrevistas. También pensé que debía comunicar a la policía que podía haber participado en un altercado violento hace unos cinco años, esperando que esta pista les sirviera de ayuda para desvelar su identidad.

Pero el diecisiete de agosto se iba acercando, y yo me sentía frustrado y cansado. Pensé que quizá me estaba haciendo viejo para este oficio. Tal vez ya no fuera un buen psiquiatra. Tal vez nunca lo fui.

Nunca quise ser psiquiatra. Lo que quería era cantar.

El primer año de universidad lo único que me interesaba realmente era el *Follies Brassière*, un espectáculo artístico para alumnos y profesores en el que cantaba a voz en cuello, y sin ninguna vergüenza, melodías de Broadway y arias de ópera. Sin embargo, para cuando me gradué ya estaba casado y no tenía sentido seguir con un sueño tan frívolo. No era Don Quijote.

Fue en la facultad de medicina donde comencé a tener serias dudas respecto a mi futuro. Pero justo cuando estaba a punto de confesarle a mi mujer que prefería

dedicarme a otra cosa, a mi madre le diagnosticaron un cáncer de hígado. Los médicos decidieron operarla, pero fue demasiado tarde.

Sin embargo, era una mujer valiente, y puso buena cara hasta el final. Mientras la llevaban al quirófano iba hablando de todos los lugares que quería visitar y de las cosas que quería aprender: acuarela, francés, piano. Pero yo creo que sabía la verdad. Las últimas palabras que me dijo fueron: «Sé un buen médico, hijo». Murió en la mesa de operaciones y no llegó a ver a su primera nieta, que nació tres meses más tarde.

Hubo otro momento en el que estuve casi a punto de mandarlo todo a paseo. Fue la tarde que vi mi primer cadáver.

Era un hombre blanco de cuarenta y seis años, grueso, calvo y sin afeitado. Cuando comenzamos a trabajar con él abrió los ojos, que me miraban como si estuviese pidiéndome ayuda. No se trataba de que sintiese náuseas —de niño había estado muchas veces en hospitales—, sino del hecho de que su cuerpo tenía el mismo aspecto que el de mi padre la noche que murió. Tuve que marcharme.

Cuando le conté a Karen lo que había ocurrido, que no podía diseccionar a alguien que se parecía a mi padre, me dijo: «No seas tonto». Así que regresé y abrí los brazos, las piernas, el pecho y el abdomen de aquel hombre, mientras oía a mi padre, que se consideraba gracioso, susurrarme al oído: «Eso duele». Pero nunca había estado tan seguro de que no quería ser internista ni cirujano. Entonces decidí seguir el ejemplo de mi amigo Bill Siegel y dedicarme a la psiquiatría. No sólo porque parecía menos sanguinario, sino también porque era un gran reto: se sabía tan poco de los pacientes. Por desgracia, treinta años después sigue ocurriendo lo mismo.

Aquella tarde, poco después de que yo me marchara, recibí una llamada de una periodista que iba a hacer un reportaje sobre enfermedades mentales para una revista nacional. Quería saber si podía «instalarse» unas cuantas semanas en el IPM para reunir información y «hurgar en nuestras mentes». Es una expresión que nunca me ha gustado, como la de «arrancar el corazón». Sin embargo, no tenía ningún motivo para rechazar su propuesta, y acepté que hiciera el artículo esperando que la publicidad nos beneficiase económicamente. Le pasé la llamada a la señora Trexler para que concertara una cita en un momento adecuado para ambos. No pude dejar de reírme cuando dijo que para ella «ahora» era un buen momento.

El fin de semana llegó un nuevo paciente de la doctora Goldfarb. Le llamaré «Chuck» porque, aunque ése no es su nombre, así es como quería que le llamaran. Chuck era un portero de sesenta y tres años cínico, pesimista y cascarrabias. Le trajeron porque estaba comenzando a decir a la gente que entraba en su edificio que

«apestaba». Todo el mundo que había a su alrededor «apestaba». De hecho, lo primero que dijo al llegar al hospital fue: «Este lugar apesta». Calvo como una bola de billar y un poco bizco, podría haber sido un personaje cómico si no fuera porque su presencia en la segunda planta llenaba de terror a María: le recordaba a su padre.

María había estado tres años en el centro, y durante todo ese tiempo el único hombre que pudo acercarse a ella fue Russell. Al principio recibía muchas visitas los domingos, que incluían a primos de todas las edades, puesto que tenía una gran familia. Pero las visitas se fueron reduciendo a su madre y alguna tía que aparecían cada dos meses, por la simple razón de que cuando venían a verla solían encontrarse con otra persona: María padecía un trastorno de personalidad múltiple.

Este trastorno comienza a manifestarse en la infancia en un intento de hacer frente a un trauma físico o mental terrible del que parece imposible librarse. A quien pegaban era a Natalie; la que sufría abusos era Julia; María no puede soportar esos ataques, pero Debra es fuerte. El número de personalidades depende en la mayoría de los casos de la cantidad y la gravedad de los abusos, pero lo normal es que estos enfermos tengan alrededor de doce, cada una de las cuales «toma el control» en determinadas circunstancias. Por razones que no están claras, son raros los casos en los que hay un solo álter ego.

Las diferencias de personalidad entre las distintas identidades suelen ser asombrosas. Unas son más inteligentes que otras, expresan capacidades discrepantes, obtienen resultados diferentes en las pruebas psicológicas, e incluso muestran pautas cerebrales dispares en los electroencefalogramas. También pueden verse a sí mismas con un aspecto y un sexo distinto al del resto de las identidades. Es discutible que sean auténticas pero, hasta que se integran, muchas de las personalidades, incluida la «primaria», no son conscientes de lo que hacen las demás cuando controlan el cuerpo.

María tenía más de cien personalidades distintas, aunque la mayoría no solían aparecer. Por lo demás su caso era bastante típico. Su padre la había violado innumerables veces desde que tenía unos tres años. Su devota madre, que limpiaba oficinas por la noche, no sabía nada de estas violaciones, y sus hermanos mayores guardaron silencio hasta que crecieron y comenzaron a exigir su «parte». En esas circunstancias la vida es insoportable, y el deseo de huir irresistible.

María, una muchacha muy guapa con una melena negra que brilla como las estrellas, vino al hospital después de que, como Carmen, estuviera a punto de sacar los ojos a un chico que intentó propasarse. Hasta ese día todo el mundo la consideraba «tranquila» y «distante». Nadie la ha tocado desde entonces, con la posible excepción de Russell, quien, como es natural, la llama «Madre».

Pero no suele mostrar su auténtica identidad. La mayor parte del tiempo actúa una de las otras, una de sus «defensoras» o «protectoras». A veces, cuando toma el control una de sus «perseguidoras», vemos una de sus facetas más siniestra. Una de

ellas, Carlotta, ha intentado matar a María, y por lo tanto a sí misma y a todas las demás, al menos en dos ocasiones. Lo que hace que este trastorno sea insoportable para quien lo sufre es esta continua lucha entre las diferentes identidades para ostentar el control, que suele ir acompañada de ansiedad, insomnio y frecuentes dolores de cabeza.

Chuck pensaba que todas las versiones de María apestaban, al igual que Russell, la señora Archer, Ernie, Howie e incluso la pequeña e inocente Bess. Todo el personal, yo incluido, apestábamos. Por lo menos reconocía que él olía peor que todos nosotros juntos, «como un carro de vísceras», según sus propias palabras. La única persona del hospital que en su opinión no apestaba era prot.

Séptima sesión

Debido a lo que había ocurrido al final de la última entrevista pedí a Jensen y a Kowalski que se quedaran fuera de la consulta durante la séptima sesión. Sin embargo, prot parecía estar de un humor excelente mientras devoraba una piña.

—¿Qué tal su reunión? —preguntó con su habitual sonrisa.

De momento no supe de qué estaba hablando, hasta que me acordé de la «reunión importante» que había puesto como excusa para finalizar la sesión anterior. Le dije que había ido bien y pareció alegrarse. ¿O estaba fingiendo? En cualquier caso el tiempo avanzaba y puse en marcha la grabadora. También encendí el magnetófono para escuchar una pieza de Schubert que había grabado antes. Cuando terminó le pedí que la cantara, pero ni siquiera tarareó la primera frase. Era evidente que lo suyo no era la música. Ni la escultura. Le di un trozo de arcilla para que moldeara una cabeza humana, pero lo que hizo parecía más bien una patata. Ni siquiera fue capaz de dibujar una casa o un árbol; cualquier niño lo habría hecho mejor.

Pero todo esto nos llevó media sesión.

—Muy bien —dije un poco decepcionado—. La última vez hablamos de la medicina en K-PAX, o de su ausencia. Hoy quisiera hablar de la ciencia en general.

—¿Qué le gustaría saber?

—¿Quién se dedica a ella y de qué modo? ¿Hay algún científico?

—En K-PAX todos somos científicos.

—Sabía que diría eso.

—La mayoría de los humanos que he conocido tienen una opinión bastante negativa de la ciencia. Creen que es oscura y abstrusa, incluso peligrosa. Pero todo el mundo, incluso en la TIERRA, es un científico, aunque no sea consciente de ello. Cualquiera que haya observado alguna vez cómo vuela un pájaro o crece una hoja, o que haya llegado a alguna conclusión basándose en sus observaciones, es un científico. La ciencia forma parte de la vida.

—¿Hay laboratorios en K-PAX?

—Están integrados en las bibliotecas. Pero todo el UNIVERSO es un laboratorio. Cualquiera puede observar.

—¿Qué tipo de observaciones científicas suelen realizar los K-PAXianos?

—Todas las especies que existen o han existido alguna vez en nuestro PLANETA, y en algunos otros, se catalogan y se describen minuciosamente. Al igual que las rocas, las ESTRELLAS y otros OBJETOS ASTRONÓMICOS. Y se clasifican todas las plantas medicinales y sus aplicaciones. Llevamos millones de años observando y registrando datos.

—¿Y qué hacen en los laboratorios?

—Por ejemplo, identificar una sustancia desconocida que puede aparecer en una

nueva variedad de planta.

—¿Se refiere a su composición química?

—Sí.

—Me imagino que sus químicos pueden producir todas estas sustancias naturales de forma sintética. ¿Por qué siguen obteniéndolas de las plantas?

—Nadie «sintetiza» nada en K-PAX.

—¿Por qué no?

—¿Para qué íbamos a hacerlo?

—Bueno, por ejemplo, para fabricar un nuevo medicamento. O una cera mejor para el suelo.

—Tenemos preparados de hierbas para todas las enfermedades conocidas. Y no tenemos suelos para encerar. ¿Para qué íbamos a hacer hierba roja o árboles azules?

—¿Está diciendo que ya lo saben todo?

—No todo. Por eso estoy aquí.

—Aparte de los viajes interestelares, la vida en su planeta parece bastante aburrida.

—¿Más aburrida que en la TIERRA, donde la gente se pasa la mayor parte de la vida intentando acostarse con alguien, viendo series de televisión y quejándose de que no tienen dinero? —dijo con brusquedad.

Tomé nota de este arrebató repentino y comenté en un tono casual:

—Quiero decir que parece aburrida si no queda nada por descubrir.

—Gene, gene, gene —sonaba como el tañido de una campana—. Nadie lo sabe todo. Por mucho que uno aprenda, siempre hay cosas que ignora.

—Pero habrá alguien que lo sepa todo.

—¿Ha escuchado alguna vez una sinfonía de mozart?

—Una o dos veces.

—¿Es aburrida la segunda vez, o la tercera, o la décima?

—No si...

—Exactamente.

—¿Qué me dice de la física?

—¿Qué quiere saber?

—¿Conocen todas las leyes físicas?

—¿Ha oído hablar de heisenberg?

—Sí.

—Estaba equivocado.

—Según eso, ¿qué nos puede decir de las leyes fundamentales del universo? De los viajes lumínicos, por ejemplo.

Su habitual sonrisa se ensanchó más que de costumbre.

—Nada.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Por qué no?

—Si se lo dijera reventarían. U otros seres, lo cual sería aún peor.

—Quizá pueda decirme una cosa al menos. ¿Qué tipo de energía utilizan en K-PAX?

—Eso puedo decírselo porque ya lo saben, o lo sabrán muy pronto. Empleamos energía solar de tipo uno y de tipo dos. Excepto para viajar y para algunos otros procesos, en los que usamos la energía de la luz. No se puede imaginar cuánta energía hay en un rayo de luz.

—¿Qué es la energía solar de tipo uno y de tipo dos?

—La de tipo uno es la energía de las estrellas: fusión nuclear. La otra es el tipo de radiación que calienta su planeta.

—¿No tienen suficiente con la de fusión? ¿Por qué necesitan la otra?

—Habla como un auténtico *homo sapiens*.

—¿Qué quiere decir?

—Los humanos no acaban de aprender de sus errores. Por fin descubren que quemando carbón, petróleo y madera están destruyendo su atmósfera y su clima. Y entonces comienzan a utilizar la energía solar, eólica, geotérmica y maremotriz sin pensar en las consecuencias. ¡Es increíble! —dijo lanzando un suspiro y moviendo la cabeza.

—No ha respondido a mi pregunta.

—¿No es evidente? Una de ellas produce calor; la otra lo consume. Como resultado, nuestro planeta ni se enfría ni se calienta. Y no hay residuos ni contaminación.

—¿Han tenido siempre acceso a esas fuentes de energía?

—Claro que no. Sólo los últimos millones de años.

—¿Qué hacían antes?

—Bueno, durante un tiempo probamos con los campos magnéticos, la descomposición bacteriana y ese tipo de cosas. Pero enseguida nos dimos cuenta de que afectaban al aire, la temperatura o el clima. La energía gravitatoria es aún peor. Así que nos arreglamos como pudimos hasta que alguien descubrió un método seguro para fusionar átomos.

—¿Quién fue?

—¿Se refiere a su nombre?

—Sí.

—No tengo ni idea. En K-PAX no tenemos héroes.

—¿Y la fisión nuclear?

—Imposible. Nuestros seres la rechazaron inmediatamente.

—¿Por qué? ¿Por el riesgo de que hubiese un accidente?

—Ése es un asunto sin importancia comparado con los residuos que se producen.

—¿No encontraron nada para contenerlos?

—¿Dónde podríamos encontrar algo que dure para siempre?

—Pasemos a la astronomía. O mejor aún, a la cosmología.

—Uno de mis temas favoritos.

—Dígame: ¿Cuál es el destino del universo?

—¿Destino?

—¿Se va a contraer o seguirá expandiéndose para siempre?

—Esto le va a gustar: las dos cosas.

—¿Cómo?

—Primero se contraerá, luego se expandirá de nuevo y así una y otra vez.

—No sé si me siento aliviado.

—Antes de que lo decida, aún hay más.

—¿Más?

Aquella fue la primera vez que le oí reírse a carcajadas.

—Cuando el UNIVERSO se expanda de nuevo todo será como antes.

—¿Quiere decir que...?

—Exactamente. Los errores que hayan cometido esta vez se repetirán en el siguiente periodo, una y otra vez para siempre jamás.

Su actitud cambió de repente. Por un momento pensé que iba a echarse a llorar. Pero enseguida se recuperó y volvió a sonreír.

—¿Cómo sabe eso? No es posible saberlo.

—No es posible probar esa hipótesis, no.

—Entonces ¿cómo puede estar seguro de que su hipótesis es correcta? ¿O cualquiera de sus teorías?

—Estoy aquí, ¿no?

En ese instante se me ocurrió algo.

—Me alegro de que haya dicho eso. Hay una cosa que podría hacer para despejar mis dudas respecto a su historia. ¿Sabe a qué me refiero?

—Me estaba preguntando cuándo se le ocurriría —comentó mientras anotaba algo en su libreta.

—¿Cuándo podría hacerme una pequeña demostración?

—¿Qué tal ahora mismo?

—Sería estupendo.

—*Salom. Aloha* —dijo. Pero como es natural seguía allí sentado sonriéndome como siempre.

—¿Y bien?

—¿Bien qué?

—¿Cuándo se va?

—Ya he vuelto.

Había caído en la trampa del «tipo más rápido del oeste».

—Esperaba que estuviera fuera un rato para notar su ausencia.

—Lo hará la semana que viene cuando me vaya a Canadá, Islandia y Groenlandia.

—¿Así que la semana que viene? ¿Y cuánto tiempo estará fuera?

—Unos cuantos días.

Mientras estaba anotando que deberíamos intensificar la vigilancia exclamó:

—Bueno, el tiempo se ha acabado, y Gunnar y Román están esperando.

Yo seguía escribiendo, pero me di cuenta de que era imposible que hubiera visto el reloj desde su asiento. ¿Y quién le había dicho que Jensen y Kowalski estaban allí?

—¿No soy yo quien debería decidir eso? —murmuré. Pero cuando levanté la vista ya se había ido.

Rebobiné la última parte de la cinta y la puse en marcha. De repente el hecho de que afirmara con voz quebrada que iba a repetir sus errores una y otra vez me pareció muy significativo, y me pregunté de nuevo: ¿Qué habría hecho? Si no encontraba el modo de penetrar en su coraza amnésica iba a ser muy difícil averiguarlo. Sin ninguna pista sobre su pasado estaba trabajando a ciegas. Con tiempo suficiente podría descubrir algo, y pensé en la posibilidad de aumentar el número de sesiones, pero era imposible. No había tiempo.

Un par de días más tarde, después de volver del programa de radio en el que respondo a las preguntas generales sobre salud mental que plantean los oyentes, descubrí que Prot había asignado otra tarea a Howie. Consistía en curar a Ernie de su miedo a la muerte.

Estaba claro lo que pretendía con su «programa», y tal vez yo, como médico de Howie, debería haber pensado en ello: al animarle a centrarse en una sola actividad, su atención se apartaría de la infinidad de cuestiones que le preocupaban. Aún tenía sentimientos contradictorios respecto al hecho de que Prot asignara «tareas» a otros pacientes, pero mientras no resultara perjudicial decidí seguir permitiéndolo.

Howie abordó el problema con un enfoque metódico. Después de observar a su compañero durante horas, hasta que Ernie salió gritando de la habitación, me pidió varios manuales de anatomía y fisiología humana, concretamente sobre la respiración. Supuse que iba a intentar demostrarle que no es normal que la gente se ahogue, o que pensaba construir una especie de aparato para respirar por si acaso ocurría lo peor. No tenía ningún motivo para negarme, y le permití que utilizara la biblioteca del cuarto piso. Pensándolo mejor, debería haberme dado cuenta de que esas soluciones eran demasiado simples para alguien tan brillante como Howie. Puede que en el fondo esperase de forma inconsciente que tuviera éxito donde yo

había fracasado para que por fin ambos pudieran encontrar un poco de paz.

Mientras tanto, Ernie estaba haciendo algo parecido con otros pacientes: estaba comenzando a interesarse por sus problemas. Por ejemplo, leía poesía a la señora Weathers, una anciana ciega que levantaba su cabeza blanca con cada palabra como una gallina. Siempre había pasado bastante tiempo con Russell, sobre todo para buscar consuelo, pero ahora charlaba con él de cuestiones profanas, aconsejándole, por ejemplo, que debía hacer ejercicio.

También pasaba mucho tiempo con prot, como la mayoría de sus compañeros, haciéndole preguntas sobre K-PAX y otros planetas supuestamente habitados del universo. Según me informaron varias enfermeras estas charlas parecían mejorar mucho su estado de ánimo. Cuando por fin le pregunté a Ernie directamente qué tenían las conversaciones con prot que le animaban tanto, levantó las cejas por encima de la mascarilla quirúrgica y me dijo lo mismo que me había dicho Whacky: «Espero que me lleve con él cuando se vaya». Entonces me di cuenta de lo que les atraía de nuestro «alienígena»: una promesa de salvación. No en el más allá, sino en *esta* vida, y en un futuro relativamente cercano. Decidí que debía hablar con prot lo antes posible. Una cosa era hacer que un enfermo se sintiera mejor, y otra muy distinta animarle a que albergara falsas esperanzas, como había afirmado él mismo. Pero durante varios días no pude preguntarle nada. ¡Había desaparecido!

En cuanto nos enteramos de que prot no había aparecido el domingo para comer se inició inmediatamente una búsqueda por el edificio y los jardines, pero no encontramos ni rastro de él.

Nadie le había visto salir del hospital, y ninguna de las cámaras de seguridad le había grabado atravesando verjas o puertas.

En su habitación no había ninguna pista que pudiera indicar dónde había ido. Como siempre la cama estaba hecha, la mesa y el aparador en perfecto orden y no había ni un trozo de papel en la papelera.

Aunque los demás pacientes aseguraron que no sabían nada acerca del paradero de prot, a ninguno le sorprendió que se hubiera ido. Cuando se lo pregunté a Chuck respondió:

—No se preocupe. Volverá.

—¿Cómo lo sabe?

—Se ha llevado las gafas oscuras.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Cuando regrese a K-PAX no las necesitará.

Unos días después un empleado de mantenimiento nos informó de que alguien había movido algunas cosas en el almacén. Pero nunca supimos si prot había estado escondido allí.

Durante veintisiete años Russell no vio a ningún ser humano más que a sus padres. Su educación consistía exclusivamente en la lectura de la Biblia, cuatro horas diarias por la mañana y por la noche. No había radio, y nadie se acercaba a la granja a causa del barro y de los dóbermans. Por las tardes se dedicaba a trabajar en el jardín o ayudaba en las tareas domésticas. Esta existencia aislada continuó hasta que una decidida empleada del censo, que también criaba dóbermans, se tropezó con él por casualidad mientras su padre estaba en la ferretería y su madre colgaba la ropa en la parte trasera. Después de perseguirla por el camino gritando: «Te perdono, María Magdalena», ella informó del asunto a las autoridades.

La psicoterapia no dio ningún resultado con Russell, ni tampoco los tratamientos de choque con Metrazol. Volvió con sus padres, pero pronto se escapó de la granja y fue arrestado por «desorden público». Después de eso estuvo varios años entrando y saliendo de prisiones y hospitales, hasta que llegó al IPM, donde ha permanecido desde entonces.

Ni Howie, que es judío, ni la señora Archer («Soy episcopalista», diría ella con aire despectivo) solían hablar mucho con Russell. Pero con la reducción de sus seguidores —sólo María y alguna de sus identidades parecían prestarle atención—, comenzó a predicar el evangelio a Howie y a la duquesa, que había empezado a salir de su habitación de vez en cuando para hablar con prot.

Howie se limitaba a ignorarle, pero con la señora Archer era diferente. Puede que parezca una broma de mal gusto afirmar que la estaba volviendo loca, pero eso era lo que estaba ocurriendo. Para hablar con Russell hacía falta mucha paciencia, incluso en las mejores circunstancias. Solía predicar cara a cara, y lanzaba una gran cantidad de escupitajos con cada palabra. Para colmo, cuando la duquesa lograba librarse de Russell se encontraba con Chuck, que le decía con toda claridad que apestaba.

La señora Archer, que usaba casi medio litro de perfume caro cada semana, se sentía mortificada y furiosa.

—¡Eso no es cierto! —exclamó un día con impaciencia mientras encendía un cigarrillo.

—Ese maldito perfume apesta —añadió Chuck.

—Por favor —estaba implorando entre lágrimas cuando yo pasé por allí—. Déjenle que vuelva.

—No va a llevarse a una apestosa como usted. Se me va a llevar a mí —afirmó Chuck.

Pero Russell le advirtió:

—Surgirán falsos mesías, y falsos profetas, y mostrarán grandes señales y prodigios; hasta el punto de que, si es posible, engañarán a los elegidos.

—Tú también apesta —le recordó Chuck.

La doctora Goldfarb me contó más detalles sobre Chuck durante una comida rápida en el comedor de médicos. Había tenido un cargo medio en el gobierno, pero denunció un caso de corrupción en su departamento del Pentágono. Entonces le despidieron y, a efectos prácticos, le vetaron tanto en el gobierno como en el mundo empresarial. Eso podría haber sido suficiente para que acabara trastornado, pero la gota que colmó el vaso fue que su mujer le pidiera el divorcio después de treinta y cinco años de matrimonio. «No sabe cómo me alegré», le dijo a la doctora Goldfarb. «Tenía que besar ese buche maloliente todos los días. Era una apestosa.» Pero la verdad es que adoraba a su mujer y no lo pudo soportar. De hecho, había intentado suicidarse poco después de que le dejara pegándose un tiro en la cabeza. Puede parecer increíble que fallara, pero lo cierto es que muchos intentos de suicidio fracasan por la simple razón de que en realidad son intentos desesperados de llamar la atención. La mayoría de las víctimas no quieren morir; lo que quieren es comunicar su sufrimiento.

Naturalmente, no todos los que se sienten desarraigados o infelices recurren a este método. Un maniacodepresivo me dijo una vez que nunca intentaría matarse. Cuando le pregunté por qué estaba tan seguro, respondió: «Todavía no he leído *Moby Dick*».

Supongo que es una razón tan buena como cualquier otra, y quizás esto explique por qué hay tan poca gente que haya acabado esa novela.

En medio de todo el jaleo causado por la desaparición de prot llegó la periodista que me había llamado la semana anterior, media hora antes de lo previsto. Dijo que tenía treinta y tres años, aunque no aparentaba tener más de dieciséis. Llevaba unos vaqueros desgastados, una camisa vieja de cuadros y unos deportivos sin calcetines. Lo primero que pensé es que su trabajo debía estar mal pagado, pero después me di cuenta de que iba de ese modo para que la gente se sintiera cómoda. Por el mismo motivo llevaba muy poco maquillaje, y sólo una pizca de perfume que me recordó a nuestra casa de verano en los Adirondacks. Yo lo habría llamado «esencia de pino». No era muy alta, mediría alrededor de uno sesenta, y tenía los dientes pequeños, como los de una niña. Se acurrucó en la silla que le ofrecí con toda naturalidad y me pidió que la llamara Giselle.

Procedía de un pequeño pueblo del norte de Ohio. Después de licenciarse en periodismo en la universidad local vino a Nueva York, donde encontró trabajo en la revista *Weekly Gazette*, ya desaparecida. Estuvo en ella casi ocho años, hasta que escribió un artículo sobre el SIDA y las drogas en Harlem con el que ganó el Premio Cassady. Le pregunté por los riesgos a los que sin duda se había enfrentado para documentarse. Y me explicó que la había acompañado un amigo, un exjugador de

fútbol a quien todo el mundo conocía en la zona. «Era enorme», añadió con una tímida sonrisa.

Poco después dejó la revista para investigar y escribir artículos sobre distintos temas —el aborto, los vertidos de petróleo y los sin techo— para varios periódicos importantes y revistas de ámbito nacional. También había escrito guiones para una serie de documentales de televisión. La idea de hacer un reportaje sobre enfermedades mentales, se le ocurrió cuando estaba buscando material sobre el Alzheimer y no pudo encontrar ningún tratado general sobre el tema, comprensible para «la gente de la calle». Sin duda alguna sus credenciales eran impresionantes, y le di permiso para que «recorriera los pasillos» siempre que la acompañara algún miembro del personal en todo momento y no entrara en la sección de los psicópatas más de tres veces en visitas de una hora, y sólo en presencia de un guardia de seguridad. Aceptó estas condiciones de buen grado, pero de todos modos le pedí a Betty que no la perdiera de vista.

Octava sesión

El miércoles por la tarde estaba de muy mal humor después de haberme pasado toda la mañana esperando para testificar en una vista preliminar, y que al final el caso se resolviese fuera de los tribunales. Me alegré de que se hubiera arreglado el asunto, pero estaba enfadado por haber perdido medio día, y además me había quedado sin comer. Como es lógico, también estaba preocupado por prot.

Pero volvió justo a tiempo para la sesión. Entró en mi consulta con los mismos pantalones de pana azules y se sentó como si no hubiera ocurrido nada.

—¿Dónde demonios ha estado? —le grité.

—En terranova, el labrador, groenlandia e islandia.

—¿Cómo salió del hospital?

—Simplemente me marché.

—¿Sin que nadie le viera?

—Así es.

—¿Cómo lo hizo?

—Ya se lo dije...

—Con espejos. Sí, ya lo sé.

También sabía que no tenía sentido discutir sobre el asunto, y en esa parte de la grabación no se oye nada, excepto los golpecitos que daba yo con los dedos en el brazo de la silla. Por fin dije:

—La próxima vez que vaya a marcharse dígamelo.

—Lo haré —respondió.

—Otra cosa: No creo que deba decirles a los demás pacientes que va a llevárselos con usted.

—Yo nunca le he dicho eso a ningún paciente.

—¿No?

—No. Lo que les he dicho es que sólo puedo llevarme a una persona.

—No debería hacer promesas que no puede cumplir.

—No he prometido nada.

Luego mordió una de las fresas que había traído la señora Trexler del jardín de su casa de Hoboken. Yo tenía hambre y se me estaba haciendo la boca agua, así que esta vez me uní a él. Mientras comíamos con ansia estuvimos mirándonos el uno al otro como los boxeadores que calibran a su contrincante.

—Dígame: Si puede irse cuando quiera, ¿por qué se queda?

Se llevó un puñado de fresas a la boca y respiró hondo.

—Este lugar es tan bueno como cualquier otro para redactar mi informe, me dan de comer todos los días y la fruta es excelente. Además —añadió con picardía—, usted me cae bien.

—¿Tan bien como para quedarse una temporada más?
—Hasta el diecisiete de agosto.
—Bien. ¿Podemos comenzar ya?
—Claro.
—De acuerdo. ¿Podría dibujar un mapa estelar del cielo nocturno visto desde cualquier punto de la galaxia? ¿Desde Sirio, por ejemplo?
—No.
—¿Por qué no?
—Nunca he estado allí.
—Pero ¿puede hacerlo de los lugares donde ha estado?
—Naturalmente.
—¿Podría hacerme unos cuantos antes de la próxima sesión?
—Por supuesto.
—Bien. Ahora dígame en serio dónde ha estado estos días.
—Se lo he dicho. En terranova, el labrador...
—Aja. ¿Y cómo se siente después de un viaje tan largo?
—Muy bien, gracias. ¿Y usted cómo ha estado, narr?
—¿Narr?
—Gene, en K-PAX, es narr.
—Ya. ¿Eso viene del término francés que significa «confesar»?
—No, viene del pax-o, y significa «el que duda».
—¡Ah! ¿Y qué quiere decir «prot» en inglés, el que está seguro de todo?
—No. «Prot» se deriva de un antiguo vocablo K-PAXiano que significa «viajero», lo crea o no acuñado por ripley.
—Si le pidiera que tradujese algo de nuestro idioma al pax-o, de *Hamlet* por ejemplo, ¿podría hacerlo?
—Desde luego. ¿Cuándo quiere que se lo entregue?
—Cuando lo tenga hecho.
—¿Le parece bien la semana que viene?
—Perfecto. El otro día hablamos de las ciencias en K-PAX. ¿Qué me puede decir del arte?
—¿Se refiere a la pintura, la música y ese tipo de cosas?
—Pintura, música, escultura, danza, literatura...
Esbozó su habitual sonrisa y unió las puntas de los dedos.
—En cierto sentido son como en la TIERRA. Pero recuerde que nosotros hemos tenido varios millones de años más que ustedes de evolución. Nuestra música no está basada en algo tan primitivo como las notas, y nuestras artes no dependen de una visión subjetiva.
—¿No se basa en notas? ¿Y cómo...?

—Es un sistema continuo.

—¿Podría ponerme un ejemplo?

Entonces arrancó una hoja de su libreta y comenzó a dibujar algo en ella. Mientras lo hacía le pregunté por qué anotaba sus observaciones si tenía tantas capacidades.

—¿No es evidente? —respondió—. Podría sucederme algo antes de que regrese a K-PAX.

Luego me enseñó este diagrama:



—Es una de mis canciones favoritas. La aprendí de niño.

Mientras yo intentaba descifrar la partitura, o lo que fuera aquello, añadió:

—Como ve me gusta el estilo de John Cage.

—¿Puede tararear unos cuantos compases?

—Ya sabe que no sé cantar. Además, no se divide en «compases».

—¿Puedo quedármelo?

—Considérelo un recuerdo de mi visita.

—Gracias. También ha dicho que sus artes no dependen de una «visión subjetiva». ¿Qué significa eso?

—Que no tenemos lo que ustedes llaman «ficción».

—¿Por qué no?

—¿Qué sentido tiene?

—Bueno, a través de la ficción se comprende mejor la verdad.

—¿Para qué dan tantos rodeos? ¿Por qué no van a la verdad directamente?

—La verdad significa una cosa distinta para cada persona.

—La verdad es la verdad. Usted está hablando de apariencias. Del mundo de los sueños. Dígame —se inclinó sobre su libreta—: ¿Por qué los seres humanos tienen la impresión de que la verdad es lo mismo que una creencia?

—Porque a veces la verdad duele. A veces necesitamos creer en una verdad mejor.

—¿Qué mejor verdad que la verdad?

—Puede haber más de una verdad.

Prot siguió garabateando en su libreta.

—Sólo hay una verdad. La verdad es absoluta. No pueden librarse de ella por mucho que lo intenten.

Me pareció que esto último lo dijo con cierta tristeza.

—Además hay otro factor —repliqué—. Nuestras creencias están basadas en experiencias incompletas y contradictorias. Necesitamos ayuda para comprender las

cosas. Quizás usted pueda ayudarnos.

—¿Cómo? —me miró sorprendido.

—Cuénteme algo más de su vida en K-PAX.

—¿Qué más le gustaría saber?

—Hábleme de sus amigos y conocidos.

—Todos los K-PAXianos son amigos míos. Pero en pax-o no existe el término «amigo», ni «enemigo».

—Dígame algo de ellos. Lo que le venga a la cabeza.

—Bueno, están brot, mano, swon, fled y...

—¿Quién es brot?

—Vive en el bosque RILLward de reído. Mano es...

—¿Reído?

—Un pueblecito que está cerca de las montañas púrpuras.

—¿Y brot vive allí?

—En el bosque.

—¿Por qué?

—Porque los orfs suelen vivir en bosques.

—¿Qué es un orf?

—Los orfs son unos seres que están a mitad de camino entre nuestra especie y los trods. Se parecen a sus chimpancés, pero son más grandes.

—¿Significa eso que los orfs son infrahumanos?

—Otra de sus famosas contradicciones. Si lo que quiere saber es si son antepasados, la respuesta es sí. Verá, nosotros no aniquilamos a nuestros antecesores inmediatos como hicieron ustedes en la TIERRA.

—¿Y considera a los orfs sus amigos?

—Por supuesto.

—Por cierto, ¿cómo llaman a los de su especie?

—Dremers.

—¿Y cuántos antecesores hay entre los trods y los dremers?

—Siete.

—¿Y siguen existiendo todos en K-PAX?

—*¡Mais oui!*

—¿Cómo son?

—Hermosos.

—¿Tienen que cuidarlos de algún modo?

—Los limpiamos de vez en cuando. Por lo demás se cuidan ellos solos, como todos los seres.

—¿Hablan? ¿Pueden entenderles?

—Desde luego. Todos los seres «hablan». Sólo hay que conocer su lenguaje.

—Bien. Siga.

—Mano es muy tranquila y pasa la mayor parte del tiempo analizando insectos. Swon es verde y suave. Fled es...

—¿Verde?

—Claro. Swon es un em. Los ems se parecen a sus ranas, pero son tan grandes como los perros.

—¿Llaman a las ranas por el nombre?

—¿Cómo íbamos a referirnos a ellas?

—¿Me está diciendo que se sabe los nombres de todas las ranas de K-PAX?

—Por supuesto que no. Sólo de las que conozco.

—¿Conoce a muchos animales inferiores?

—No son «inferiores». Sólo diferentes.

—¿Esas especies son comparables a las que tenemos en la Tierra?

—Aquí hay más variedad, pero nosotros no tenemos carnívoros. Ni moscas, ni mosquitos, ni cucarachas —dijo sonriendo.

—Suena demasiado bien para ser cierto.

—Es cierto, créame.

—Sigamos con la gente.

—En K-PAX no hay «gente».

—Quiero decir con los seres de su especie. Los... dremers.

—Como desee.

—Hábleme de su amiga mano.

—Ya se lo he dicho: le fascina el comportamiento de los homs.

—Dígame algo más acerca de ella.

—Tiene el pelo castaño muy suave, la frente lisa y le gusta hacer cosas.

—¿Se lleva bien con ella?

—Naturalmente.

—¿Mejor que con otros K-PAXianos?

—Me llevo bien con todo el mundo.

—¿No hay algunos compañeros suyos con los que se lleve mejor, que le gusten más que otros?

—Me gustan todos.

—Nombre a unos cuantos.

Aquello fue un error. Antes de que pudiera detenerle mencionó treinta y pico nombres K-PAXianos.

—¿Se lleva bien con su padre?

—Tiene que hacer algo con su memoria, gene. Puedo darle algunos consejos si...

—¿Y con su madre?

—Claro.

—¿La quiere?

—El amor va unido al odio.

—No ha respondido a mi pregunta.

—El amor... como... es una cuestión de semántica.

—Muy bien. Se lo preguntaré de otro modo. ¿Hay alguien que no le guste? ¿Hay alguien a quien odie?

—En K-PAX todo el mundo es como yo. ¿Por qué iba a odiar a nadie? ¿Debería odiarme a mí mismo?

—En la Tierra hay individuos que se odian a sí mismos. Los que no viven de acuerdo con sus expectativas. Los que no consiguen lo que se proponen. Los que han cometido errores terribles. Los que han hecho daño a alguien y se han arrepentido...

—Se lo he dicho antes. En K-PAX nadie haría daño a otros seres.

—¿Ni siquiera involuntariamente?

—¡No!

—¿Nunca?

—¿Está sordo? —me gritó.

—No. Le oigo con toda claridad. Cálmese, por favor. Discúlpeme si le he ofendido.

Asintió con la cabeza bruscamente. Sabía que aquello significaba algo, pero no estaba seguro de cuál era el mejor modo de proceder. Mientras se tranquilizaba hablamos de algunos pacientes, entre ellos María y sus identidades protectoras; parecía muy interesado por su problema. ¿Quién sabe de dónde puede venir la inspiración? ¿O es un instante de lucidez en medio de la oscuridad? En cualquier caso, entonces me di cuenta de que hasta ese momento, quizá por razones egoístas, me había centrado en su delirio. ¿Y si lo que debería haber tratado era su amnesia histórica?

—¿Prot?

—¿Qué? —dijo abriendo lentamente los puños.

—Se me ha ocurrido algo.

—Le felicito, doctor brewer.

—¿Estaría dispuesto a someterse a una sesión de hipnosis el próxima día?

—¿Para qué?

—Digamos que es un experimento. A veces mediante hipnosis se pueden evocar recuerdos y sentimientos que de otro modo resultan muy dolorosos.

—No es necesario. Yo recuerdo todo lo que he hecho.

—¿Lo haría como un favor personal? —me miró con recelo—. ¿Por qué tiene dudas? ¿Le da miedo que le hipnoticen?

Era un truco barato, pero funcionó.

—Claro que no.

—¿Le parece bien el próximo miércoles?

—El próximo miércoles es el cuatro de julio. ¿Trabaja los días de fiesta?

—¡Dios mío! ¿Ya estamos en julio? Entonces comprobaremos su predisposición al procedimiento el próximo martes, y comenzaremos la semana siguiente. ¿Le va bien?

—Perfectamente, amigo mío —dijo totalmente calmado.

—No piensa marcharse otra vez, ¿verdad?

—Se lo diré una vez más: no hasta el diecisiete de agosto a las 3.31.

Y regresó a la segunda planta, donde le recibieron como a un hijo pródigo.

Cuando llegué al hospital a la mañana siguiente me estaba esperando Giselle en la puerta de mi despacho. Llevaba el mismo atuendo que el día anterior, o quizás uno de sus clones, y sonreía mostrando sus dientes diminutos.

—¿Por qué no me habló de prot? —preguntó.

Me había quedado levantado hasta las dos de la madrugada para terminar unos artículos, había llegado pronto para preparar un discurso que debía pronunciar en un almuerzo del Rotary Club, y seguía preocupado por la desaparición temporal de prot. Entonces comenzó a sonar el reloj de mi despacho y con los nervios dije algo que no querría haber dicho.

—¿Qué pasa con prot? —pregunté en un tono brusco.

—He decidido centrar en él mi reportaje. Con su permiso, naturalmente.

—¿Por qué prot?

Mientras dejaba caer mi pesada cartera sobre la mesa, ella se acurrucó en la silla de cuero marrón como ya era habitual.

Me pregunté si era algo premeditado o si es que no era consciente del efecto que producía en los hombres de mediana edad, sobre todo en los que padecen el síndrome de Brown. Empezaba a comprender por qué tenía tanto éxito como periodista.

—Porque me fascina —dijo.

—¿Cómo sabe que es uno de mis pacientes?

—Me lo dijo Betty. Por eso estoy aquí. Para ver si me deja mirar su expediente.

Sus párpados aleteaban como las alas de una mariposa exótica. Yo intenté mantenerme ocupado vaciando la cartera y poniendo las cosas en la mesa, que ya estaba abarrotada.

—Prot es un paciente especial —respondí—. Hay que tratarle con mucha delicadeza.

—Tendré cuidado. No haría nada que pusiera en peligro mi artículo. Y no divulgaré ningún dato confidencial. Sé que piensa escribir un libro sobre él —añadió susurrando.

—¿Quién le ha dicho eso? —dije casi gritando.

—Pues él, prot.

—¿Prot? ¿Y él cómo lo sabe?

—No lo sé. Pero le aseguro que mi artículo no afectará de ninguna manera a su libro. Si acaso, podría proporcionarle algunos datos. Y se lo enseñaré antes de publicarlo. ¿Qué le parece?

Me quedé mirándola un rato mientras intentaba buscar el modo de salir de aquella situación imprevista, pero debió notar que tenía dudas.

—Le propongo un trato. Si averiguo su identidad la historia es mía. ¿Le parece justo?

Me tenía en sus manos y lo sabía.

—Más los gastos en los que pueda incurrir —añadió inmediatamente.

Durante el fin de semana revisé las transcripciones de las ocho sesiones con prot. Todo apuntaba hacia un episodio violento en su pasado que había provocado su «huida» del mundo real, que odiaba profundamente, y le había llevado a refugiarse en un lugar idílico e inexistente en el que las relaciones humanas no causan ninguno de los problemas con los que los demás tenemos que vivir a diario. Ni las alegrías que hacen que la vida merezca la pena...

Decidí invitar a prot a mi casa el Cuatro de Julio para ver si en un ambiente familiar más o menos normal descubría algo que no hubiera visto antes. Ya lo había hecho con algunos otros pacientes, a veces con resultados positivos. A mi mujer le pareció bien la idea, aunque le comenté que podía haber estado involucrado en algún incidente violento y que existía la posibilidad de que...

—No seas tonto —me interrumpió—. Tráele.

No sé cómo ocurren estas cosas, pero el caso es que para el lunes por la mañana todos los de las dos primeras plantas sabían que prot iba a venir a mi casa para una barbacoa. Casi todos los pacientes con los que me encontré, incluidas tres identidades de María, que no dejaban de atarse los botones que desataban las otras, y viceversa, se quejaron de buenas maneras.

—A mí no me ha invitado nunca, doctor Brewer.

Yo les dije a todos ellos:

—Si te recuperas y sales de aquí lo haré.

A lo cual casi todos respondían:

—No estaré aquí, doctor Brewer. Prot va a llevarme con él. Todos menos Russell, que no tenía ninguna intención de ir a K-PAX. Su lugar estaba en la Tierra. De hecho, mientras todos los pacientes de las dos primeras plantas disfrutaban de un picnic en los jardines del hospital, excepto Bess, que se quedó dentro por una tormenta imaginaria, Russ se pasó todo el día en la sección de los catatónicos predicando los evangelios. Pero ninguna de aquellas pobres criaturas se levantó y le siguió.

Esa misma mañana Giselle me estaba esperando de nuevo con su atuendo habitual y el mismo aroma a pino. Le sugerí amablemente que cuando quisiera verme hablara con la señora Trexler para pedir una cita. Intenté explicarle que tenía pacientes que atender, un montón de trabajo administrativo, cartas que dictar y muchas otras cosas, pero antes de que pudiera comenzar dijo:

—Creo que sé cómo localizar a su hombre.

—Entre —le respondí.

Su idea era ésta: quería que un lingüista que conocía escuchara una de las cintas de las sesiones. Era uno de esos tipos que pueden determinar en qué zona del país nació y/o creció una persona, a veces con una precisión extraordinaria. Más que en el dialecto se basaba en las expresiones; si decía «fuente» o «surtidor», por ejemplo. Era una buena propuesta, pero inviable, como es lógico, debido a la confidencialidad entre médico y paciente. Pero ella estaba preparada para esto.

—Entonces ¿puedo grabar una conversación con él?

No había ninguna razón para que no lo hiciera, y le dije que hablara con Betty para buscar una hora adecuada para ambos.

—No se preocupe —sonrió maliciosamente—. Ya lo he hecho.

Y salió corriendo como una colegiala para llamar a su experto. Sin embargo, su olor a pino se quedó conmigo el resto del día.

Novena sesión

El Cuatro de Julio hizo un día muy bonito: ni muy caluroso ni muy húmedo, con algunas nubes en el cielo y un olor en el aire a carbón vegetal y hierba recién cortada.

Los días de fiesta producen una sensación de intemporalidad, y traen una mezcla de recuerdos de todos los que les precedieron. Incluso mi padre se tomaba ese día libre para pasarlo con nosotros alrededor de la barbacoa de ladrillo y ver por la noche los fuegos artificiales junto al río. Yo sigo viviendo en la casa de mi padre, la casa en la que crecí, pero ahora no tenemos que ir a ningún sitio; podemos ver la exhibición del club de campo desde nuestra terraza. Sin embargo, cuando las primeras luces iluminan el cielo siempre huelo la pólvora, el río y el puro que mi padre se fumaba el Día de la Independencia.

Me encanta esta casa. Es grande y blanca, con un patio y una terraza en la segunda planta y un jardín poblado de robles y arces con profundas raíces. Justo al lado está la casa en la que creció mi mujer, y al otro lado sigue viviendo mi antiguo entrenador de baloncesto. Mientras recogía las ramas y las hojas del jardín me pregunté si alguno de mis hijos se quedaría aquí cuando nosotros ya no estuviéramos, limpiando el césped el Cuatro de Julio y pensando en mí como yo pensaba en mi padre. Y se me ocurrió que *Shasta Daisy* podría albergar un pensamiento similar mientras olisqueaba la pequeña lápida de madera de su antecesora que apenas se veía detrás de la barbacoa; *Daisy*. 1967-1982.

Hacia las dos el fuego estaba a punto y comenzó a llegar el resto de la familia. Los primeros fueron Abby y Steve con sus dos hijos. Luego vino Jennifer, que trajo a su compañera de habitación, una estudiante de odontología de Palo Alto. No era un hombre, como habíamos supuesto, sino una afroamericana muy alta que llevaba unos pendientes de cobre que parecían ensaladeras y le caían sobre los hombros desnudos.

En cuanto vi a Steve le hablé de las divergencias que había entre la descripción de Charlie Flynn de la órbita de K-PAX y la versión de prot, que si había entendido bien no tenía forma de ocho sino de péndulo. Después le enseñé el calendario y el segundo mapa que había dibujado prot, el del cielo de K-PAX visto desde la Tierra. Steve movió la cabeza de un lado a otro y dijo que el profesor Flynn estaba de vacaciones en Canadá, pero me aseguró que hablaría con él en cuanto regresara. También le pregunté si conocía a algún físico o astrónomo que hubiera desaparecido en los últimos cinco años, concretamente el 17 de agosto de 1985. No tenía ninguna noticia al respecto, aunque comentó en broma que no le importaría que unos cuantos colegas suyos desaparecieran.

Freddy llegó desde Atlanta, solo como de costumbre, con el uniforme de las líneas aéreas. Era la primera vez que estaban todos aquí desde Navidad. Pero Chip tenía cosas mejores que hacer y enseguida se marchó por ahí con sus amigos.

Poco después apareció Betty con su marido, un profesor de inglés de la Universidad de Nueva York que además era cinturón negro de aikido. Trajeron a prot y a uno de nuestros alumnos en prácticas, al que había invitado sobre todo porque había sido luchador *amateur* y también él podría echar una mano en caso de que prot tuviese un arrebató de violencia. *Shasta Daisy*, que se pone muy nerviosa cuando hay mucha gente, ladró a todos los que llegaron desde la parte inferior del porche, su refugio habitual.

Prot trajo varios regalos: tres mapas más del cielo visto desde distintos lugares que había «visitado» y una copia de *Hamlet* traducida al pax-o. En cuanto se bajó del coche ocurrió algo extraordinario. *Shasta* salió de repente del porche y fue corriendo hacia él. Yo grité porque tenía miedo de que fuera a atacarle. Pero se paró en seco, movió la cola de oreja a oreja como sólo puede hacer un dálmata y se recostó contra sus piernas. Prot también se echó al suelo y comenzó a dar vueltas y a jugar con la perra, llegando incluso a ladrar. Luego estuvieron corriendo por todo el jardín, mientras mis nietos les perseguían y los mapas y la tragedia de Shakespeare salían volando. Afortunadamente, conseguimos recuperar todas la páginas de la obra excepto la última.

Al cabo de un rato prot se sentó en la hierba y *Shasta* se tumbó junto a él. Y después jugó con Rain y Star por primera vez en su vida. El resto del día no se refugió ni una sola vez en el porche, ni siquiera cuando comenzó la fiesta del club de campo con una explosión tremenda. Parecía una perra diferente. Como todos nosotros, por así decirlo.

Aquella noche, después de que se acabaran los fuegos artificiales y se marcharan los invitados, Fred entró en la sala de estar de la planta baja, donde yo estaba jugando al billar y escuchando *El holandés errante* en nuestro antiguo estéreo.

Durante años había tenido la sensación de que Fred quería decirme algo. Algunas veces, cuando hacía una pausa en una conversación, estaba seguro de que iba a confesarme alguna cosa, pero nunca llegaba a hacerlo. Yo no intentaba forzarle, porque suponía que cuando estuviese preparado nos diría a su madre o a mí lo que le preocupaba.

Pero eso no es del todo cierto. No le presionaba porque tenía miedo de que nos dijera que era gay. Eso es algo que ningún padre quiere oír —la mayoría de los padres son heterosexuales— y estoy seguro de que su madre, que no se conformaría con menos de ocho nietos, lo veía del mismo modo.

Aparentemente animado tras hablar con prot, Fred decidió plantear el asunto. Pero no tenía nada que ver con su orientación sexual. Lo que había intentado decirme durante todos esos años es que le daba pánico volar.

Conozco dentistas que tiemblan al ver un taladro y cirujanos a los que les aterriza que les abran con un bisturí. A veces ésa es la razón por la que la gente se dedica a

esos campos; es una forma de intentar superarlo. Pero nunca había conocido a un piloto al que le diera miedo volar. Le pregunté por qué había elegido aquella profesión, y esto es lo que me contestó: Yo había mencionado en una cena años antes que las fobias se pueden tratar con una aclimatación gradual a las condiciones que las han provocado, y había puesto algunos ejemplos, como el miedo a las serpientes, a los armarios y a volar. Cuando era pequeño le llevé conmigo a una conferencia cerca de Disneylandia sin tener ni idea de que le daban miedo los aviones. Por eso al día siguiente de graduarse en el instituto fue al aeropuerto y comenzó a tomar clases de vuelo; para resolver el problema por sí mismo. No sirvió de nada, pero continuó con las prácticas hasta que hizo un vuelo en solitario y aprobó el examen. Como después de eso seguía teniendo miedo a volar, pensó que lo único que le quedaba era inscribirse en la escuela de aviación y convertirse en piloto profesional. Consiguió la licencia comercial, se convirtió en instructor, llevó aviones de carga por toda la costa este, normalmente en mitad de la noche y con mal tiempo, y al cabo de un par de años le seguía aterrando dejar de pisar tierra firme. Luego consiguió su «billete» para el transporte aéreo, como él lo llamaba, y comenzó a trabajar para United Airlines. Cinco años después, tras una breve charla con prot, se había decidido por fin a pedirme ayuda.

Estuvimos mucho tiempo en la sala de estar jugando al ping-pong, a los dardos y al billar mientras hablábamos. Después de trabajar nueve años como piloto continuaba teniendo pesadillas en las que caía en el vacío desde una altura impresionante sin llegar nunca al suelo.

En más de veinticinco años de profesión había tenido muchos pacientes a los que les daba miedo volar. Es algo bastante habitual por una razón muy simple: nuestros ancestros vivían en los árboles. En consecuencia, el miedo a caer tenía una gran importancia en términos evolutivos: los que no se caían lograban sobrevivir y reproducirse. La mayoría de la gente es capaz de superar este miedo, al menos funcionalmente. Pero hay algunos que nunca van a ningún sitio al que no puedan llegar en coche, en tren o en autobús, por incómodo que resulte.

Le expliqué todo esto a Fred, que en mi opinión se encontraba en esta última categoría. Él quería saber qué debería hacer. Y yo le sugerí que cambiara de trabajo.

—Prot me ha dicho exactamente lo mismo —dijo gritando de alegría, y me abrazó por primera vez en veinte años—. Pero pensaba que debía hablar antes contigo.

Nunca le había visto tan feliz.

Mi suspiro de alivio resultó ser prematuro. En cuanto se marchó Fred apareció Jennifer, que estaba colorada después de darse una ducha. Cogió su taco, lanzó una bola y falló. Charlamos un rato de sus estudios sin dejar de jugar, hasta que me di cuenta de que no había metido ni una sola bola, lo cual era raro en ella.

—¿Hay algo de lo que quieras hablarme? —le pregunté.

—Sí, papi.

Sabía que era algo que no iba a gustarme. Hacía años que no me llamaba «papi». Y también ella había estado hablando con prot. Pero a veces le cuesta ir al grano.

—Te he visto abrazando a Freddy —dijo—. Me ha gustado. No te había visto nunca abrazarle.

—He querido hacerlo muchas veces.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—No lo sé.

—Abby cree que nunca te han interesado mucho nuestros problemas, según ella porque te pasabas el día escuchando a otras personas y no querías oír nada más en casa.

—Lo sé. Me lo ha dicho esta noche antes de irse. Pero no es verdad. Siempre me habéis importado, pero no quería que pensarais que estaba entrometiéndome en vuestras vidas.

—¿Por qué no? Todos los padres que conozco lo hacen.

—Es una larga historia.

—Cuéntamela —dijo fallando otro tiro.

—Está bien, tiene que ver sobre todo con mi padre. Tu abuelo.

—¿Qué pasó con él?

—Quería que fuese médico.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Yo no quería ser médico.

—Papá, no pudo obligarte a estudiar medicina. Murió cuando tú tenías once o doce años, ¿no? —Su voz se quebró delicadamente al pronunciar las últimas palabras.

—Sí, pero él plantó la semilla y siguió creciendo. No pude impedirlo. Me sentía culpable. Supongo que intenté vivir por él el resto de su vida, al igual que con mi madre, tu abuela.

—No creo que puedas vivir la vida de nadie. Pero si te sirve de consuelo creo que eres un buen médico.

—Gracias —respondí antes de fallar mi tiro—. Por cierto, tú no decidiste estudiar medicina por mí, ¿verdad?

—En parte sí. Pero no porque tú lo quisieras. De hecho, pensaba que no querías. Nunca me llevaste al hospital ni a tu despacho. Quizá por eso comenzó a interesarme; sentía curiosidad.

—No quería que hicieras lo que mi padre hizo conmigo. Si no te lo he dicho antes, me alegro de que hayas decidido ser médico.

—Gracias, papá —analizó el tablero un buen rato y después de meter la bola

blanca me preguntó—: ¿Qué habrías hecho si no te hubieras dedicado a la medicina?

—Siempre quise ser cantante de ópera.

En ese momento esbozó la dulce sonrisa que ha heredado de su madre, la que significa «Qué bonito», y me sentí un poco incómodo.

—¿Qué ocurre? ¿No crees que podría haber sido un buen cantante?

—Creo que todo el mundo debería ser lo que quiera ser —respondió ya sin sonreír—. De eso quería hablarte.

Y falló la duodécima bola por una distancia considerable.

—Dispara —le dije.

—Es tu turno.

—Me refiero a tu problema.

Entonces se echó en mis brazos y dijo sollozando:

—Papi, soy lesbiana.

Eso fue alrededor de medianoche. Lo recuerdo porque Chip llegó poco después. Él también tenía una actitud extraña, y me preparé para escuchar otra confesión. Sin embargo, Chip no había hablado con prot.

Incluso mis nietos se comportaron de un modo diferente después de aquel memorable Cuatro de Julio. Dejaron de pelearse y de lanzarse cosas y se bañaron y se peinaron sin discutir; fue como un milagro.

Volviendo a la comida, prot no probó el pollo, pero se comió una enorme ensalada Waldorf y unos diez litros de zumos de frutas mientras exclamaba que estaba delicioso. Parecía muy relajado, y jugó al Frisbee y al bádminton con Rain, Star y *Shasta* toda la tarde.

Luego ocurrió algo. Cuando Karen conectó el aspersor para que los niños se refrescaran, prot, que parecía estar divirtiéndose, se alteró mucho de repente. No se puso violento, gracias a Dios, pero se quedó mirando horrorizado a Jennifer y a los niños mientras jugaban con el agua y luego comenzó a gritar y a correr por el jardín. Cuando yo estaba pensando qué había hecho se detuvo, se arrodilló en el suelo y se tapó la cara con las manos. *Shasta* fue a su lado inmediatamente. El marido de Betty y nuestro alumno en prácticas me miraron para pedirme instrucciones, pero lo único que dije fue: «Apagad ese maldito aspersor».

Me acerqué a él con cuidado, pero antes de que pudiera ponerle la mano en el hombro levantó la cabeza, volvió a estar tan animado como siempre y comenzó a jugar de nuevo con *Shasta*.

Aquella tarde no hubo ningún otro incidente.

Karen y yo teníamos muchas cosas de que hablar esa noche, y cuando por fin nos dormimos estaba casi amaneciendo.

Quería saber qué iba a hacer Freddy después de dejar la compañía aérea, y lloró un poco por Jenny; no porque fuera lesbiana, sino porque sabía que iba a ser difícil

para ella. Sin embargo, lo último que dijo antes de cerrar los ojos fue: «Odio la ópera».

A la mañana siguiente me estaba esperando Giselle, dando saltos de alegría.

—Es del noroeste —exclamó—. Probablemente del oeste de Montana, del norte de Idaho o del este de Washington.

—¿Eso es lo que ha dicho su hombre?

—No es un hombre. Es una mujer.

—Si un científico hubiera desaparecido en esa zona del país hace cinco años, ¿no lo sabría la policía?

—Debería. Conozco a un tipo que trabaja en el sexto distrito. ¿Quiere que lo compruebe?

Por primera vez en varios días tuve que reírme. Al parecer conocía a alguien en cualquier actividad laboral que pudiera mencionar. Levanté los brazos y dije:

—Claro, ¿por qué no? Adelante.

Y salió como una bala. Esa misma mañana, Betty, que llevaba unos pendientes enormes de cobre, supongo que en otro intento desesperado de quedarse embarazada, trajo un gatita. La había encontrado en el metro, y me imaginé que iba a llevársela a casa por la noche. Pero sugirió que nos la quedáramos para que los pacientes se ocuparan de ella.

Se ha demostrado que la presencia de animales pequeños en residencias es muy beneficiosa para los ancianos, porque les proporciona la compañía y el afecto que tanto necesitan y mejora su estado de ánimo hasta tal punto que en general aumenta la esperanza de vida notablemente. Y puede que ocurra lo mismo con el resto de la gente. Sin embargo, que yo supiera no se había hecho nada parecido en ninguna institución mental.

Después de considerarlo —al fin y al cabo éste es un centro experimental— le dije a Betty que diera instrucciones al personal de cocina para que la gata comiera con regularidad y decidí dejar que anduviera por las dos primeras plantas para ver qué ocurría.

Fue directamente donde prot.

Después de acariciarla y «hablar» un rato con ella dejó que fuera a conocer al resto de los habitantes de su nuevo mundo.

Algunos pacientes, entre ellos Ernie y varias identidades de María, se mantuvieron alejados de la gata por razones personales. Pero casi todos los demás estaban encantados. Sobre todo me sorprendió que el cascarrabias de Chuck se encariñara con ella inmediatamente. «No apesta», comentó. Se pasó un montón de tiempo tentándola con unos trozos de lana y una pelota de goma que alguien había encontrado en el jardín. Otros muchos pacientes se unieron a él, incluida la señora

Archer, que por lo visto había tenido muchos gatos antes de llegar al IPM.

Pero a quien más le influyó la presencia de la gata fue a Bess. Incapaz de relacionarse con otros seres humanos, se dedicó en cuerpo y alma a *La Belle Chatte*. Se encargaba de darle de comer y de limpiar su cesta y la sacaba al jardín. Si alguien más quería jugar con la gata ella se la daba con tristeza y resignación como diciendo: «Tienes razón; de todos modos no me la merezco». Pero cuando se hacía de noche *La Belle* buscaba siempre a Bess, y por la mañana las enfermeras las encontraban compartiendo la misma almohada.

Pasados unos días comencé a pensar si con uno o dos gatos más podría mejorar aún en mayor medida el estado de ánimo de los pacientes. Decidí conseguir un macho más adelante y dejar que la naturaleza siguiera su curso.

Décima sesión

Hay dos métodos para tratar la amnesia histórica, y cada uno de ellos tiene sus defensores y sus aplicaciones. El primero es el pentotal sódico, también llamado el «suero de la verdad». Es un tratamiento relativamente seguro, que ha dado buenos resultados en casos difíciles, y cuenta con la aprobación de muchos miembros de nuestro equipo médico, incluido el doctor Villers. Por otro lado, la hipnosis ofrece las mismas posibilidades en manos experimentadas, pero sin riesgo de efectos secundarios. Con cualquiera de ellos se suelen recordar sucesos olvidados hace tiempo con una claridad sorprendente.

Cuando estudié la hipnosis durante mi etapa como interno tenía una actitud escéptica respecto a su valor terapéutico en psiquiatría. Pero últimamente ha adquirido una gran importancia y se utiliza para tratar muchas psicopatologías. Como ocurre con otros métodos, los resultados no sólo dependen de la experiencia de quien lo pone en práctica sino también, en cierta medida, de la disposición del paciente. Por eso antes de iniciar el tratamiento se determina el grado de hipnosis que puede alcanzar el sujeto.

Para ello se suele utilizar el test de Stanford. Se realiza en menos de una hora, y con él se mide la capacidad de concentración, receptividad, imaginación y colaboración del sujeto en una escala del cero al doce. Los enfermos mentales, como el resto de la gente, suelen alcanzar una media de siete puntos en esta prueba. Conozco a algunos que llegan a diez. Prot obtuvo doce.

Lo que pretendía al utilizar con él la hipnosis era descubrir el suceso traumático que había provocado su delirio y su amnesia histórica. ¿Cuándo había ocurrido ese incidente? Probablemente el 17 de agosto de 1985, cuatro años y once meses antes.

El plan era muy simple: hacerle regresar a su infancia y llevarle con cuidado hasta el momento de ese supuesto suceso traumático. De ese modo esperaba determinar las circunstancias que desencadenaron la tragedia que al parecer había vivido y obtener información sobre los antecedentes y el carácter de mi paciente.

Prot parecía estar de buen humor cuando entró en mi consulta y, mientras comía una granada, hablamos de las ensaladas Waldorf y de las infinitas combinaciones de zumos de frutas. Cuando terminó su tentempié puse en marcha la grabadora y le pedí que se relajara.

—Estoy completamente relajado —contestó.

—De acuerdo. Me gustaría que centrara su atención en ese punto blanco que hay en la pared. Siga relajado y respire hondo lentamente. Bien. Ahora voy a contar del uno al diez. A medida que cuente se irá adormeciendo y los párpados le pesarán cada vez más. Cuando llegue al cinco estará profundamente dormido, pero podrá oír todo

lo que diga. ¿Lo comprende?

—Por supuesto. Los seres de mi planeta no somos tontos.

—Bien. Vamos a comenzar. Uno...

Prot era un sujeto de estudio, uno de los mejores que he tenido. Al llegar al tres tenía ya los ojos cerrados. En el cuatro su respiración era lenta y en su rostro no había ninguna expresión. En el cinco su pulso era de cuarenta pulsaciones por minuto (comencé a preocuparme, porque lo normal para él eran sesenta y cinco, pero parecía estar bien) y no reaccionó cuando tosí ruidosamente.

—¿Puede oírme?

—Sí.

—Ponga los brazos sobre la cabeza. Muy bien. Ahora bájelos —dejó caer las manos sobre su regazo—. Ahora voy a pedirle que abra los ojos. Seguirá profundamente dormido, pero podrá verme. ¡Abra los ojos ya! ¿Cómo se siente?

—No siento nada.

—Bien. Así es como debe sentirse. Ahora vamos a retroceder en el tiempo. Ya no estamos en el presente. Cada vez es más joven, más y más joven. Es un chico joven, después un adolescente, y sigue siendo cada vez más pequeño. Ahora es un niño. Quiero que me hable de la primera experiencia que pueda recordar. Piense un poco. ¿Qué ve?

—Veo un ataúd plateado con forro azul —dijo sin vacilar.

Mi corazón comenzó a latir a gran velocidad.

—¿De quién es ese ataúd?

—De un hombre.

—¿Quién es ese hombre? —el paciente dudo un momento—. No tenga miedo. Puede decírmelo.

—Es el padre de alguien que conozco.

—¿El padre de un amigo?

—Sí.

Prot hablaba despacio y con sonsonete, como si tuviera cinco o seis años.

—¿Un chico o una chica?

—Un chico —prot se retorció en su asiento.

—¿Cómo se llama?

No hubo respuesta.

—¿Cuántos años tiene?

—Seis.

—¿Cuántos años tiene usted?

No hubo respuesta.

—¿Cómo se llama usted?

No hubo respuesta.

—¿Vive en el mismo pueblo que el otro niño?

—No.

Prot se frotó la nariz con el dorso de la mano.

—¿Ha ido a visitarle?

—Sí.

—¿Es pariente suyo?

—No.

—¿Dónde vive usted?

No hubo respuesta.

—¿Tiene hermanos o hermanas?

—No.

—¿Tiene su amigo hermanos o hermanas?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Dos.

—¿Hermanos o hermanas?

—Hermanas.

—¿Mayores o menores que él?

—Mayores.

—¿Qué le ha ocurrido a su padre?

—Ha muerto.

—¿Estaba enfermo?

—No.

—¿Ha tenido un accidente?

—Sí.

—¿Murió en un accidente?

—No.

—¿Resultó herido y murió más tarde?

—Sí.

—¿Fue un accidente de coche?

—No.

—¿Fue en el trabajo?

—Sí.

—¿Dónde trabajaba?

—En un lugar donde hacen carne.

—¿Un matadero?

—Sí.

—¿Sabe el nombre del matadero?

—No.

—¿Sabe el nombre del lugar donde vive su amigo?

No hubo respuesta.

—¿Qué ocurrió después del funeral?

—Fuimos a casa.

—¿Qué ocurrió después?

—No lo recuerdo.

—¿Recuerda algo más que ocurriera ese día?

—No, salvo que me tiró al suelo un perro grande y peludo.

—¿Qué es lo siguiente que recuerda?

Prot se incorporó un poco y dejó de retorcerse. Por lo demás no hubo ningún cambio en su comportamiento.

—Es de noche. Estamos en casa. Él está jugando con su colección de mariposas.

—¿El otro niño?

—Sí.

—¿Qué está haciendo usted?

—Mirándole.

—¿Usted también colecciona mariposas?

—No.

—¿Por qué está mirándole?

—Quiero que salga fuera.

—¿Por qué quiere que salga fuera?

—Para mirar las estrellas.

—¿Él no quiere salir?

—No.

—¿Por qué no?

—Se acuerda de su padre. Prefiere entretenerse con sus estúpidas mariposas.

—Pero usted prefiere mirar las estrellas.

—Sí.

—¿Por qué quiere mirar las estrellas?

—Vivo allí.

—¿En las estrellas?

—Sí.

Al oír aquella respuesta sentí un gran desánimo. Parecía indicar que el delirio de prot había comenzado muy pronto; quizá demasiado para evitar la determinación del suceso causativo. Pero de repente me di cuenta de que prot era una personalidad secundaria; la primaria era el niño cuyo padre había muerto cuando él tenía seis años.

—¿Cómo se llama?

—Prot.

—¿De dónde viene?

—Del planeta K-PAX.

—¿Por qué está aquí?

—Él quería que viniera.

—¿Por qué quería que viniera?

—Me llama cuando ocurre algo malo.

—Como cuando murió su padre.

—Sí.

—¿Le ha ocurrido hoy algo malo?

—Sí.

—¿Qué ha pasado?

—Un camión ha atropellado a su perro.

—Y entonces le ha llamado.

—Sí.

—¿Cómo le llama?

—No lo sé exactamente.

—¿Cómo ha llegado a la Tierra?

—No lo sé. Simplemente he venido.

Prot no había «desarrollado» aún en su mente los viajes lumínicos.

—¿Cuántos años tiene ahora su amigo?

—Nueve.

—¿En qué año estamos?

—Mil novecientos... sesenta y seis.

—¿Puede decirme el nombre de su amigo?

No hubo respuesta.

—Tiene un nombre, ¿verdad?

Prot miró fijamente al punto que había en la pared detrás de mí. Cuando estaba a punto de continuar dijo:

—Es un secreto. No quiere que se lo diga.

Pero ahora sabía que estaba ahí dentro en alguna parte y que al parecer prot podía consultarle.

—¿Por qué no quiere que me lo diga?

—Si se lo digo ocurrirá algo malo.

—Le prometo que no ocurrirá nada. Dígaselo.

—Muy bien —hizo una pausa—. Sigue sin querer que se lo diga.

—No tiene que decírmelo ahora mismo si no quiere. Continuemos con las estrellas. ¿Sabe dónde está K-PAX?

—Ahí arriba —señaló—. En la constelación Lira.

—¿Sabe el nombre de todas las constelaciones?

—De la mayoría.

—¿Y su amigo?

—Antes sí.

—¿Se le han olvidado?

—Sí.

—¿Ya no le interesan?

—No.

—¿Por qué no?

—Su padre murió.

—¿Le enseñó su padre a reconocer las estrellas?

—Sí.

—¿Era aficionado a la astronomía?

—Sí.

—¿Le interesaron siempre las estrellas?

—No.

—¿Cuándo comenzó a interesarse por ellas?

—Después del accidente.

—¿Porque no tenía nada que hacer?

—No. No podía dormir.

—¿Por el dolor?

—Sí.

—¿Dormía durante el día?

—Sólo una o dos horas.

—Entiendo. ¿Y Lira fue una de las constelaciones de las que le habló a su amigo?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Justo antes de morir.

—¿Cuando tenía seis años?

—Sí.

—¿Le dijo alguna vez que había planetas alrededor de las estrellas de Lira?

—Dijo que podía haber planetas alrededor de muchas estrellas.

—Una cosa más. ¿Por qué no sale y mira las estrellas solo?

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Quiere que me quede con él.

Prot bostezó. Parecía cansado y no quise insistir más en ese punto.

—Creo que es suficiente por hoy. Puede cerrar los ojos. Ahora voy a contar hacia atrás del cinco al uno. A medida que cuente se irá despertando. Cuando llegue al uno estará totalmente despierto y se sentirá bien. Cinco... cuatro... tres... dos... uno.

Chasqué los dedos y prot me miró con su habitual sonrisa.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó.

—Ya hemos terminado.

—Ah. El viejo truco del tipo más rápido del oeste.

—Conozco esa sensación.

Sacó su libreta y me pidió que le hablara de la hipnosis. Pasé el resto del tiempo intentando explicarle algo que yo tampoco comprendía del todo. Se quedó un poco decepcionado.

Cuando Jensen y Kowalski le acompañaron a su planta escuché la cinta de la sesión y, cada vez más emocionado, tomé nota de mis conclusiones. Bajo mi punto de vista prot era una personalidad secundaria que había surgido como consecuencia de la muerte inesperada del padre de su álter ego, un trauma que evidentemente era insoportable para la personalidad primaria. También parecía estar claro por qué había elegido una existencia alienígena: su padre le había hablado de las estrellas y de la posibilidad de que en ellas hubiera vida extraterrestre, y le había hecho esta revelación justo antes de morir.

Pero esto no explicaba el extraordinario dominio de prot sobre la personalidad primaria. Normalmente es la identidad secundaria la que está en un segundo plano esperando para tomar el control cuando la primaria tiene dificultades. Supuse que un suceso mucho más traumático había llevado a este individuo —vamos a llamarle Pete— a encerrarse en la coraza protectora de la que rara vez salía. Y cada vez estaba más seguro de que ese terrible incidente había tenido lugar el 17 de agosto de 1985, la fecha de la última «llegada» de prot a la Tierra. O quizás uno o dos días antes, si Pete había tardado un poco en «llamar» a prot o éste en responder.

¿Por qué no sospeché antes que prot era una personalidad secundaria? La personalidad múltiple no es fácil de diagnosticar en ningún caso, y prot nunca había mostrado ninguno de los síntomas que suelen estar asociados con este trastorno: dolores de cabeza, cambios de humor, varias afecciones físicas, depresión. A excepción de sus arrebatos de ira en las sesiones sexta y octava y el episodio de pánico del Cuatro de Julio, la personalidad primaria (Pete) no había hecho sentir su presencia. En última instancia lo que me desconcertaba eran sus rasgos aberrantes —una personalidad secundaria dominante con delirios y una gran inteligencia— cuyas ventajas debían ser indiscutibles.

Pero ¿quién era Pete, la personalidad primaria? Al parecer estaba ahí dentro, en alguna parte, viviendo como un recluso en su propio cuerpo, negándose a revelar su nombre o su pasado, excepto que nació en 1957, que su padre era un empleado de un matadero que murió en 1963, probablemente en algún lugar del noroeste de Estados Unidos, y que tenía una madre y dos hermanas mayores. No era demasiado para empezar, pero podría ayudar a la policía a localizarle. En cualquier caso lo que teníamos que descubrir era la identidad de Pete. Cualquier información que

pudiéramos obtener podría resultar útil para convencerle de que saliera.

En aquellas circunstancias la «fecha de partida» de prot tenía un significado diferente. Una cosa es que un paciente anuncie que va a poner fin a su delirio, y otra que una personalidad dominante desaparezca dejando tras de sí a un histérico o algo aún peor. Si prot se marchaba antes de que lograra contactar con Pete era posible que jamás pudiera ayudarlo.

Me pregunté si el prot consciente sabía algo de Pete. En caso contrario seguiría con el mismo plan: llevar a prot/Pete bajo hipnosis hasta el momento en que ocurrió el suceso traumático que hizo que Pete renunciara a su existencia real. Y aunque supiera algo la hipnosis podría ser útil para acceder a los recuerdos de prot y establecer un contacto directo con la personalidad primaria.

Pero este enfoque planteaba un dilema. Por una parte tenía que hablar con Pete lo antes posible. Por otra, si le obligaba a revivir ese suceso terrible prematuramente podía hundirse y encerrarse aún más en su coraza protectora.

Giselle estaba menos animada que de costumbre cuando la vi el siguiente lunes por la mañana.

—Mi amigo el del sexto distrito no ha encontrado nada sobre ninguna persona que desapareciera en el noroeste del país en agosto de 1985 —dijo consultando una libreta roja parecida a la de prot—. Un tipo mató a un hombre antes de suicidarse en un pueblecito de Montana el dieciséis, y en Boise el dieciocho otro tipo huyó con su secretaria y ciento cincuenta mil dólares de los fondos de su empresa. Pero su hombre no está muerto, y el que huyó con su secretaria sigue preso en la penitenciaría de Idaho. Mi amigo va a ampliar la búsqueda desde enero hasta julio de 1985, y luego por todo Estados Unidos y Canadá. Tardará un tiempo en comunicarme los resultados.

»También tengo una amiga en la Biblioteca Pública de Nueva York que en sus ratos libres me está buscando noticias de la semana del diecisiete de agosto. Ya sabe, cualquier cosa extraña que ocurriera durante ese periodo en Montana, Idaho, Washington y Oregón. Pero tampoco ha encontrado nada de momento. Naturalmente, puede que creciera en el noroeste y que luego se trasladara a otro sitio... —añadió después de cerrar la libreta.

Yo le hablé del padre de prot (Pete) y el matadero.

—¡Ja! —respondió—. ¿Se imagina cuántos mataderos hay en Estados Unidos?

—No lo sé.

—Lo averiguaré —dijo despidiéndose.

—Espere un momento. Nació en 1957.

—¿Cómo se ha enterado de eso? —me preguntó.

—Tenemos nuestros métodos, *mein Madchen*.

Volvió corriendo y me besó casi en la boca antes de salir disparada. Me sentí como si tuviera trece años de nuevo.

Karen y yo no nos separamos después del funeral de mi padre. Si no podíamos vivir juntos al menos lo intentábamos. Lo que más me gustaba de ella eran sus mejillas sonrosadas, que en invierno se ponían rojas y brillantes como dos manzanas. Pero tardé un año más en reunir el valor para besarla.

Observé cómo lo hacían en las películas y practiqué durante meses en el dorso de mi mano. El problema era que no estaba seguro de que ella quisiera. No es que se alejara de mí cuando estábamos cerca, pero no parecía que le interesara. Por fin un día me decidí. Con todas aquellas películas lo normal es que lo hiciera.

Estábamos sentados en el sofá de su casa leyendo tebeos del Pato Donald, y yo llevaba todo el día pensando en ello. Sabía que había que ponerse de lado para que las narices no chocaran, y cuando se volvió hacia mí para enseñarme los carteles que llevaban los sobrinos de Donald en los que ponía: «El tío Donald es un estúpido» realicé la maniobra. Naturalmente, fallé, como suele ocurrir la primera vez, como le había ocurrido a Giselle antes de salir corriendo.

Aquella tarde vi a Giselle en la sala de ocio charlando animadamente con prot, que tenía a *La Belle* en su regazo. Los dos estaban tomando notas en sus respectivas libretas, y prot parecía sentirse cómodo. No tenía tiempo de acercarme a ellos, pero Giselle me contó más tarde de qué habían hablado. Por ejemplo, habían estado comparando la Tierra con K-PAX, y ella le preguntó dónde le gustaría vivir si pudiera elegir cualquier lugar de la Tierra. Esperaba que prot dijera «Olympia, Washington» o algún otro pueblo del noroeste de Estados Unidos, pero respondió que en «suecia».

—¿Por qué Suecia?

—Porque es el país más parecido a K-PAX.

Después hablaron de los seres humanos que en su opinión se parecían más a los K-PAXianos: Henry Thoreau, Mohandas Gandhi, Albert Schweitzer, John Lennon y Jane Goodall.

—¿Se imagina un mundo lleno de schweitzers? —vociferó.

—¿John Lennon? —exclamé yo.

—¿Ha oído alguna vez *Imagine*?

Le dije que lo comprobaría, y después comentó algo que yo también había estado pensando.

—¿Sabe otra cosa? Creo que puede hablar con los animales.

Le respondí que no me sorprendía.

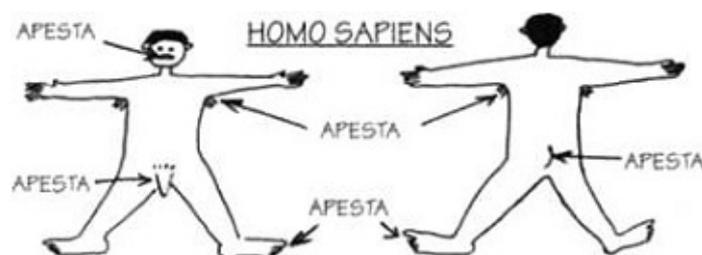
Esa tarde no tenía tiempo para estar con ellos porque me dirigía a la cuarta planta,

en la que intentaba entrar Russell. Trastornado por la pérdida de seguidores que acudían a prot para pedirle consejo, y tras fracasar en su intento de resucitar a los catatónicos, había decidido convertir a los psicópatas. Cuando llegué las enfermeras estaban intentando convencerle para que volviera a su planta, y él estaba de puntillas gritando a través de los barrotes de la ventanilla que había en la puerta de acero: «¡No dejéis que os engañe nadie! Porque vendrán muchos en mi nombre diciendo: «Soy el Mesías»; y engañarán a muchos de vosotros». Al parecer sus palabras no caían en oídos sordos, porque se oían risas que venían del interior. Pero él siguió gritando incluso después de que le suplicara que regresase a la segunda planta. Ordené que le pusieran una inyección de Thorazine y que le llevaran a su habitación.

Ese mismo día ocurrieron otras dos cosas a las que debería haber prestado más atención. En primer lugar me comunicaron que Howie había preguntado a uno de los médicos internos cómo se realizaba una traqueotomía. Por fin se lo dijo el doctor Chakraborty, pensando que iba a demostrarle a Ernie lo fácil que era salvarle aunque se ahogara con algo, a pesar del desafortunado ejemplo de su madre.

El otro incidente estaba relacionado con María. Una de sus personalidades, una mujer muy sensual llamada Chiquita, entró de algún modo en la tercera planta y, antes de que la descubrieran, se ofreció a Whacky. Pero ocurrió lo mismo que con la prostituta tiempo atrás. Ante este rechazo inesperado Chiquita se esfumó y apareció María. Aunque se encontró con un hombre desnudo que se estaba masturbando no se puso histérica como era de esperar. Comenzó a rezar por Whacky, cuya desesperación parecía comprender perfectamente.

Por otro lado, Chuck le entregó a prot un dibujo que resumía su concepto de la raza humana, según descubrí para impresionarle con el fin de que le llevara con él a K-PAX. He aquí una reproducción:



Por pura coincidencia este diagrama describía casi a la perfección al segundo candidato para el cargo de director permanente, que sin duda alguna no se había duchado hacía semanas, o quizá meses. Una nube de caspa le caía de la cabeza a los hombros. Parecía que tenía los dientes cubiertos de líquenes. Y, como el candidato anterior, el doctor Choate, que se tocaba la bragueta cada cinco minutos, venía con unas referencias excelentes.

Undécima sesión

Justo antes de que prot entrara en mi consulta había estado viendo por la ventana un partido de críquet que estaban jugando en el jardín. Señalé con la cabeza la cesta de fruta y le pregunté a qué jugaba de niño.

—En K-PAX no tenemos juegos —respondió—. No nos hacen falta. Ni lo que ustedes llaman «bromas» —añadió examinando un higo—. Me he dado cuenta de que los seres humanos se ríen mucho, incluso de cosas que no tienen gracia. Al principio me desconcertaba, hasta que comprendí que sus vidas son muy tristes.

Lamenté habérselo preguntado.

—Por cierto, este higo tiene restos de pesticida.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo veo.

—¿Lo ve?

Había olvidado lo de su visión ultravioleta. Aunque el tiempo apremiaba aproveché la ocasión para preguntarle cómo era nuestro mundo desde su perspectiva. Estuvo casi un cuarto de hora intentando describir un paisaje increíblemente bello con flores de colores vibrantes, pájaros e incluso rocas comunes que para él brillaban como piedras preciosas. Hasta el cielo tenía un aura luminosa de color violeta a través de sus ojos. Parecía que había tomado alguna droga psicodélica, y me pregunté si Van Gogh habría tenido una experiencia similar.

Mientras exponía su extraordinaria visión dejó el higo contaminado y encontró otro más de su agrado. Entonces le dije con cautela:

—La última vez, bajo hipnosis, me habló de un amigo suyo, un terrícola, de la muerte de su padre y de su colección de mariposas. ¿Lo recuerda?

—No.

—¿Existió ese amigo?

—Sí.

—¿Sigue siendo amigo suyo?

—Claro.

—¿Por qué no me ha hablado antes de él?

—No me lo preguntó.

—Ya. ¿Sabe dónde está ahora?

—Esperándome. Voy a llevarle a K-PAX, si aún quiere. Tiene muchas dudas.

—¿Y dónde está esperándole?

—En un lugar seguro.

—¿Sabe dónde está ese lugar?

—Por supuesto.

—¿Puede decírmelo?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque él me ha pedido que no se lo diga a nadie.

—¿Puede decirme al menos su nombre?

—Lo siento.

Dadas las circunstancias, decidí arriesgarme.

—Prot, voy a decirle algo que quizá le cueste creer.

—Ya no hay nada que me sorprenda de los humanos.

—Usted y su amigo son la misma persona. Es decir, él y usted son identidades distintas de la misma persona.

—Eso es absurdo —comentó aparentemente conmocionado.

—Es cierto.

—¿Es otra de esas creencias que los de su especie consideran una verdad? —dijo indignado pero sin perder el control.

Fue un intento fallido. No había forma de probar mi hipótesis y no tenía sentido perder más tiempo. Cuando terminó de comer le pregunté si estaba preparado para que le hipnotizara de nuevo. Asintió con recelo, pero para cuando conté hasta tres ya estaba «ido».

—El día anterior me habló de su amigo y de la muerte de su padre. ¿Se acuerda?

—Sí.

Prot estaba en un trance anamnésico; podía recordar la sesión de hipnosis anterior, pero sólo en estado hipnótico.

—Bien. Ahora quiero que retroceda en el tiempo, pero no tanto como la última vez. Usted y su amigo están en el último curso del instituto. ¿Qué ve?

En ese momento prot se repantingó en su asiento y empezó a jugar con las uñas y a masticar un chicle imaginario.

—No he estado nunca en un instituto. Nunca he ido a la escuela.

—¿Por qué no?

—En K-PAX no hay escuelas.

—¿Y su amigo? ¿Va él a la escuela?

—Sí, es un idiota. No he podido convencerle para que no vaya.

—¿Por qué no quiere que vaya?

—¿Está de broma? Lo único que hace la gente en las escuelas es perder el tiempo mientras intentan enseñarle un montón de sandeces.

—¿Como qué?

—Lo grande que es América, mucho mejor que cualquier otro país, que las guerras son necesarias para proteger las «libertades» y ese tipo de tonterías.

—¿Opina su amigo lo mismo que usted?

—No. Él se cree toda esa basura. Como todos.

—¿Está su amigo con usted ahora?
—Sí.
—¿Puede oírnos?
—Claro. Está aquí mismo.
—¿Podría hablar con él?
—No quiere —dijo tras vacilar un momento.
—Si cambia de opinión, ¿me lo dirá?
—Supongo.
—¿Puede decirme al menos su nombre?
—De ninguna manera.
—Bueno, tenemos que llamarle de algún modo. ¿Qué tal Pete?
—No se llama así, pero vale.
—De acuerdo. ¿Está ahora en el instituto?
—Sí.
—¿En qué año estamos?
—Mil novecientos setenta y cuatro.
—¿Cuántos años tiene usted?
—Ciento setenta y siete.
—¿Y Pete?
—Diecisiete.
—¿Sabe que usted viene de K-PAX?
—Sí.
—¿Cómo lo sabe?
—Se lo dije yo.
—¿Y cómo reaccionó?
—Le parece muy bien.
—Por cierto, ¿dónde aprendió a hablar tan bien nuestro idioma? ¿Le enseñó él?
—No. No es muy difícil. Intente decir *w:xljqs/k...mns^Apt.[^]*
—¿Dónde aterrizó al llegar a la Tierra?
—¿En este viaje?
—Sí.
—En china.
—¿No fue en Zaire?
—¿Para qué iba a aterrizar en zaire si china apuntaba hacia K-PAX?
—¿Tiene algún otro amigo en la Tierra? ¿Hay alguien más ahí con usted?
—Sólo estamos él y yo.
—Dígame algo más de Pete. ¿Cómo es?
—¿Cómo es? Más bien callado, introvertido. No es tan inteligente como yo, pero eso no importa en la TIERRA.

—¿No? ¿Y qué importa?

—Lo único que importa es que seas un «tipo agradable» y no tengas muy mala pinta.

—¿Es él agradable?

—Supongo.

—¿Puede describirle?

—Sí.

—Hágalo, por favor.

—Se está dejando el pelo largo. Tiene los ojos marrones, complexión mediana y veintiocho espinillas en las que se pone Clearasil todo el tiempo.

—¿Es sensible a la luz intensa?

—No especialmente. ¿Por qué?

—¿Qué hace que sea agradable?

—Sonríe mucho, ayuda a los más torpes con sus tareas, echa una mano en los partidos, ese tipo de cosas. Es el subdelegado de la clase. Cae bien a todo el mundo.

—Lo dice como si le pareciese mal.

—Le conozco mejor que ningún otro.

—Y cree que no es tan agradable como piensa la gente.

—No es tan agradable como aparenta.

—¿En qué sentido?

—Tiene mal genio y a veces pierde los estribos.

—¿Qué ocurre entonces?

—Se pone furioso. Tira cosas, da patadas a objetos inanimados.

—¿Por qué se pone furioso?

—Por cosas que le parecen injustas, con las que no puede hacer nada. Ya sabe.

Claro que lo sabía. Tenía que ver con la rabia y la impotencia que sintió cuando murió su padre.

—¿Puede ponerme un ejemplo?

—Una vez vio a un chico que estaba pegando a otro más pequeño. El mayor era un gallito pelirrojo al que todo el mundo odiaba. Le había roto las gafas al otro, y creo que también la nariz. Mi amigo le dio una paliza increíble. Yo intenté detenerle, pero no me hizo caso.

—¿Qué ocurrió después? ¿Hirió al gallito? ¿Intentó vengarse más tarde?

—Sólo perdió un par de dientes. Tenía miedo de que mi amigo le contara a todo el mundo lo que había pasado. Como no lo hizo, y le dijo al pequeño que tampoco lo hiciera, los tres se hicieron muy amigos.

—¿Qué piensan de usted esos chicos?

—No me conocen.

—¿Le conoce alguien además de su amigo?

—Ni un alma.

—Sigamos con su amigo. ¿Tiene arrebatos de ira con frecuencia?

—No. En la escuela casi nunca.

—¿Se pone furioso con su madre y sus hermanas?

—Nunca. No ve mucho a sus hermanas. Están ya casadas y una de ellas vive lejos.

—Hábleme de su madre.

—Es una buena mujer. Trabaja en la escuela. En la cafetería. No gana mucho dinero, pero tiene una huerta y hace muchas conservas. Tienen lo suficiente para comer, pero no mucho más. Aún está pagando los gastos médicos de su padre.

—¿Dónde viven? ¿Cómo es su casa? ¿En qué tipo de barrio está?

—Es una casa pequeña de tres habitaciones, parecida a las del resto de la calle.

—¿Qué hace su amigo para entretenerse? ¿Películas? ¿Libros? ¿Televisión?

—En el pueblo sólo hay un cine. Tienen una televisión vieja que la mitad del tiempo no funciona. Mi amigo lee mucho, y también le gusta pasear por el bosque.

—¿Por qué?

—Quiere ser biólogo.

—¿Qué hay de sus notas?

—¿Qué quiere saber?

—¿Saca buenas notas?

—Sobresalientes y notables. Pero podría hacerlo mejor. Duerme demasiado.

—¿Qué asignaturas se le dan mejor?

—Es muy bueno en latín y en ciencias. El inglés y las matemáticas no le gustan tanto.

—¿Es un buen atleta?

—Está en el equipo de lucha.

—¿Piensa ir a la universidad?

—Pensaba hacerlo hasta hace unos días.

—¿Hay algún problema?

—Sí.

—¿Por eso le ha llamado?

—Sí.

—¿Le llama a menudo?

—De vez en cuando.

—¿Y cuál es el problema? ¿El dinero? Hay becas y...

—Es más complicado que eso.

—¿Por qué?

—Tiene una novia.

—¿Y ella no quiere que vaya?

—Es más complicado que eso.

—¿Puede explicármelo?

Tras una breve pausa, probablemente para consultar a su «amigo», dijo:

—Está embarazada.

—Comprendo.

—Ocurre todos los días.

—¿Y él se siente obligado a casarse?

—Desgraciadamente —contestó encogiéndose de hombros.

—¿Porque no podrá ir a la universidad?

—Por eso y por el problema de la religión.

—¿Qué problema es éste?

—Ella es católica.

—¿No le gustan los católicos?

—No es que no me gusten los católicos, ni ningún otro grupo que se defina por sus creencias supersticiosas. Es que sé lo que va a pasar.

—¿Qué va a pasar?

—Que acabará en la empresa del pueblo que mató a su padre y tendrá un montón de crios que no se relacionarán con nadie porque su madre es católica.

—¿Dónde está ese pueblo?

—Se lo he dicho: no quiere que se lo diga.

—Pensé que podía haber cambiado de opinión.

—Cuando decide algo no hay quien le haga cambiar de opinión.

—Parece muy obstinado.

—Con algunas cosas.

—¿Con qué, por ejemplo?

—Con ella.

—¿Su novia?

—Sí.

—Quizá sea un poco torpe, pero sigo sin ver por qué es un problema que ella sea católica.

—Porque no vive aquí. Su familia vive en el lugar equivocado.

—Puede que consigan resolver el problema.

—¿Cómo?

—Ella podría cambiar de religión. O podrían marcharse a otro sitio.

—Imposible. Está muy unida a su familia.

—¿La odia?

—Yo no odio a nadie. Odio las ataduras que se impone la gente.

—Como la religión.

—La religión, las responsabilidades familiares, tener que ganarse la vida, todo

eso. ¿No le parece agobiante?

—A veces. Pero tenemos que aprender a vivir con esas cosas.

—Yo no.

—¿Por qué?

—En K-PAX no tenemos esas tonterías.

—¿Va a regresar pronto?

—En cualquier momento.

—¿Cuánto tiempo suele quedarse en la Tierra?

—Depende. Normalmente unos días. Lo suficiente para ayudarle con sus asuntos.

—Muy bien. Ahora escuche con atención. Quiero que avance un poco en el tiempo. Por ejemplo dos semanas. ¿Dónde está ahora?

—En K-PAX.

—¿Qué ve?

—Un bosque con muchos lugares blandos para tumbarse, árboles frutales y todo tipo de seres deambulando de un lado a otro...

—¿Es como el bosque por el que le gusta pasear a su amigo?

—Algo así, pero nadie lo está destruyendo para construir un centro comercial.

—Hábleme de las plantas y los animales de los bosques de K-PAX.

Quería averiguar si el joven prot tenía un concepto bien desarrollado de su planeta o si eso vino más tarde. Mientras describía la flora y la fauna saqué su ficha y busqué la información que me había dado entre las sesiones quinta y octava. Le hice un interrogatorio de los nombres de cereales, frutas y verduras, los distintos «seres» animales e incluso sobre los viajes lumínicos y el calendario K-PAXiano. No voy a repetir aquí las preguntas y las respuestas, pero confirmaron mis sospechas de que la creación de su mundo alienígena fue progresiva. Por ejemplo, en aquel momento sólo pudo decirme los nombres de seis cereales.

El tiempo se terminó justo cuando prot decidió dar una vuelta por una de las bibliotecas de K-PAX y me preguntó si quería acompañarle. Le dije que lo sentía, pero tenía algunos compromisos.

—Usted se lo pierde —contestó.

Después de despertarle, y antes de que se fuera, le pregunté si podía hablar con los animales, como Giselle y yo sospechábamos.

—Naturalmente —respondió.

—¿Puede comunicarse con todos nuestros seres?

—Tengo algunas dificultades con los *homo sapiens*.

—¿Puede hablar con los delfines y las ballenas?

—Por supuesto.

—¿Cómo lo hace?

Movió la cabeza de un lado a otro con gesto reprobatorio.

—Los humanos se consideran los seres más inteligentes de la TIERRA, ¿no es así?

—Sí.

—Entonces los lenguajes del resto de los seres deberían ser mucho más simples que el suyo, ¿no le parece obvio?

—Bueno...

Sacó la libreta con el lapicero a punto.

—Dígame: Si ustedes son tan inteligentes, y sus lenguajes son tan simples, ¿cómo es posible que no puedan comunicarse con ellos?

Esperaba una respuesta, pero yo no la tenía.

Aquel día, justo antes de irme a casa, Giselle me dio otro informe desalentador de la policía. Su contacto había conseguido una lista de todos los varones blancos desaparecidos en los últimos diez años que hubieran nacido entre 1950 y 1965 en todo el territorio de Estados Unidos y Canadá. Como es lógico había miles, pero ninguno se acercaba al perfil de prot. Unos eran más altos, otros eran calvos, otros tenían los ojos azules, varios habían muerto y a unos cuantos los habían encontrado. A no ser que prot fuera una mujer disfrazada, mucho más joven o más viejo de lo que parecía, o alguien cuya desaparición nadie hubiera denunciado, a efectos prácticos nuestro paciente no existía.

Giselle también estaba esperando que le dieran los nombres y la situación de todos los mataderos que funcionasen en Norteamérica entre 1974 y 1985.

—Puede eliminar los de las ciudades grandes —le dije—. Sólo hay un cine.

Asintió con la cabeza. Parecía cansada.

—En cuanto llegue a casa voy a dormir dos días seguidos —dijo bostezando.
¡Cómo me hubiera gustado hacer lo mismo!

Por la noche, mientras estaba en la cama despierto intentando comprender lo que había ocurrido durante el día (¿Por qué no había ningún registro de la desaparición de Pete? ¿De qué nos servía una lista de mataderos si no sabíamos dónde podía estar el nuestro?), llamó el doctor Chakraborty. Ernie estaba en la enfermería porque alguien había intentado matarle.

—¿Cómo? ¿Quién? —vociferé.

—¡Howie!

Me quedé helado. Lo único que podía pensar mientras iba a toda velocidad por la autopista era: ¡Dios mío! ¿Qué he hecho? Yo era el responsable de lo que le pudiera suceder a Ernie, como del resto de las cosas que ocurrían en el hospital. Fue uno de

los peores momentos de mi vida. Pero incluso en las horas más negras me reconfortaba el resplandor de la ciudad, las luces vibrantes que iluminaban el cielo plomizo del amanecer, tan lleno de vida como la noche en que llevamos a mi padre corriendo al hospital hacía cuarenta años. El mismo cielo, la misma sensación de culpa.

Ernie seguía en la sala de urgencias cuando llegué al IPM. El doctor Chakraborty salió al pasillo y me dijo:

—No se preocupe. Está bien.

De hecho estaba sentado en la cama, sin mascarilla, sonriendo y con las manos detrás de la cabeza.

—¿Cómo estás, Ernie?

—Fantástico. Absolutamente fantástico.

Nunca le había visto sonreír de aquel modo. Era algo beatífico.

—¿Qué ha ocurrido, por el amor de Dios?

—Mi buen amigo Howie casi me estrangula —cuando echó la cabeza hacia atrás para reírse vi que tenía unas marcas rojas en el cuello—. Ese hijo de puta. Le quiero.

—¿Que le quieres? ¡Ha intentado matarte!

—No. Me ha hecho creer que intentaba matarme. Ha sido fantástico. Yo estaba durmiendo. Ya sabe, con las manos atadas y todo eso. Me puso algo alrededor del cuello, un pañuelo o algo así, y apretó con fuerza, y yo no pude hacer nada.

—Sigue.

—Cuando dejé de respirar y perdí el conocimiento me trajo corriendo a la enfermería. Me reanimaron enseguida y cuando me desperté me di cuenta de lo que había hecho.

—¿Por qué crees que lo hizo? —mientras se lo preguntaba recuerdo que me dije a mí mismo: ¡Tenía que ser psiquiatra! Era lo único que podía hacer para no reírme.

—Me ha enseñado algo que nunca olvidaré.

—¿Qué?

—Que no hay que tener miedo a la muerte. De hecho es muy agradable.

—¿Cómo puede ser?

—Bueno, ¿ha oído alguna vez eso de que cuando te mueres tu vida pasa por delante de tus ojos? Pues es cierto. Pero sólo lo bueno. Yo era un niño otra vez. Era maravilloso. Mi madre estaba allí, y mi perro, y todos mis juguetes, y mi guante de béisbol... Ha sido como vivir toda mi infancia de nuevo. Pero no fue un sueño. Ocurrió de verdad. Todos esos recuerdos... Nunca me había dado cuenta de lo maravillosa que es la infancia hasta que he podido revivirla. Y entonces, cuando tenía nueve años, se repetía todo una y otra vez. Ha sido lo mejor que me ha ocurrido jamás.

Allí estaba, pálido como la nieve, riéndose de algo cuya perspectiva le había

aterrado toda su vida.

—Estoy deseando que suceda de verdad.

A Howie le habían llevado a la cuarta planta. Le dejé allí el resto del día y parte del siguiente hasta que encontré tiempo para hablar con él. Le dije que estaba enfadado, pero él se limitó a sonreírme con una sonrisa presuntuosa exactamente igual que la de prot. Mientras volvía a su habitación en la segunda planta se dio la vuelta y afirmó:

—Prot dice que con una tarea más yo también estaré curado.

—¡Eso lo decidiré yo, maldita sea! —le respondí gritando.

Una de las enfermeras del turno de noche me dijo más tarde que la duquesa había empezado a tomar algunas comidas en el comedor con el resto de los pacientes. Estaba escandalizada y ofendida por los pedos y los eructos (cortesía de Chuck, principalmente), pero por lo general lo soportaba.

La primera vez que apareció Bess se levantó para servirla. Pero cuando prot la miró volvió a su sitio. Sin embargo, como de costumbre, no comió nada hasta que acabaron todos los demás.

—¿Cómo ha conseguido que se siente a la mesa? —pregunté a la enfermera.

—Quiere que la lleve con él —respondió como si fuese evidente. Parecía que tenía envidia.

Duodécima sesión

Mientras prot comía ciruelas y melocotones saqué el tema de Howie y de sus tareas. Le expliqué que la primera que le había asignado (encontrar al «pájaro azul de la felicidad») había tenido un efecto positivo en Howie y en el resto de la planta. La segunda («curar» a Ernie) también había salido bien, aunque era más problemática. Luego le pregunté si había pensado alguna otra cosa para mi paciente.

—Una última tarea.

—¿Le importaría decirme en qué consiste?

—Dejaría de ser una sorpresa.

—Me parece que hemos tenido suficientes sorpresas por ahora. ¿Puede garantizarme que esa tarea no será peligrosa para nadie?

—Si la hace bien será un día muy feliz para todos, incluso para usted.

Yo no estaba tan seguro, pero su confianza disipó mis dudas. Una vez mi padre se tumbó en el suelo de la sala y me dijo que diera una voltereta por encima de él. Quería que me apoyara en sus rodillas, me diera la vuelta y cayera de pie al otro lado. Parecía una locura. «Confía en mí», me dijo. Así que puse mi vida en sus manos, cogí carrerilla y, con su ayuda, caí de pie milagrosamente. No volví a hacerlo. Prot tenía la misma mirada en sus ojos cuando me habló de la última tarea de Howie. Y con ese tono de confianza comenzamos la duodécima sesión.

En cuanto empecé a contar prot cayó en un profundo trance. Le pregunté si podía oírme.

—Por supuesto.

—Bien. Ahora quiero que vuelva al año 1979. Es el día de Navidad de 1979. ¿Dónde está y qué ve?

—Estoy en el PLANETA TERSIPION, en lo que para ustedes es la CONSTELACIÓN TAURO. Veo verdes y naranjas por todas partes. Me encanta. En este MUNDO la flora no es clorofílica como en la TIERRA y en K-PAX. La luz tiene un pigmento similar al de sus algas rojas. El cielo es verde por el cloro de la atmósfera. Hay todo tipo de seres muy interesantes; muchos parecen insectos. Algunos son más grandes que sus dinosaurios. Por suerte todos se mueven con lentitud, pero hay que...

—Discúlpeme. Me encantaría que me hablara de ese planeta, y del resto de los lugares que ha visitado, pero ahora mismo preferiría centrarme en sus viajes a la Tierra.

—Como quiera. Pero me ha preguntado dónde estaba en la Navidad en 1979.

—Sí, pero sólo era un punto de referencia. Ahora me gustaría que avanzara en el tiempo hasta su siguiente visita a la Tierra. ¿Puede hacerlo?

—Claro. Déjeme ver. ¿Enero? No, aún estaba en TERSIPION. ¿Febrero? No.

Había vuelto a K-PAX y estaba aprendiendo a tocar el patuse, aunque nunca se me dará bien. Debió ser en marzo. Sí, fue en marzo, esa época maravillosa en el hemisferio norte cuando comienza el deshielo y florecen los podófilos y el azafrán.

—¿Es marzo de 1980?

—Exactamente.

—¿Le ha llamado su amigo?

—Sí, pero por ninguna razón especial. Necesita hablar de sus cosas con alguien de vez en cuando.

—Hábleme de él. ¿Cómo se encuentra? ¿Está casado?

—Sí, con una chica que conoció en... pero eso ya se lo dije, ¿no?

—¿La chica católica que estaba embarazada cuando iban al instituto?

—Tiene buena memoria. Sigue siendo católica, pero ya no está embarazada. Eso fue hace cinco años y medio.

—No recuerdo su nombre.

—No se lo dije.

—¿Puede decírmelo ahora?

Después de una larga pausa, durante la cual pareció analizar mi corte de pelo (o la necesidad de que me lo cortara), dijo en voz baja:

—Sarah.

—¿Tienen un hijo o una hija? —pregunté intentando ocultar mi entusiasmo.

—Sí.

—¿Qué?

—Debería hacer algo con su sentido del humor, doctor brewer. Una hija.

—Que tendrá cinco años aproximadamente.

—La semana que viene es su cumpleaños.

—¿Tienen más hijos?

—No. Sarah tuvo una endometriosis y le practicaron una histerectomía. Hizo una estupidez.

—¿Porque era muy joven?

—No. Porque hay un tratamiento muy sencillo para eso que sus médicos deberían haber desarrollado hace tiempo.

—¿Puede decirme cómo se llama su hija? ¿O es un secreto?

—Rebecca —contestó tras vacilar sólo un momento. Al oír aquello me pregunté si Pete estaría dispuesto a decirme también su nombre. Puede que comenzara a confiar en mí. Pero prot se anticipó a mi pregunta.

—Olvídelo —dijo.

—¿Olvidar qué?

—Eso no va a decírselo.

—¿Por qué no? ¿Me dirá al menos por qué?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque lo utilizaría para intentar localizarle.

—Muy bien. Entonces dígame si viven en el mismo pueblo.

—Sí y no.

—¿Puede ser más preciso?

—Viven en una caravana en las afueras del pueblo.

—¿A mucha distancia?

—No. Está en un parque de caravanas. Pero quieren conseguir una casa más lejos, en el campo.

—¿Tienen un aspersor?

—¿Un qué?

—Un aspersor para regar el césped.

—¿En un parque de caravanas?

—De acuerdo. ¿Trabajan los dos?

Frunció la boca como si la fruta no le hubiera gustado.

—Él tiene un empleo de jornada completa, como dirían ustedes. Ella gana algo de dinero haciendo ropa para niños.

—¿Dónde trabaja su amigo?

—En el mismo sitio que su padre y su abuelo. El único lugar del pueblo donde se puede trabajar, a no ser que uno sea comerciante o banquero.

—¿El matadero?

—Sí señor.

—¿Qué hace allí?

—Es macero.

—¿Qué es un «macero»?

—El macero es el tipo que da un golpe en la cabeza a las reses para que no se resistan tanto cuando les cortan el cuello.

—¿Le gusta su trabajo?

—¿Está de broma?

—¿Qué otras cosas hace? ¿En casa, por ejemplo?

—No mucho. Por las noches lee el periódico cuando su hija se va a la cama. Los fines de semana arregla su coche y ve la televisión como todo el mundo.

—¿Sigue dando paseos por el bosque?

—No, aunque a Sarah le gustaría.

—¿Por qué no?

—Le deprime.

—¿Sigue coleccionando mariposas?

—Tiró la colección hace mucho tiempo. No cabía en la caravana.

—¿Se arrepiente de haberse casado y de haber formado una familia?

—¡Oh, no! Adora a su mujer y a su hija, aunque no sé exactamente qué significa eso.

—Hábleme de su mujer.

—Es una persona alegre, enérgica e insulsa. Como la mayoría de las amas de casa que uno ve en cualquier supermercado.

—¿Y la hija?

—Es calcada a su madre.

—¿Se llevan bien?

—Se idolatran.

—¿Tienen muchos amigos?

—Ninguno.

—¿Ninguno?

—Sarah es católica. Ya se lo dije; viven en un pueblo pequeño y...

—¿No ven a nadie más?

—Sólo a la familia de ella. Y a su madre.

—¿Qué hay de sus hermanas?

—Una de ellas vive en Alaska. La otra es como el resto de la gente del pueblo.

—¿Diría que la odia?

—No odia a nadie.

—¿Y sus amigos varones?

—No tiene ninguno.

—¿Qué pasó con el gallito y con el chico al que le rompió las gafas?

—Uno de ellos está en la cárcel, y el otro murió en Líbano.

—¿Y nunca va a una taberna después de trabajar para tomar una cerveza con sus compañeros?

—Ya no.

—¿Lo hacía antes?

—Sí. Solía juntarse con los demás y se tomaba un par de cervezas. Pero cuando invitaba a alguien a cenar siempre le ponían alguna excusa. Y nadie le invitaba ni a él ni a su familia a una barbacoa ni a ninguna otra cosa. Al cabo de un tiempo se dio cuenta de lo que pasaba. Ahora se quedan en la caravana la mayor parte del tiempo. Le dije que esto iba a ocurrir.

—Parece que están muy solos.

—No crea. Sarah tiene un montón de hermanos y hermanas.

—¿Y ahora van a comprar una casa?

—Puede ser. O quizá la construyan. Han echado el ojo a un terreno. Es parte de una granja que alguien ha dividido. Tiene un riachuelo y un par de hectáreas de árboles. Es un lugar precioso. Me recuerda a mi planeta, excepto por lo del riachuelo.

—Dígale que espero que lo consiga.

—Lo haré, pero no espere que le diga su nombre.

En ese momento entró la señora Trexler sin aliento diciendo atropelladamente que había ocurrido un incidente en la planta de los psicópatas: alguien había secuestrado a Giselle. Después de pedirle que se calmara saqué a prot de su estado hipnótico, le dejé con ella y fui corriendo a la cuarta planta.

¡Giselle! Es difícil expresar lo que sentí en los breves segundos que tardé en bajar las escaleras. No me habría alterado tanto si hubieran sido Abby o Jenny las que estuviesen en manos de aquel lunático. La vi acurrucada en la silla de mi despacho, oí su voz infantil, olí su dulce aroma a pino. ¡Giselle! Era culpa mía, por haber dejado a una criatura indefensa «recorrer los pasillos» de esa sección. Intenté no imaginar su cuello rodeado por un par de brazos peludos, o algo aún peor...

Cuando llegué a la cuarta todo el mundo estaba charlando amigablemente, y algunos incluso habían vuelto a su rutina. Era increíble que les importara tan poco. ¿Qué clase de gente era ésa?

El secuestrador se llamaba Ed. Era un hombre blanco apuesto de mediana edad que se había vuelto loco seis años antes y había matado a ocho personas con un rifle semiautomático en el aparcamiento de un centro comercial. Hasta ese momento había sido un corredor de bolsa con gran éxito, un padre y esposo ejemplar, aficionado a los deportes, religioso, jugador de golf y todo lo demás. Desde entonces, incluso con medicación regular, sufría episodios de descontrol acompañados de una intensa actividad eléctrica cerebral, que normalmente le dejaban agotado y con los puños ensangrentados tras golpear las paredes de su habitación.

Pero no era a Giselle a quien había secuestrado. Era a *La Belle*.

Nunca supe si la señora Trexler se había confundido o si yo la entendí mal; desde el principio había estado preocupado por la seguridad de Giselle. El caso es que la gata había entrado en la planta de los psicópatas, y cuando los enfermeros abrieron la puerta de Ed para llevarse la ropa sucia ella se coló dentro. Poco después él comenzó a golpear los barrotes de su ventana y amenazó con retorcer el cuello a *La Belle* si no le dejaban hablar con «el tipo del espacio exterior».

Villers estaba allí para recordarme que se había opuesto a la idea de tener animales en las plantas, y puede que tuviera razón. Aquello no habría ocurrido sin la gata y, además, si le pasaba algo Bess y los demás se desmoralizarían. Pensé que era un farol; Ed no estaba en una de sus fases violentas. Pero no había ninguna razón para no dejarle hablar con prot, y le dije a Betty que fuera a buscarle. Pero prot ya estaba allí. Al parecer me había seguido por las escaleras.

No hacía falta explicarle la situación, sólo decirle que asegurase a Ed que no habría represalias si dejaba salir a la gata. Prot pidió que no le acompañara nadie y se dirigió a la habitación de Ed. Supuse que hablarían a través de las rejas de la ventana,

pero de repente se abrió la puerta y prot entró cerrándola a sus espaldas.

Al cabo de un rato me acerqué con cuidado a la ventana y eché un vistazo. Estaban de pie junto a la pared del fondo hablando tranquilamente. No pude oír lo que decían. Ed tenía a *La Belle* en brazos y la estaba acariciando. Cuando miró hacia donde estaba yo me retiré.

Por fin salió prot, pero sin la gata. Después de asegurarme de que el guardia de seguridad cerraba la puerta de Ed le miré desconcertado. Anticipándose a mi pregunta, él dijo:

—No le hará daño.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo ha dicho él.

—Ya. ¿Qué más le ha dicho?

—Quiere ir a K-PAX.

—¿Qué le ha respondido usted?

—Que no puedo llevarle.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Estaba decepcionado, hasta que le he dicho que volvería a buscarle.

—¿Y le ha parecido bien?

—Dice que esperará si puede quedarse con la gata.

—Pero...

—No se preocupe. No le hará daño. Y tampoco le creará a usted más problemas.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Porque cree que si lo hace no volveré a buscarle. Lo haré de todos modos, pero eso no lo sabe.

—¿Lo hará? ¿Por qué?

—Porque le he dicho que lo haría. Por cierto —añadió mientras salíamos—, tendrá que buscar más seres con pelo para el resto de las plantas.

La última tarea de Howie consistía en estar preparado para cualquier cosa. Hacer de forma inmediata lo que prot, sin previo aviso, le ordenara.

Durante uno o dos días no dejó de correr a la velocidad del taquión de la biblioteca a su habitación y vuelta a la biblioteca, como de costumbre. No durmió en cuarenta y ocho horas. Estuvo leyendo a Cervantes, Schopenhauer y la Biblia. Pero de repente, al pasar por la ventana del salón donde había visto al pájaro azul, se detuvo, se sentó de nuevo en el alféizar y comenzó a reírse a carcajadas. Poco después toda la planta se estaba riendo, excepto Bess, y luego todo el hospital, incluido el personal. La tarea absurda que le había encargado prot, que estuviera preparado para cualquier cosa que pudiera ocurrir, parecía haber fracasado.

—Es una estupidez intentar prepararse para la vida —me dijo Howie más tarde en

el jardín—. Las cosas ocurren, y no hay nada que se pueda hacer.

Prot estaba junto al muro lateral examinando un girasol, y me pregunté qué vería en él que nosotros no podíamos ver.

—¿Qué hay de tu tarea? —le pregunté.

—Que será, será —silbó mientras se reclinaba hacia atrás para que le diera el sol—. Me parece que voy a echar una cabezada.

Le sugerí que pensara en la posibilidad de pasar a la primera planta.

—Esperaré hasta que Ernie esté listo —contestó.

El problema era que Ernie no quería marcharse. En la última reunión de personal ya había propuesto que trasladáramos también a Ernie a la primera planta. Desde su «curación» no había mostrado ningún síntoma de su fobia incapacitante: no usaba mascarilla, no se quejaba de la comida, no se ataba por la noche ni dormía en el suelo. De hecho, pasaba mucho tiempo con los demás pacientes, sobre todo con Bess y con María. Era capaz de reconocer varias identidades de esta última, se aprendió todos sus nombres y características, esperaba pacientemente a que apareciera la María «real» y la animaba a que se dedicase a la costura y el macramé. Era evidente que Ernie tenía un don especial para ayudar a los demás, y le animé a que pensara en dedicarse a alguna actividad sanitaria o social. «¿Con todo lo que hay que hacer aquí?», respondió.

Por aquellos días Chuck organizó un concurso de redacciones para decidir quién se iba con prot el diecisiete de agosto. El plazo de entrega terminaba el diez de agosto, una semana antes de su «partida», que cada vez estaba más cerca. Al parecer prot había accedido a leer todas las redacciones para el día diecisiete.

Varios empleados advirtieron que la segunda planta estuvo muy tranquila durante esas dos semanas en las que todos estuvieron sentados delante de una hoja de papel, pensando y agachándose de vez en cuando para escribir algo. Los únicos pacientes que no querían ir a K-PAX eran Ernie y Bess; Ernie porque aquí había mucho trabajo, y Bess porque creía que no se merecía viajar gratis. Y por supuesto Russell, que consideraba el concurso «una obra del diablo».

Decimotercera sesión

Mi hija Abby es vegetariana desde que se fugó a Tejas con un guitarrista cuando tenía quince años. Tampoco lleva pieles, y está en contra del uso de animales para las investigaciones médicas. He intentado explicarle muchas veces que es beneficioso para la humanidad, pero no hay forma de que cambie de opinión. «Cuéntales eso a todos los perros muertos», suele responder. Hace años que no hablamos del tema.

Una vez me dio una cinta de cantos de ballenas, que puse en la decimotercera sesión mientras prot hincaba el diente a una sandía. Dejó de comer inmediatamente e inclinó la cabeza hacia un lado, igual que *Shasta* cuando oyó esa misma cinta. Para cuando terminó su sonrisa era más amplia que de costumbre, y tenía un trozo de corteza en los dientes.

—¿Entiende algo de esto? —le pregunté.

—Claro.

—¿Es algún tipo de comunicación?

—¿Qué pensaba que era, gases estomacales?

—¿Puede explicarme qué están diciendo?

—Por supuesto.

—¿Y bien?

—Están transmitiendo datos de navegación muy complejos, niveles de temperatura, tipos de comida y mapas de distribución y muchas otras cosas, incluso algunos poemas. Son muy ricos en imágenes y emociones. A usted le parecerían «sentimentales».

—¿Podría hacerme una traducción literal?

—Sí, pero no la voy a hacer.

—¿Por qué no?

—Porque la utilizaría en su contra.

Sentí cierto rencor por el hecho de que me considerara responsable de la extinción de los cetáceos del mundo, pero no se me ocurrió una buena respuesta.

—También hay un mensaje para el resto de los seres del PLANETA.

Entonces hizo una pausa, me miró de reojo y mordió otro bocado de sandía.

—¿Va a decírmelo? ¿O también es un secreto?

—Están diciendo: «Seamos amigos».

En ese momento terminó de comer, contó hasta cinco y se quedó traspuesto.

—¿Se encuentra cómodo? —le pregunté cuando me di cuenta de que ya se había hipnotizado.

—Perfectamente.

—De acuerdo —dije respirando hondo—. Ahora voy a darle una fecha concreta, y quiero que recuerde dónde estaba y qué estaba haciendo ese día. ¿Me comprende?

—*Jawohl!*

—Estupendo —me preparé para comenzar—. Es el diecisiete de agosto de 1985.

—Bien —respondió sin alterarse.

—¿Dónde está?

—En K-PAX. Cogiendo kropins para la comida.

—¿Kropins?

—Son unos hongos, parecidos a sus trufas. Están deliciosos. ¿Le gustan las trufas?

Me molestó un poco que se centrara en cuestiones triviales en un momento como ése, aunque era yo el que había insistido en el tema.

—Nunca las he probado. Pero si le parece vamos a seguir. ¿Hay algo más? ¿Alguna llamada de la Tierra?

—De hecho ahora hay una, y ya estoy de camino.

—¿Qué ha pensado al recibir la llamada?

—Que me necesitaba.

—¿Cuánto tardará en llegar a la Tierra?

—Nada. Verá, a la velocidad de los taquiones el tiempo va hacia atrás, así que...

—Gracias. Ya me ha explicado lo de los viajes lumínicos.

—Es curioso que no lo recuerde. Pero entonces debe saber que no se tarda nada.

—Sí. Lo había olvidado. ¿Está ahora en la Tierra?

—Sí. En zaire.

—¿En Zaire?

—Está apuntando hacia K-PAX en este momento.

—Y ahora se dirige a...

—Estoy ya con él.

—¿Con su amigo?

—Sí.

—¿Dónde están? ¿Qué está ocurriendo?

—Estamos junto a un río detrás de su casa. Es de noche. Se está quitando la ropa.

—¿Le ha llamado para darse un baño nocturno?

—No. Va a intentar suicidarse.

—¿Suicidarse? ¿Por qué?

—Porque ha ocurrido algo terrible.

—¿Qué ha ocurrido?

—No quiere hablar del asunto.

—Maldita sea, estoy intentando ayudarlo.

—Lo sabe.

—Entonces ¿por qué no me lo dice?

—Se siente muy dolido y avergonzado. No quiere que lo sepa.

—Pero no puedo ayudarlo si no me dice lo que ha ocurrido.

—Eso también lo sabe.

—Entonces ¿por qué...?

—Porque entonces sabrá incluso lo que él no quiere saber.

—¿Sabe usted qué ha ocurrido?

—No.

—¿No le cuenta todo lo que le pasa?

—Ya no.

—¿Puede ayudarlo usted? Si consigue que le diga qué ha pasado dará el primer paso para ayudarlo a afrontarlo.

—No.

—¿Por qué no?

—No quiere hablar de ello, ¿no se acuerda?

—Pero se le está acabando el tiempo.

—El tiempo se acaba para todo el mundo.

—De acuerdo. ¿Qué pasa ahora?

—Está flotando en el río. Se está ahogando. Quiere morir.

Prot pronunció estas palabras con tono indiferente, como si fuera un observador imparcial.

—¿No puede detenerle?

—¿Qué puedo hacer?

—Podría hablar con él. Ayudarlo.

—Si quiere morir está en su derecho, ¿no cree?

—Pero es su amigo. Si muere nunca volverá a verle.

—No voy a interferir precisamente porque soy su amigo.

—Muy bien. ¿Ha perdido el conocimiento?

—No del todo.

—Pero ¿sigue en el agua?

—Sí.

—Aún hay tiempo. Ayúdele, por amor de Dios.

—No hace falta. La corriente le ha arrastrado a la orilla. Sobrevivirá.

—¿Hasta dónde le ha llevado?

—Unos jarts río abajo, cerca de dos kilómetros.

—¿Qué está haciendo ahora?

—Tose. Ha tragado mucha agua, pero ya vuelve en sí.

—¿Y usted está con él?

—Tan cerca como nosotros ahora mismo.

—¿Puede hablar con él?

—Sí, pero él no quiere hablar conmigo.

—¿Qué hace ahora?

—Está allí tumbado.

En ese momento Prot se quitó la camisa y la extendió en el suelo delante de él.

—¿Lo ha tapado?

—Está temblando.

Prot se tumbó en la alfombra junto a la camisa.

—¿Se ha echado a su lado?

—Sí. Vamos a dormir.

—Me parece bien. Ahora voy a pedirle que avance en el tiempo hasta la mañana siguiente. Ya ha salido el sol. ¿Dónde está?

—Seguimos aquí tumbados.

—¿Está su amigo durmiendo?

—No. Pero no quiere levantarse.

—¿Le ha dicho algo durante la noche?

—No.

—¿Y usted a él?

—Tampoco.

—Bien. Ahora es casi de noche. ¿Dónde está?

Prot se levantó y se sentó de nuevo en la silla.

—En Zaire.

—¿Cómo ha ido a Zaire?

—Es difícil de explicar. Verá, la luz tiene ciertos...

—Lo que quiero saber es por qué ha vuelto allí. ¿Está su amigo con usted?

—Me gustó el país. Pensé que un poco de turismo podría animarle.

—¿Habló con él de ello?

—Sí. Le dije: «Vamonos de aquí».

—¿Qué respondió él?

—Nada.

—Y ahora están en Zaire.

—Sí.

—Los dos.

—Sí.

—¿Qué van a hacer?

—Conocer a los seres de este lugar.

—¿Y después de eso?

—Iremos a otro sitio.

—Muy bien. Han pasado seis meses. Es el diecisiete de febrero de 1986. ¿Dónde está?

—En Egipto.

—¿Aún está en África?

—Es un continente muy grande, al menos para los terrícolas.

—¿Sigue estando su amigo con usted?

—Por supuesto.

—¿Qué tipo de dinero utilizan en esos viajes?

—Ninguno. Cogemos lo que necesitamos.

—¿Y nadie pone objeciones?

—No cuando les explico quiénes somos.

—De acuerdo. Ha pasado un año desde que se fueron del río. Es diecisiete de agosto de 1986. ¿Dónde está ahora?

—En Suecia.

—¿Le gusta?

—Mucho. Aquí la gente se parece más a los K-PAXianos que en ningún otro lugar donde hemos estado.

—¿En qué sentido?

—Son menos agresivos y más tolerantes con otros seres que en los demás países que hemos visitado.

—Diecisiete de agosto de 1987.

—Arabia Saudí.

—Diecisiete de agosto de 1988.

—Queensland, Australia.

—Diecisiete de agosto de 1989.

—Bolivia.

—Diecisiete de octubre de ese mismo año.

—Estados Unidos. Indiana.

—Diecisiete de diciembre.

—Nueva York.

—Diecisiete de febrero de 1990.

—Hospital psiquiátrico de Long Island.

—Diecisiete de mayo.

—Instituto psiquiátrico de Manhattan.

—Hoy.

—El mismo lugar.

—¿Y su amigo no le ha dicho nada en todo este tiempo?

—Ni una palabra.

—¿Ha intentado hablar con él?

—Alguna que otra vez.

—¿Puedo intentarlo yo?

—Desde luego.

—Necesito un nombre. Si me diera un nombre sería mucho más fácil.

—No puedo hacerlo. Pero le daré una pista. Puede volar.

—¿Volar? ¿Se llama Fred?

—Venga, gene. Puede hacerlo mejor. ¿No se le ocurre ninguna otra cosa que vuele además de los aviones?

—¿Es un pájaro? ¿Tiene nombre de pájaro?

—¡Bingo!

—Veamos. ¿Donald? ¿Woody? ¿Jonathan Livingston?

—Esos no son pájaros reales, ¿verdad que no?

—¿Martin? ¡Jay!

—Caliente, caliente...

—¿Robin? ¿Robert?

—Muy bien, doctor brewer. El resto es cosa suya.

—Gracias. Ahora me gustaría hablar con él. ¿Le importa?

—¿Por qué iba a importarme?

De repente prot/Robert se recostó en su silla y dejó caer los brazos a los lados.

—¿Robert?

No hubo respuesta.

—Robert, soy el doctor Brewer. Creo que puedo ayudarle.

No hubo respuesta.

—Escúcheme, Robert. Ha tenido un terrible *shock*. Sé que ha sufrido mucho. ¿Puede oírme?

No hubo respuesta.

Entonces decidí arriesgarme. Conociendo a prot, y a través de él un poco a Robert, tenía la impresión de que si había herido o matado a alguien tuvo que ser un accidente, o quizás en defensa propia. Era sólo una conjetura, pero de momento era lo único que tenía.

—Robert, escúcheme. Lo que le pasó le podía haber pasado a cualquiera. No debe sentirse avergonzado. Es una reacción normal en todos los seres humanos. Está en nuestros genes. ¿Comprende? Cualquiera habría hecho lo mismo que usted. Cualquiera lo perdonaría. Quiero que lo comprenda. Si supiera que me está oyendo podríamos hablar de ello. No hace falta que hablemos todavía de lo que ocurrió. Sólo de lo que podemos hacer para que supere el dolor y el odio que siente. ¿No va a hablarme? ¿No va a dejarme que le ayude?

Estuvimos unos minutos sentados en silencio mientras yo esperaba a que Robert hiciese algún gesto que indicara que había oído mi súplica. Pero no movió ni un músculo.

—Me gustaría que lo pensara. Hablaremos de nuevo dentro de una semana, ¿de acuerdo? Le ruego que confíe en mí.

No hubo respuesta.

—Ahora quisiera hablar con su amigo.

En un abrir y cerrar de ojos reapareció prot con una gran sonrisa.

—Hola, gene. Cuánto tiempo sin verle. ¿Cómo le ha ido?

Conversamos un rato sobre las primeras entrevistas que habíamos tenido en mayo, y describió perfectamente hasta los detalles mínimos, como si tuviera una grabadora en la cabeza. Luego le desperté y le dije que regresara a la segunda planta. Animado como siempre, no se acordaba de lo que acababa de revelar.

Esa tarde hubo un seminario en la sala de conferencias, pero no me enteré de nada. Estuve considerando la posibilidad de aumentar el número de sesiones con prot/Robert. Sin embargo, tenía una reunión en Los Ángeles a finales de esa semana y comienzos de la siguiente; se había concertado con varios meses de antelación, y no podía eludirla. Pero pensé que ni siquiera con doce sesiones más sería suficiente. Necesitaba al menos cien para averiguarlo todo. Ahora sabía su nombre, pero no estaba seguro de que sirviera de mucha ayuda para descubrir su identidad. No obstante, en cierto sentido era alentador que pudiese haber una grieta en su coraza; puede que Robert estuviera dispuesto a colaborar, a ayudarnos con su recuperación. Pero sólo quedaban dos semanas para la «partida» de prot. Si no lograba contactar con él antes de esa fecha sería demasiado tarde.

—Se llama Robert —le dije a Giselle después del seminario.

—¡Estupendo! Voy a comprobarlo en mi lista —afirmó inclinándose sobre un largo listado. Tenía un perfil perfecto, como los de los anuncios publicitarios—. Aquí hay uno. Pero desapareció en abril de 1985, y tenía sesenta y ocho años. ¡Espere! ¡Aquí hay otro! ¡Y desapareció en agosto! No, sólo tenía siete años entonces. Ahora tendría doce —me miró con tristeza—. Eso es todo.

—Me lo temía.

—Tiene que existir —gimió—. Tiene que haber alguna prueba de su existencia. Se nos ha tenido que escapar algo. Una pista importante...

Se levantó y comenzó a pasearse por mi despacho. Al cabo de un rato vio la fotografía de mi familia que había en la mesa. Me preguntó por mi mujer, dónde nos habíamos conocido...

Le dije que Karen y yo nos conocíamos desde niños y le hablé un poco de mis hijos. Después se sentó y me contó algunas cosas de su vida que no había mencionado antes. No voy a reproducir aquí los detalles, pero tenía un trato íntimo con más de una figura importante del mundo de los deportes y el periodismo. La cuestión es que aunque tenía muchos amigos nunca se había casado. No iba a

preguntarle por qué, pero ella me respondió como si lo hubiera hecho.

—Soy una idealista y una perfeccionista y tengo otros muchos defectos —dijo con la mirada perdida—. Además, no he conocido a ningún hombre al que pudiera entregarme del todo.

Entonces se volvió hacia mí. Por un instante —el síndrome de Brown tiene un efecto muy poderoso— estaba seguro de que iba a decir: «Hasta ahora». De repente sentí la necesidad de ajustarme el nudo de la corbata.

—Y ahora voy a perderle —se lamentó—. Y no hay nada que pueda hacer.

¡Estaba enamorada de prot! Con una mezcla de alivio y decepción dije una estupidez:

—Tengo un hijo que podría gustarle.

Estaba pensando en Fred, que había conseguido un papel en una comedia que se estaba representando en un teatro de Newark. Ella sonrió con ternura.

—¿El piloto que ha decidido ser actor? ¿Cuántos años tenía en la foto?

—Diecinueve.

—Es guapo, ¿verdad?

—Supongo.

Miré con cariño la fotografía.

—Esa foto me recuerda a mi familia —dijo—. Mi padre estaba muy orgulloso de nosotros. Todos fuimos a la universidad. Ronnie es cirujano, Audrey dentista, Gary veterinario. Yo soy la que menos ha conseguido.

—Yo no diría eso. Es una de las mejores periodistas del país. ¿Por qué se minusvalora?

Sonrió encogiéndose de hombros.

—Y esa foto suya me recuerda a mi padre.

—¿En qué?

—No lo sé. Era cariñoso y agradable. Le habría gustado.

—Es muy probable. ¿Puedo preguntarle qué le ocurrió?

—Se suicidó.

—Lo siento mucho, Giselle.

—Gracias —respondió con aire pensativo—. Tenía cáncer. No quería ser una carga.

Estuvimos sentados en mi despacho pensando en nuestras cosas hasta que se me ocurrió mirar el reloj.

—¡Dios mío! Tengo que irme. Esta noche vamos a ver la obra de Freddy. Interpreta a un periodista. ¿Quiere venir con nosotros?

—No, gracias. Tengo que escribir algo. Y pensar.

Mientras entrábamos en el ascensor le recordé que estaría fuera unos días y que no volvería hasta mediados de la semana siguiente.

—Puede que haya resuelto el caso para entonces. Mañana me dan las direcciones de todos los mataderos.

Se bajó en la segunda planta y yo me quedé en el ascensor vacío sintiendo la fuerza de la gravedad y una profunda tristeza, sin saber cuál de las dos entendía menos.

Sesión decimocuarta

No regresé al hospital hasta el miércoles siguiente por la mañana. En cuanto entré en mi despacho percibí el aroma a pino, y supe que Giselle había estado allí. Encima de un montón de papeles había una nota escrita a mano con tinta verde:

En 1985 sólo hubo una desaparición en un pueblo con un matadero. Fue en Carolina del Sur, y la persona desaparecida era una mujer. Esta semana la pasaré en la biblioteca revisando los archivos de ese año.

Nos veremos.

Un abrazo,

G.

Mientras la estaba leyendo me llamó Charlie Flynn, el astrónomo, el colega de mi yerno en Princeton. Cuando volvió de sus vacaciones en Canadá Steve le habló de las diferencias que había entre su descripción de la órbita de K-PAX alrededor de sus dos soles y la de prot. Estaba emocionado. Dijo que los cálculos los había hecho uno de sus alumnos. Al oír la versión de prot había vuelto a calcular él mismo la trayectoria orbital, y resultó ser exactamente como prot la había descrito: un movimiento pendular, no un ocho. Los mapas estelares que prot había dibujado también eran correctos. Yo pensé que nada de lo que hiciera prot podría sorprenderme, pero lo que dijo después me desconcertó tanto como le fascinaba a él.

—Los sabios suelen ser gente con una memoria prodigiosa. Pero esto es diferente. Es imposible que nadie pueda adivinar o intuir esa trayectoria orbital. Sé que parece una locura, pero no veo cómo ha podido obtener esa información si no ha estado allí —y esto lo decía un hombre en su sano juicio—. ¿Podría hablar con su paciente? Tengo miles de preguntas que me gustaría plantearle.

Rechacé la idea por varias razones. Pero le sugerí que me enviara una lista con cincuenta preguntas y le aseguré que se la entregaría a prot.

—Pero dése prisa —añadí—. Dice que se marcha el diecisiete de agosto.

—¿No puede conseguir que se quede más tiempo?

—Lo dudo.

—¿Puede intentarlo?

—Estoy haciendo todo lo posible —afirmé.

El resto de la mañana estuve ocupado con reuniones y una entrevista con el tercer candidato al cargo de director. Me temo que no le presté la atención que merecía. Parecía una persona competente y había publicado algunos trabajos excelentes. Estaba especializado en el síndrome de Tourette, y él mismo tenía síntomas leves de

ese trastorno; sobre todo tics nerviosos, aunque alguna que otra vez me llamó «pedazo de mierda». Pero yo estaba preocupado intentando buscar el modo de contactar con Robert. Por fin se me ocurrió una idea, y sin darme cuenta me incorporé y dejé escapar un «¡Ah!». Pensando que me refería a su exposición, nuestro invitado se mostró complacido y continuó hablando con más tics e insultos que antes. No le hice caso, porque estaba dando vueltas a esta pregunta: *¿Se podrá hipnotizar a la personalidad primaria mientras la secundaria está ya bajo hipnosis?*

—Muy bien, ya estoy listo —dijo prot después de terminar una enorme ensalada de fruta y de sonarse la nariz con la servilleta. La echó en el cuenco y buscó el punto que había en la pared detrás de mí. Pero como sabía que iba a adelantarse lo había tapado antes de que entrara en trance.

—No voy a hipnotizarle aún.

—Le dije que no funcionaría —comentó con su habitual sonrisa.

—Antes quiero hablar de Robert.

La sonrisa se desvaneció.

—¿Cómo ha averiguado su nombre?

—Me lo dijo usted.

—¿Bajo hipnosis?

—Sí.

—Por lo visto he metido la pata.

—¿Qué pasó con su mujer y su hija?

Prot parecía desconcertado y nervioso.

—No lo sé.

—Vamos, prot. Ha tenido que decírselo.

—Se equivoca. No ha hablado de ellas desde que le encontré junto al río.

—¿Dónde están ahora?

—No tengo ni idea.

O estaba mintiendo, cosa que dudaba, o era cierto que no sabía nada de lo que hacía Robert cuando no estaba con él. Si era así éste podría intentar cualquier cosa —incluso suicidarse— sin que prot lo supiera. Tenía que hablar con Robert lo antes posible. De hecho, no podía perder ni un momento. Me levanté y destapé el punto de la pared. Prot cayó en un profundo trance inmediatamente.

—Ahora estamos en el presente. ¿Lo entiende, prot?

—Sí. No es un concepto difícil.

—Bien. ¿Está Robert ahí con usted?

—Sí.

—¿Podría hablar con él?

—Claro, pero no creo que él quiera hablar con usted.

—Deje que responda, por favor.

Silencio. Robert se recostó en el asiento con la barbilla en el pecho.

—¿Robert?

No hubo respuesta.

—Robert, soy el doctor Brewer. Abra los ojos, por favor.

Se movió un poco aunque apenas cambió de postura.

—Robert, escúcheme. Sé que puedo ayudarle. Confíe en mí, por favor. Abra los ojos.

Los abrió un momento y luego volvió a cerrarlos. Al cabo de unos segundos parpadeó varias veces como si estuviera vacilando, y por fin los mantuvo abiertos. Era poco más que una mirada perdida, pero era algo.

—¿Puede oírme, Robert? —Tras un instante que se me hizo eterno detecté un leve asentimiento—. Bien. Ahora quiero que centre su atención en el punto que hay en la pared detrás de mí.

Los ojos sin vida, que miraban fijamente el borde de mi mesa, se elevaron un poco.

—Más arriba. Levante la vista un poco más.

Ignorando mi presencia, fue levantando la cabeza poco a poco con la boca abierta hasta que acabó mirando a la pared.

—Muy bien. Ahora escuche atentamente. Voy a contar del seis al diez. A medida que cuente se irá adormeciendo y los párpados le pesarán cada vez más. Cuando llegue al diez estará profundamente dormido, pero podrá oír todo lo que yo le diga. Esto es muy importante: cuando dé unas palmada se despertará. ¿Lo comprende?

Asintió levemente pero con claridad.

—Bien. Vamos a comenzar. Seis... —le observé con atención mientras se le cerraban los párpados—... y diez. ¿Puede oírme, Robert?

No hubo respuesta.

—¿Robert?

Dijo algo ininteligible.

—Hable más alto, por favor.

Susurró un «Sí» muy débil. ¡Pero había alguien allí! En ese momento me alegré de haberme dedicado a la psiquiatría.

—Bien. Ahora escúcheme. Vamos a retroceder en el tiempo. Imagine que las páginas de un calendario pasan rápidamente hacia atrás. Es ocho de agosto de 1989, justo hace un año. Luego de 1988, 1987, 1986. Y ahora, Robert, es ocho de agosto de 1985, al mediodía. ¿Dónde está?

Permaneció inmóvil unos minutos antes de murmurar:

—En el trabajo.

Sonaba cansado, pero tenía una voz clara, aunque un poco más aguda que la de

prot.

—¿Qué está haciendo?

—Estoy comiendo el almuerzo.

—¿Qué está comiendo?

—Un sandwich de pan holandés con miracle whip y pepinillos, un sandwich de mantequilla de cacahuete con gelatina de uva concord, patatas fritas, un plátano, dos galletas y un termo de café.

—¿De dónde ha sacado el almuerzo?

—De mi fiambreira.

—¿Se lo ha preparado su mujer?

—Sí.

—De acuerdo. Ahora vamos a avanzar ocho días y dos horas. Son las dos de la tarde del dieciséis de agosto de 1985. ¿Dónde está?

—En el trabajo.

—¿Qué está haciendo en este momento?

—Maceando novillos.

—Bien. ¿Qué ve?

—Uno de ellos no deja de moverse y hacer ruidos. Le doy otro golpe y se queda quieto.

Se secó un sudor imaginario de su frente con el dorso de la mano.

—Y sigue por la cadena donde otra persona le descabeza, ¿no es así?

—Sí, después de atarle.

—¿Y luego?

—Luego llega otro, y otro, y otro...

—De acuerdo. Ahora se acaba su turno y se va a casa. Ya está allí, saliendo de su coche. Avanza por el camino...

—¡Hay alguien ahí! —dijo abriendo mucho los ojos.

—¿Quién es?

—No lo sé —respondió muy alterado—. Está saliendo de mi casa. Nunca le había visto. ¡Vuelve a entrar! Corro detrás de él hasta dentro. ¡Dios mío! ¡No! ¡NOOOOOOOOOOOO!

Comenzó a llorar moviendo la cabeza de un lado a otro con los ojos fuera de sus órbitas. Después miró hacia mí y su actitud cambió por completo; fue una transformación total. Me miraba como si quisiera matarme.

—¡Robert! —grité dando palmadas tan fuerte como pude—. ¡Despierte! ¡Despierte!

Gracias a Dios cerró los ojos inmediatamente, y se desplomó en su silla totalmente exhausto.

—¿Robert?

No hubo respuesta.

—¿Robert?

Nada.

—Tranquilo, Robert. Ya ha pasado. Todo está bien. ¿Puede oírme?

No hubo respuesta.

—Robert, me gustaría hablar con prot.

No hubo respuesta.

—Déjeme hablar con prot, por favor. ¿Está ahí, prot? Me estaba poniendo cada vez más nervioso. ¿Había sido demasiado agresivo? ¿Y si...?

Por fin levantó la cabeza y abrió los ojos.

—¿Ve lo que ha hecho?

—¿Es usted, prot?

—Tenía que hacerlo, ¿verdad? Justo cuando empezaba a confiar en usted se lanza a la yugular.

—Me gustaría haber ido más despacio, pero piensa dejarnos el día diecisiete. El tiempo se está acabando.

—Se lo dije. No depende de mí. Si no nos vamos no podremos regresar nunca.

—¿Usted y Robert?

—Sí, aunque...

—¿Qué?

—Se ha ido.

—¿Adonde?

—No lo sé.

—Mire bien, prot. Debe estar ahí en alguna parte.

—No. Ya no está aquí. Le ha asustado.

—Muy bien. Voy a contar hacia atrás del cinco al uno. A medida que cuente se irá despertando. Cuando llegue al uno estará totalmente despierto y se sentirá bien. ¿Preparado? Cinco... uno.

—Hola.

—¿Cómo se siente?

—Creo que he comido demasiada fruta. ¿Tiene un antiácido?

—Betty le dará uno más tarde. Ahora tenemos que hablar.

—¿Hemos hecho otra cosa en los últimos tres meses?

—¿Dónde está ahora su amigo Robert?

—Ni idea, colega.

—Pero me dijo que estaba en un «lugar seguro».

—Eso era antes, pero ahora se ha ido.

—Pero si quisiera podría ponerse en contacto con él.

—Tal vez.

—Muy bien. Vamos a revisar unas cuantas cosas. Cuando vino a la Tierra hace cinco años Robert estaba intentando suicidarse. ¿Lo recuerda?

—¿Cómo iba a olvidarlo?

—¿Y no sabe por qué?

—Me imagino que no quería seguir viviendo.

—Pero ¿no sabe por qué motivo estaba tan desesperado?

—Ya hemos hablado de eso.

—Creo que ha podido matar a alguien.

—¿Robert? No. A veces pierde los estribos, pero...

—No creo que tuviera intención de matar a nadie. Seguramente encontró a alguien en su casa. Alguien que pudo haber hecho daño a su mujer y a su hija. Es un ser humano, prot. Reaccionó sin pensarlo.

—No me sorprende.

—Escúcheme, prot. Ha ayudado a Howie a curar a Ernie de su fobia. Voy a pedirle que haga algo por mí. Quiero que cure a Robert. Considérelo una «tarea». Le asigno la tarea de curar a Robert. ¿La acepta?

—Lo siento, no puedo.

—¿Por qué no?

—Ernie quería curarse. Robert no. Sólo quiere que le dejen en paz. Ni siquiera le interesa hablar conmigo.

—Ha ayudado a muchos pacientes de la segunda planta. Estoy seguro de que si se lo propone también podría ayudar a Robert. ¿Me hará el favor de intentarlo?

—De acuerdo, colega. Pero no espere demasiado.

—Bien. Me parece que es suficiente por hoy. Los dos necesitamos un poco de tiempo para reflexionar. Pero me gustaría tener otra sesión con usted el domingo. Es el único día que puedo. ¿Estaría dispuesto a volver aquí el domingo?

—¿Qué hay de la promesa que le hizo a su mujer?

—¿Qué promesa?

—Que se tomaría los domingos libres pasara lo que pasara. A no ser que haga trampas y se lleve trabajo a casa.

—¿Cómo sabe eso?

—Todo el mundo lo sabe.

—Va a ir a los Adirondacks con Chip y estará allí un par de semanas, aunque no es asunto suyo.

—En ese caso, estaré encantado de aceptar su invitación.

—Gracias.

—De nada. ¿Es todo?

—Por ahora.

—Entonces hasta la vista.

Apagué la grabadora y me desplomé en la silla, tan abatido como debía estar Robert. Me sentía muy mal después de aquella sesión. Había forzado las cosas, me había arriesgado mucho y había fracasado, quizá de un modo irreversible. En psiquiatría, tratar a un paciente psicótico es como cantar ópera; para el espectador parece fácil, pero exige un gran esfuerzo y no hay atajos posibles.

Por otra parte, puede que no hubiera insistido lo suficiente. Quizá tenía que haberle obligado a decirme exactamente qué vio esa tarde de agosto al regresar a casa. Ahora sabía que se había encontrado con algo terrible, y sospeché qué podía ser. Pero eso no habría ayudado en absoluto a mi paciente; de hecho podría haber empeorado las cosas. Además, había perdido una oportunidad única para preguntarle su apellido. El cargo de director, sin responsabilidades de este tipo, me pareció de repente una idea muy atractiva.

El viernes, justo antes de marcharse, Betty me dijo que había renunciado a la idea de ser madre. Le dije que lo sentía. Ella respondió que no debía sentirlo, y añadió que en el mundo había ya más de cinco mil millones de seres humanos y que con eso era suficiente. Obviamente, había estado hablando con prot.

Mientras íbamos por el pasillo me sugirió que entrara a ver a María, pero no me dijo por qué. Sólo tenía cinco minutos antes de marcharme para ir a una cena benéfica en el Plaza. Al darse cuenta de que estaba impaciente me dio unos golpecitos en el brazo.

—Verá cómo merece la pena.

Encontré a María en la sala de ocio charlando con Ernie y Russell. Parecía muy feliz, y pensé que se trataba de una nueva identidad. ¡Pero era ella misma! Aunque la respuesta era evidente le pregunté cómo estaba.

—Nunca me había sentido tan bien, doctor Brewer. Todas las demás están conmigo en esto. Lo sé.

—¿En qué? ¿Qué ha pasado?

—¡He decidido meterme a monja! ¿No es maravilloso?

Esbocé una gran sonrisa. La idea era tan sencilla que me pregunté cómo no se me había ocurrido a mí. Tal vez porque era demasiado sencilla. Puede que los psiquiatras tengamos una tendencia a hacer las cosas más complicadas de lo que en realidad son. En cualquier caso estaba rebosante de alegría. Yo también comenzaba a sentirme mejor.

—¿Qué te ha hecho tomar una decisión como esta?

—Ernie me ha demostrado lo importante que era perdonar a mi padre y a mis hermanos por lo que hicieron. Al fin y al cabo ahora todo es diferente.

Le felicité a Ernie por su ayuda.

—No se me ocurrió a mí. Fue idea de prot.

Russell no sabía qué pensar de todo esto.

—Este hombre exorciza a los demonios por el poder que le ha otorgado Lucifer, su príncipe —murmuró con tono vacilante antes de marcharse.

—Naturalmente, sólo será durante un tiempo —dijo María mientras le seguía con la mirada.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque cuando prot regrese me llevará con él.

Sesión decimoquinta

Karen y *Shasta* se fueron a los Adirondacks el domingo por la mañana a última hora. Shaz estaba tan contenta como María dos días antes; sabía exactamente dónde iba. Prometí que me reuniría con ellas una semana después.

Chip, ocupado con su trabajo de socorrista, había decidido no pasar esa temporada con nosotros, pero se fue a casa de un amigo cuyos padres estaban también de vacaciones. Como no había nadie en casa, decidí quedarme esos días en la habitación de invitados del hospital.

Esa tarde llegué a mi despacho justo a tiempo para la sesión con prot, sudando ya copiosamente. Hacía mucho calor y el aire acondicionado no funcionaba, pero a él no parecía importarle, y se presentó con unos calzoncillos de lunares.

—Como en casa —gorjeó.

Puse en marcha el ventilador eléctrico que tengo para este tipo de emergencias y comenzamos a hablar.

Por desgracia, no puedo reproducir esa entrevista literalmente porque la grabadora se averió y no me di cuenta hasta que terminamos. Lo que sigue es un resumen basado en las notas empapadas de sudor que tomé durante la sesión.

Mientras devoraba una gran cantidad de cerezas y nectarinas le di la lista de cincuenta preguntas que Charlie Flynn me había enviado. Sin duda alguna estaban bien elegidas, pero eran demasiado técnicas y no me interesaban mucho las respuestas. (La de los viajes lumínicos podría haberla contestado yo mismo: se hace con espejos). Prot se limitó a sonreír y metió la lista bajo el elástico de sus calzoncillos junto con la consabida libreta.

A la menor insinuación buscó el punto de la pared y como siempre cayó en un profundo trance de inmediato. No perdí el tiempo conversando con prot y le dije que quería hablar con Robert. De repente su expresión cambió, se reclinó hasta un punto que pareció que iba a caerse de la silla y permaneció así el resto de la hora. Ninguna de las cuestiones que planteé —la muerte de su padre, la relación con sus amigos (el gallito y su víctima), su empleo en el matadero, el paradero de su mujer y su hija— provocaron ningún tipo de reacción. Introduje con cuidado el tema del aspersor, pero tampoco obtuve ninguna respuesta. Parecía que Robert se había preparado para esta confrontación, y nada de lo que pudiera decir iba a sacarle de su estado catatónico. Probé todas las maniobras y trucos profesionales que se me ocurrieron; incluso mentí respecto a lo que prot me había contado sobre su vida y acabé llamándole cobarde. Pero fue en vano.

Sin embargo, cuando saqué el tema de su familia y sus amigos se me ocurrió algo. Llamé de nuevo a prot y me sentí aliviado cuando por fin apareció. Le pregunté si había alguna persona con la que Robert estuviese dispuesto a hablar. Al cabo de un

par de minutos dijo:

—Puede que quiera hablar con su madre.

Le supliqué que me ayudara a encontrarla, que me diera un nombre o una dirección. Tras permanecer otro rato en silencio añadió:

—Se llama Beatrice. Eso es todo lo que puedo decirle.

Antes de despertarle hice un nuevo intento.

—¿Hay alguna relación entre un aspensor y lo que le ocurrió a Robert el diecisiete de agosto de 1985?

Pero esta referencia no parecía impresionarle ni siquiera hipnotizado, y no hubo ninguna reacción de pánico como la que provocó mi mujer al conectar el aspensor de nuestro jardín en la fiesta del Cuatro de Julio. Con una gran frustración le traje de nuevo a la realidad, llamé a los enfermeros y le envié a la segunda planta.

Al día siguiente Giselle me dijo que había pasado la mayor parte de la semana anterior en la Biblioteca de Nueva York con su amiga buscando artículos de periódicos locales (de pueblos con mataderos) del verano de 1985, de momento sin éxito, aunque aún les quedaban dos cajas grandes de microfilmes por mirar. Yo le pasé la poca información que había podido obtener. Ella dudaba que el nombre de la madre de Robert sirviera de mucha ayuda, pero tuvo otra idea.

—¿Y si revisáramos también los archivos de 1963, cuando murió su padre? Puede que encontremos la esquila de un hombre que tenga una esposa llamada Beatrice y un hijo de seis años llamado Robert... ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

—A estas alturas merece la pena intentar cualquier cosa —asentí.

Durante el fin de semana Chuck había recogido las redacciones tituladas «Por qué quiero ir a K-PAX». La mayoría de los pacientes le había entregado una, además de varios miembros del personal de apoyo, entre ellos Jensen y Kowalksi. Unos días después tuve la entrevista semestral con Bess, y le pregunté por qué no había participado en el concurso.

—Ya lo sabe, doctor —respondió.

—Preferiría que me lo dijeras.

—No querrían a alguien como yo.

—¿Por qué no?

—No merezco ir.

—¿Por qué piensas eso?

—Como demasiado.

—Bess, aquí todo el mundo come más que tú.

—No merezco comer.

—Todo el mundo tiene que comer.

—No me gusta comer cuando hay tanta gente que no tiene nada. Cada vez que intento comer veo un montón de caras hambrientas en la ventana mirándome, esperando que se caiga algo al suelo, y cuando se cae no pueden entrar a cogerlo. Lo único que pueden hacer es esperar a que alguien saque la basura. Cuando veo todas esas caras no puedo comer.

—No hay nadie en la ventana, Bess.

—Claro que sí. Lo que pasa es que usted no los ve.

—Si tú también te mueres de hambre no podrás ayudarles.

Habíamos dado vueltas a este asunto muchas veces. La lucha de Bess con la realidad no había respondido bien al tratamiento. Sus periodos de depresión se controlaban en cierta medida con terapia electroconvulsiva y Clorazil, y más recientemente con la presencia de *La Belle*. Se animó un poco cuando le dije que Betty pensaba traer otra media docena de gatos del refugio de animales. Hasta que no se avanzara más en el tratamiento de la esquizofrenia paranoide y la depresión psicótica no podíamos hacer mucho más por ella. Casi deseé que hubiese estado entre los que querían ir a K-PAX.

Dicho sea de paso, la gata estaba muy bien con Ed. El único problema era que ahora todos los de la cuarta planta querían un animal. Uno de ellos llegó a pedirnos que le consiguiéramos un caballo.

El catorce de agosto, martes, prot convocó a todo el mundo en el salón. La gente suponía que iba a pronunciar un discurso de despedida y a anunciar los resultados del concurso de redacciones que Chuck había organizado. Cuando ya estaban reunidos todos los de las dos primeras plantas y algunos de la tercera y la cuarta, incluidos Whacky, Ed y *La Belle*, junto con buena parte del personal médico y de apoyo, desapareció durante un minuto y volvió con un violín. Se lo dio a Howie y le dijo:

—Toca algo.

—No me acuerdo. Se me ha olvidado todo —respondió Howie paralizado.

—Lo recordarás —le aseguró prot.

Howie estuvo un buen rato mirando el violín. Por fin se lo colocó debajo de la barbilla, pasó el arco por las cuerdas, lo frotó con la resina que prot había llevado, e inmediatamente comenzó a tocar un estudio de Fritz Kreisler. Se detuvo unas cuantas veces, pero no comenzó de nuevo para intentar que le saliera perfecto. Sonriendo como un mono continuó con una sonata de Mozart. La tocó bastante mal, pero cuando la última nota se fundió con el silencio estalló en la sala un aplauso ensordecedor. Fue el concierto más grandioso de su carrera.

Con una o dos excepciones aquel día los pacientes estaban de muy buen humor. Supongo que todos habían decidido poner su mejor cara para no arriesgar sus

posibilidades de viajar al paraíso con todos los gastos pagados. Pero prot no pronunció ningún discurso ni anunció quién sería su acompañante. Al parecer aún esperaba convencer a Robert para que fuese con él.

Lo curioso es que a nadie pareció importarle. Todos sabían que sólo quedaban unos días para la «partida», y para entonces tendría que haber tomado una decisión.

Sesión decimosexta

A pesar de que aquel día debió ser para prot muy largo y agotador parecía estar tan relajado como de costumbre. Al entrar en mi consulta miró a su alrededor para buscar la cesta de fruta. Yo puse en marcha la grabadora y comprobé si funcionaba bien.

—Si no le importa hoy tomaremos la fruta al final de la sesión.

—Y muy buenas tardes. Muy bien. De acuerdo.

—Siéntese.

—Con mucho gusto.

—¿Cómo va su informe?

—Lo tendré terminado para cuando me marche.

—¿Podría verlo antes de que se vaya?

—Cuando esté acabado. Pero dudo que le interese.

—Créame, me gustaría verlo lo antes posible. ¿Y el cuestionario del doctor Flynn?

—Gino, el día tiene las horas que tiene, incluso para un K-PAXiano.

—¿Sigue pensando en regresar a su planeta el diecisiete?

—Debo hacerlo.

—Sólo faltan treinta y ocho horas.

—Hoy está muy agudo, doctor.

—¿Iría Robert con usted?

—No lo sé.

—¿Por qué no?

—Sigue sin hablarme.

—¿Y si decide no acompañarle?

—Entonces habrá sitio para otra persona. ¿Quiere venir?

—Tal vez en otra ocasión. Ahora mismo tengo muchas cosas que hacer aquí.

—Me imaginaba que diría algo así.

—Dígame: ¿Cómo sabía que Robert querría irse con usted cuando llegó a la Tierra hace cinco años?

—Fue un presentimiento. Tenía la sensación de que deseaba dejar este mundo.

—¿Qué ocurrirá si ninguno de los dos se va ese día?

—Nada. Pero si no nos vamos entonces no podremos volver nunca a K-PAX.

—¿Sería eso tan terrible?

—¿Se quedaría usted aquí si pudiera regresar a su PLANETA?

—¿No puede enviar un mensaje diciendo que se retrasará un poco?

—Las cosas no funcionan de esa manera. Debido a la naturaleza de la luz... En fin, es una larga historia.

—Hay muchas razones para que se quede.

—Está perdiendo el tiempo —dijo bostezando.

Me habían dicho que llevaba tres días sin dormir para trabajar en su informe. Había llegado el momento de realizar mi último intento desesperado, y me pregunté si Freud había hecho algo así alguna vez.

—En ese caso me gustaría tomar con usted una copa.

—Si ésa es su costumbre —dijo con una sonrisa enigmática.

—Me imagino que preferirá algo afrutado.

—¿Está insinuando que soy una fruta?

—En absoluto.

—Era una broma, doc. Tomaré lo mismo que usted.

—Quédese ahí. No se mueva.

Entré en mi despacho, donde me estaba esperando con aire sardónico la señora Trexler con un carrito lleno de licores —whisky, ginebra, vodka, ron— y los acompañamientos habituales.

—Estaré aquí por si acaso necesita algo —murmuró.

Le di las gracias y regresé con el carrito a mi consulta.

—Creo que tomaré un whisky —comenté intentando aparentar que estaba tranquilo—. Antes de cenar suelo tomar un martini, pero en ocasiones especiales como ésta prefiero otra cosa. Aunque no hay muchas ocasiones especiales —añadí inmediatamente como si estuviera solicitando el cargo de director del hospital—. ¿Y usted?

—Lo mismo.

Puse dos whiskys bien cargados y le di uno a prot.

—*Bon voyage* —dije levantando mi vaso—. Para que tenga un buen viaje de vuelta.

—Gracias —respondió levantando el suyo—. Estoy deseando que llegue el momento.

No sabía cuánto tiempo llevaba sin beber, o si había bebido alguna vez, pero el primer sorbo pareció gustarle.

—Para serle sincero —le confesé—, K-PAX parece un lugar muy atractivo.

—Estoy seguro de que le gustaría.

—¿Sabe? Sólo he salido al extranjero dos o tres veces.

—También debería viajar más por su MUNDO. Es un PLANETA interesante.

Tomó un gran sorbo, pero se atragantó y estuvo un rato tosiendo. Mientras esperaba a que se recuperase me acordé del día que mi padre me enseñó a beber vino. No me gustaba nada, pero sabía que significaba el comienzo de la edad adulta, así que me tapé la nariz y lo tomé de un trago. Yo también me atraganté, y eché parte del borgoña en la alfombra de la sala, que sigue teniendo una mancha fantasmagórica. No

sé si llegó a perdonarme por aquello...

—No odia a su padre —dijo prot.

—¿Qué?

—Siempre ha culpado a su padre de sus propios errores. Y para eso ha tenido que odiarle. Pero en realidad no le ha odiado nunca. En el fondo le quiere.

—No sé quién le ha dicho todo eso, pero no sabe de qué está hablando.

Se encogió de hombros y se quedó callado. Pero después de unos cuantos tragos más (no volvió a atragantarse) siguió insistiendo:

—Así es como justifica el hecho de que haya desatendido a sus hijos para tener más tiempo para su trabajo, diciéndose a sí mismo que no quiere cometer los mismos errores que su padre.

—Yo no he desatendido a mis hijos.

—Entonces ¿por qué no sabe que su hijo es adicto a la cocaína?

—¿Cómo? ¿Quién?

—El más pequeño. «Chip.»

Había notado algunas cosas —un cambio radical de actitud, una reducción constante de ingresos— que decidí no tener en cuenta hasta que encontrara tiempo para afrontarlas. Como la mayoría de los padres no quería reconocer que mi hijo era drogadicto, y estaba posponiendo el momento de la verdad. Pero lo que más me dolía era tener que enterarme a través de uno de mis pacientes.

—¿Hay algo más que quiera decirme?

—Sí. Deje ya de una vez de torturar a su mujer y no cante en la ducha.

—¿Por qué?

—Porque lo hace fatal.

—Pensaré en ello. ¿Qué más?

—Russell tiene un cáncer de colon.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo huelo en su aliento.

—¿Alguna otra cosa?

—Eso es todo. Por ahora.

Mientras daba vueltas a lo que acababa de decirme tomamos unas cuantas copas más en completo silencio, que se rompió cuando alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dije en voz alta.

Era Giselle, que venía de la biblioteca. Prot sonrió y la saludó con la cabeza. Ella le agarró la mano y le besó en la mejilla antes de acercarse a mí y decirme al oído:

—Se llama Robert Porter. Eso es todo lo que hemos podido averiguar.

Luego se acomodó en la silla de la esquina y yo le ofrecí una copa, que aceptó de buen grado. Durante un rato charlamos los tres de temas intrascendentes. Prot se lo estaba pasando en grande. Después de su cuarto whisky, cuando comenzó a reírse por

cualquier cosa, vociferé:

—¡Robert Porter! ¿Puede oírme? ¡Sabemos quién es!

Prot se quedó sorprendido, pero enseguida se dio cuenta de lo que estaba haciendo y, visiblemente afectado por el alcohol, respondió con cierta dificultad:

—Sse lo he dicho muchas veces. No quiere hablar.

—Inténtelo otra vez.

—Ya lo he hecho. Tiene que creerme. ¿Qué más puedo hacer?

—Puede quedarse —exclamó Giselle.

—No puedo —dijo con tristeza volviéndose lentamente hacia ella—. Esss ahora o nunca.

—¿Por qué?

—Como ya le he explicado al doctor bre... brewer, me me esperan. La ventana está abierta. Ssólo puedo volver el diecisiete de agosto. A las 3.31 de la mañana.

La dejé continuar. No podía hacerlo peor que yo.

—Pero aquí no se está tan mal, ¿verdad que no?

Prot se quedó callado un momento con una expresión de asombro y fastidio mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas para que ella le comprendiera. Por fin dijo:

—Se equivoca.

Giselle bajó la cabeza. Yo le serví otra copa y jugué mi última baza.

—Prot, yo también quiero que se quede.

—¿Por qué?

—Porque le necesitamos aquí.

—¿Para qué?

—Cree que la Tierra no es un buen lugar. Pero puede ayudarnos a mejorarlo.

—¿Cómo?

—Bueno, por ejemplo, aquí en el hospital ha ayudado a mucha gente. Y hay otros muchos seres a los que puede ayudar si se queda. En la Tierra tenemos muchos problemas. Todos le necesitamos.

—Pueden ayudarse a sí mismos si lo desean de verdad.

—Robert le necesita. Su amigo le necesita.

—No es cierto. Ni siquiera me hace caso ya.

—Porque es un ser independiente con ideas propias. Pero le gustaría que se quedara, lo sé.

—¿Cómo lo sabe?

—Pregúnteselo.

Prot parecía desconcertado y cansado. Cerró los ojos y al inclinar el vaso derramó parte de la bebida en la alfombra. Cuando los volvió a abrir al cabo de un rato estaba completamente sobrio.

—¿Qué le ha dicho?

—Que ya he perdido aquí bastante tiempo. Quiere que me vaya y le deje en paz.

—¿Qué le ocurrirá cuando se vaya? ¿Ha pensado en ello?

—Eso depende de usted —respondió con su habitual sonrisa burlona.

—Prot, por favor. Yo también quiero que se quede —dijo Giselle con lágrimas en los ojos.

—Siempre puedo volver.

—¿Cuándo?

—Pronto. Dentro de unos cinco años. El tiempo pasa volando.

—¿Cinco años? —exclamé sorprendido—. Pensaba que volvería mucho antes.

Prot me miró con una profunda tristeza.

—Debido a la naturaleza del tiempo... En fin, hay unos convenios para los viajes espaciales. Intentaría explicárselo, pero estoy muy cansado.

—Lléveme con usted —le suplicó Giselle.

Él la miró con una compasión indescriptible.

—Lo siento. Pero la próxima vez...

Ella se levantó y le abrazó.

—Prot —dije mientras vaciaba la botella de whisky en su vaso y el de Giselle—. ¿Y si le dijese que K-PAX no existe?

—¿Quién es ahora el loco? —respondió.

Cuando Jensen y Kowalski llevaron a Prot a su habitación, donde durmió cinco horas seguidas, Giselle me contó lo que había averiguado sobre Robert Porter. No era mucho, pero explicaba por qué no habíamos podido localizarle antes. Después de revisar cientos de periódicos antiguos ella y su amiga encontraron la esquila del padre de Robert, Gerald Porter, y de ese modo se enteró de que vivían en Guelph, Montana. Entonces se acordó de algo que había descubierto hace tiempo sobre un asesinato/suicidio que había ocurrido allí en agosto de 1985, y llamó al sheriff del condado donde había tenido lugar el incidente. Por lo visto no se llegó a encontrar el cuerpo del suicida, pero debido a un error burocrático se registró como un ahogamiento y no como una desaparición.

El hombre al que Robert mató había asesinado a su mujer y a su hija. La madre de Robert se fue del pueblo poco después de la tragedia para vivir con su hermana en Alaska. La policía no tenía la dirección. Giselle quería ir a Montana para intentar averiguar dónde había ido y para conseguir fotografías de la mujer y la hija y cualquier tipo de documento que pudiera resultarnos útil. Le di un adelanto para el viaje y le aseguré que le pagaríamos todos los gastos.

—Me gustaría verle antes de irme —dijo.

—Es muy probable que esté durmiendo.

—Sólo quiero mirarle unos minutos.

Lo entendí perfectamente. A mí también me gusta mirar a Karen mientras duerme con la boca abierta haciendo ruiditos con la garganta.

—No le deje marcharse hasta que la encuentre —me suplicó mientras salía de mi despacho.

No recuerdo bien qué hice el resto del día, aunque al parecer me quedé dormido durante una reunión del comité. Lo que sí sé es que me pasé toda la noche dando vueltas y pensando en prot, en Chip y en mi padre. Me sentía atrapado en medio de ninguna parte esperando repetir los errores del pasado una y otra vez sin poder evitarlo.

A la mañana siguiente llamó Giselle desde Guelph. Me dijo que, efectivamente, una de las hermanas de Robert vivía en Alaska, y la otra en Hawai. La familia de Sarah no tenía su dirección, pero Giselle se había puesto en contacto con un amigo suyo que trabajaba en Northwest Airlines para intentar averiguar dónde había ido la madre de Robert cuando se marchó de Montana. También había conseguido fotografías y documentos escolares de él y de su mujer gracias a la madre de Sarah y al director del instituto, que había pasado buena parte de la noche anterior revisando con ella los archivos.

—Encuentre a su madre —le dije—. Pero antes de continuar envíe por fax todas las fotografías y el resto de las cosas.

—Deberían estar ya sobre su mesa.

Cancelé mi entrevista con el comité de personal. Yo era el último candidato para el cargo de director, y a Villers no le hizo ninguna gracia.

Había fotos de Robert desde párvulos hasta su graduación, con una leyenda en el anuario que decía «Todos los grandes hombres están muertos y yo no me siento bien», junto con otras del equipo de lucha y varias de fiestas y excursiones. Había copias de su partida de nacimiento, su cartilla de vacunación, su expediente académico (sobresalientes y notables), una citación para el concurso del latín del condado y su diploma. También había fotografías de sus hermanas, que se habían graduado varios años antes, y algunos datos sobre ellas. Y una de Sarah, una rubia vivaracha vestida de animadora en un partido de baloncesto. Por último había una foto de toda la familia, muy sonriente, delante de su nueva casa en el campo. Por la edad de la niña debieron sacarla poco antes de que ocurriera la tragedia. La señora Trexler me trajo un café mientras la estaba mirando. Se la enseñé y le dije que eran su mujer y su hija, y que alguien las había matado. De repente se echó a llorar y salió corriendo. Entonces pensé que se preocupaba por los pacientes más de lo que parecía. Mucho después, al ojear su ficha cuando iba a jubilarse, me enteré de que a su hija la habían violado y asesinado hacía cuarenta años.

Fui a comer a la segunda planta y establecí una norma: los gatos no podían estar en la mesa. Me senté enfrente de la señora Archer, que ahora comía siempre en el comedor. Estaba flanqueada por prot y Chuck, que charlaban animadamente con ella. Después de mirar a ambos lados con indecisión levantó una cucharada de sopa, se la acercó a la boca y de repente la sorbió haciendo un ruido que se oyó en toda la planta. Luego cogió un puñado de *crackers* y los desmenuzó con energía en su plato. Para cuando terminó de comer tenía toda la cara manchada de sopa.

—Siempre he querido hacerlo —dijo complacida.

—La próxima vez eructe —le dijo Chuck.

Me pareció que Bess esbozó una sonrisa, aunque es posible que fuera una ilusión por mi parte.

Después de comer volví a mi despacho y le dije a la señora Trexler, que ya había recuperado la compostura, que cancelara todas las citas que tenía para ese día. Masculló algo incomprensible sobre los médicos, pero accedió a hacerlo. Después fui a buscar a prot.

Estaba en el salón, rodeado de todos los pacientes y los empleados de las dos primeras plantas. Incluso Russell, que había tenido una especie de revelación después de comprender que prot era el responsable de que María hubiese decidido meterse a monja, estaba allí. Al verme exclamó:

—El Maestro ha anunciado que se acerca el momento de su partida.

—Todavía no, Russ —dije yo—. Antes tengo que hablar con él. ¿Nos disculpan, por favor?

Tuve que asegurarles que regresaría enseguida para acallar un coro de protestas. Mientras íbamos hacia su habitación comenté:

—Harían cualquier cosa que les pidiera. ¿A qué cree que se debe?

—A que hablo con ellos de igual a igual. Es algo que los médicos parecen incapaces de hacer. Yo les escucho de verdad.

—Yo también les escucho.

—Usted les escucha de diferente manera. Le importan menos sus problemas que los artículos y los libros que saca de ellos. Por no hablar de su sueldo, que es demasiado alto.

En eso se equivocaba, pero no pensaba discutir sobre ese asunto.

—Tiene parte de razón, pero debo tener esa actitud para ayudarles.

—Y si lo cree así entonces debe ser cierto, ¿no?

—De eso precisamente quería hablar con usted.

Era la primera vez que entraba en su habitación desde que había desaparecido la

vez anterior. Aparte de las libretas que estaban extendidas sobre la mesa no había muchas cosas más.

—Tengo algunas fotografías y unos documentos que quiero enseñarle —dije apartando su informe y abriendo mi carpeta después de separar un par de fotos.

Miró sus fotografías y los certificados de nacimiento y graduación.

—¿De dónde las ha sacado?

—Me las ha enviado Giselle. Las encontré en Guelph, Montana. ¿Reconoce al muchacho?

—Sí. Es Robert.

—No. Es usted.

—Me parece que ya hemos hablado de eso.

—Sí, pero entonces no tenía ninguna prueba de que usted y Robert fueran la misma persona.

—Y no lo somos.

—Entonces, ¿cómo explica que se parezcan tanto?

—¿Por qué son redondas las pompas de jabón?

—Lo que quiero decir es que son exactamente iguales.

—Ni mucho menos. Él es más delgado y tiene la piel más clara que yo. Mis ojos son sensibles a la luz, y los suyos no. Somos tan diferentes como usted y su amigo Bill Siegel.

—No. Robert es usted. Usted es Robert. Los dos forman parte del mismo ser.

—Se equivoca. Yo ni siquiera soy humano. Sólo somos amigos íntimos. Si no fuera por mí él habría muerto.

—Como usted. Lo que le sucede a él le sucede también a usted. ¿Comprende lo que le digo?

—Es una hipótesis interesante —comentó mientras escribía algo en una de sus libretas.

—¿Recuerda que me dijo que el universo iba a expandirse y a contraerse una y otra vez para siempre?

—Naturalmente.

—También dijo que en el periodo de contracción el tiempo retrocedería, pero que no nos daríamos cuenta porque sólo tendríamos recuerdos del pasado y no sabríamos nada del futuro. ¿Se acuerda?

—Por supuesto.

—Pues lo mismo ocurre en este caso. Desde su perspectiva Robert es otro individuo. Desde la mía es evidente que usted y Robert son la misma persona.

—No ha comprendido bien el concepto. Da igual que el tiempo avance o retroceda; la percepción es la misma.

—¿Y?

—Por lo tanto da igual que tenga razón o no.

—Pero ¿reconoce que es posible que tenga razón?

—Lo haré si usted reconoce que es posible que yo venga de K-PAX —dijo con una gran sonrisa.

Bajo su punto de vista no había ninguna duda sobre su origen. Con un poco más de tiempo podría haberle convencido de que no era cierto. Pero no había más tiempo. Entonces saqué de mi bolsillo las fotografías de Sarah y Rebecca.

—¿Las reconoce?

Pareció sobresaltarse, pero sólo durante un instante.

—Son su mujer y su hija.

—¿Y ésta?

—Es una foto de sus padres.

—Giselle está intentando localizar a su madre y a su hermana en Alaska. Va a intentar traer aquí a su madre. Por favor, prot, no se vaya hasta que hable con ella.

—¿Cuántas veces tengo que decirle que debo marcharme a las 3.31 de la mañana? No hay nada que pueda hacer al respecto —replicó levantando los brazos.

—La traeremos en cuanto podamos.

Sin mirar el reloj afirmó:

—Muy bien. Tienen exactamente doce horas y ocho minutos.

Aquella noche Howie y Ernie dieron a prot una fiesta de despedida en la sala de ocio con muchos regalos para su amigo «alienígena», recuerdos de su visita a la Tierra: discos, flores y todo tipo de frutas y verduras. La señora Archer tocó unas melodías populares al piano acompañada por Howie al violín. Había gatos por todas partes.

Chuck le dio una copia de *Los viajes de Gulliver* que había cogido de las estanterías de la sala de lectura. Entonces recordé que prot me había dicho que el cuento (de la Tierra) que más le gustaba era *El traje del emperador*. Por cierto, sus películas favoritas eran *Ultimátum a la Tierra*, *2001*, *ET*, *Starman*, *El hombre de las estrellas* y, por supuesto, *Bambi*.

Hubo muchos besos y abrazos, pero también detecté cierta tensión. Todos estaban nerviosos y emocionados. Por fin Chuck preguntó quién iría con él. Con aquellos ojos bizcos no estaba seguro si estaba mirando a prot o a mí. Pero prot respondió:

—Será el primero que se duerma.

Inmediatamente se pusieron en fila para darle el último abrazo, y después fueron corriendo a sus habitaciones y le dejaron solo para que terminara su informe y se preparase para el viaje. Todos intentaron desesperadamente quedarse dormidos con imágenes de yorts en su cabeza.

Yo le dije que tenía algunas cosas que hacer, pero que pasaría a despedirme antes

de que se fuera. Luego me retiré a mi despacho.

Hacia las once llamó Giselle, que había conseguido la dirección de la hermana de Robert en Alaska. Por desgracia había muerto en septiembre del año anterior, y su madre se había ido a vivir con la otra hermana. Giselle había intentado ponerse en contacto con ella, pero sin éxito.

—Es demasiado tarde para llevarla a Nueva York a tiempo —dijo—, pero si la encontramos podría llamarle.

—Dése prisa —le dije.

Durante las tres horas siguientes intenté trabajar mientras escuchaba *Manon Lescaut* en mi radiocasete. En el tercer acto Manon y Des Grieux parten hacia el Nuevo Mundo, y al oírlo comprendí por qué me gusta tanto la ópera: en ella se puede encontrar todo lo que los seres humanos son capaces de sentir, toda la alegría y la tristeza de la vida, todas sus experiencias y emociones.

Mi padre también debió haber sentido esto. Aún puedo verle tumbado en el sofá de la sala los domingos por la tarde escuchando las retransmisiones del Metropolitan. Cómo me hubiese gustado que estuviera vivo para hablar con él de música, de sus nietos y del resto de las cosas que hacen que la vida sea interesante y agradable. Intenté visualizar un universo paralelo en el que no hubiera muerto y yo fuera un famoso cantante de ópera, y me imaginé cantando para él algunas de sus arias favoritas mientras mi madre nos preparaba una gran cena.

Debí quedarme dormido. Soñé que estaba en un lugar desconocido donde el cielo púrpura estaba lleno de lunas y pájaros, y la tierra cubierta de árboles y florecillas verdes. A mis pies había un par de escarabajos enormes con ojos humanoides, entre los que se deslizaba una serpiente, ¿o era un gusano grande? A lo lejos veía campos de cereales rojos y amarillos, y divisé varios elefantes pequeños y otros animales que deambulaban por allí. Unas cuantas criaturas con aspecto de chimpancés se perseguían por un bosque cercano. Era todo tan hermoso que comencé a llorar. Pero lo más impresionante era el silencio. Había tanta paz que pude oír el suave tañido de unas campanas en la lejanía. Parecía que estaban diciendo: «gene, gene, gene...».

Me desperté sobresaltado. El reloj estaba dando las tres. Bajé a toda prisa a la habitación de prot y le encontré en su mesa escribiendo frenéticamente en su libreta. Al parecer estaba intentando acabar el informe sobre la Tierra y sus habitantes antes de partir hacia K-PAX, y por lo visto lo había dejado para el último momento, como cualquier ser humano. A su lado estaban sus frutas, un par de tallos de brócoli, un tarro de crema de cacahuete, las redacciones y otros recuerdos, todo ello bien empaquetado en una caja de cartón pequeña. En la mesa, junto a sus libretas, había una linterna, un espejo de mano y la lista de preguntas del doctor Flynn. Los seis gatos de la primera planta estaban dormidos en la cama.

Le pregunté si le importaba que mirara las respuestas del cuestionario. Sin dejar

de escribir asintió con la cabeza y me indicó que me sentara en la otra silla.

Algunas preguntas, como la de la energía nuclear, las había dejado sin contestar por razones que me había explicado en varias entrevistas. En la última le pedían una lista de todos los planetas del universo que había visitado, y él remitía a un «Apéndice» donde figuraban un total de sesenta y cuatro. Este inventario incluía una breve descripción de esos planetas y sus habitantes, así como una serie de mapas estelares. No era todo lo que esperaban el profesor Flynn y sus colegas, incluido Steve, pero sin duda les mantendría ocupados durante un tiempo.

Hacia las 3.10 dejó caer el lapicero, bostezó y se estiró sonoramente como si acabara de terminar un trabajo rutinario.

—¿Puedo verlo?

—¿Por qué no? Pero si quiere leerlo será mejor que haga una copia ahora mismo; es la única que tengo.

Llamé a uno de los enfermeros del turno de noche y le dije que buscara ayuda y usara todas las fotocopadoras que estuvieran disponibles. Salió apresuradamente agarrando las libretas como si fueran huevos. Entonces se me ocurrió que podíamos retrasar el proceso, pero rechacé la idea al darme cuenta de que podría empeorar las cosas.

Me imaginé que el informe sería una descripción más bien negativa de la «visita» de prot a la Tierra, y le pregunté:

—¿Hay algo de nuestro planeta que le guste? Además de la fruta, por supuesto.

—Claro —dijo con su habitual sonrisa—. Todo salvo la gente. Con una o dos excepciones, naturalmente.

No quedaba mucho por decir. Le di las gracias por sus interesantes conversaciones y por su éxito con algunos otros pacientes. A su vez él me agradeció «todas las frutas extraordinarias» que le había ofrecido y me entregó el hilo invisible. Yo simulé cogerlo.

—Siento que se vaya —dije estrechándole la mano aunque lo que quería era abrazarle—. Yo también le debo mucho.

—Gracias. Echaré de menos este lugar. Tiene un gran potencial.

En ese momento pensé que se refería al hospital, pero sin duda alguna estaba hablando de la Tierra.

El enfermero volvió corriendo con las fotocopias unos minutos antes de la hora prevista, y yo le devolví a prot las notas originales, un poco revueltas pero intactas.

—Justo a tiempo —dijo—. Pero ahora tendrá que salir de la habitación. Cualquiera que haya a mi lado será arrastrado conmigo. Es mejor que se los lleve —añadió señalando a los gatos.

Yo decidí seguirle la corriente. Al fin y al cabo no había nada que pudiera hacer. Eché de la cama a los gatos, que se restregaron uno por uno contra sus piernas antes

de huir corriendo para buscar otro refugio.

—Adiós, viajero Porter. Tenga cuidado con los aps.

—Adiós no. Simplemente *auf wiedersehen*. No tardaré en volver —dijo mirando al cielo—. Después de todo, K-PAX no está tan lejos.

Al salir de la habitación dejé la puerta abierta. Ya había dado instrucciones al personal de enfermería para que estuviera allí por si acaso ocurría algo, y vi al doctor Chakraborty en el pasillo con un carrito de primeros auxilios que contenía un respirador y todo lo necesario. Sólo faltaban un par de minutos para la partida de prot.

La última vez que le vi estaba sentado en su mesa ordenando su informe y probando la linterna. Luego puso en su regazo la caja con la fruta y los demás recuerdos, cogió el espejo y se miró en él. En ese momento vino corriendo uno de los guardias de seguridad y me dijo que tenía una llamada urgente. ¡Era la madre de Robert! Y en ese mismo instante llegó Chuck casi sin aliento con su vieja maleta diciendo que quería «subir a bordo». A pesar de todo este jaleo no aparté los ojos de prot más de un par de segundos. Pero cuando me di la vuelta para decirle lo de la llamada ya había desaparecido.

Entonces entramos todos rápidamente en la habitación. El único rastro que había de él eran sus gafas oscuras y una nota que decía: «Durante un tiempo no me harán falta. Guardádmelas, por favor».

Guiado por el presentimiento de que prot se había escondido en el almacén cuando dijo que había estado en Canadá, Groenlandia e Islandia, fuimos corriendo hacia allí. La puerta estaba cerrada, y el guardia de seguridad tuvo algunas dificultades para encontrar la llave. Esperamos pacientemente —yo estaba seguro de que prot estaría dentro— hasta que por fin consiguió abrir la puerta y encontró el interruptor de la luz. Había un montón de trastos llenos de polvo como para abrir un museo, pero ni rastro de prot. Tampoco estaba escondido en el salón de actos ni en la sala de conferencias, ni en ningún otro lugar donde pensamos que podía haberse ocultado. A nadie se le ocurrió mirar en las habitaciones de los otros pacientes.

Una de las enfermeras le encontró unas horas después, inconsciente y en posición fetal, en el suelo de la habitación de Bess. Sus ojos apenas se dilataban y tenía los músculos agarrotados. Reconocí los síntomas inmediatamente —había otros dos pacientes como él en la tercera planta—: estaba en un profundo estado catatónico. Prot se había ido y Robert se había quedado. Había previsto que ocurriría algo así. Lo que no me imaginaba es que ese mismo día también iba a desaparecer Bess.

Giselle encargó a un criptógrafo que conocía que tradujera el informe, para lo cual se basó en la versión pax-o de *Hamlet* que prot me había dado. Se titulaba

«Observaciones preliminares de B-TIK (RX 4987165.233)» y era una descripción detallada de la historia natural de la Tierra, sobre todo de los cambios más recientes, que él atribuía al crecimiento «cancerígeno» de la población, al consumo «irresponsable» de los recursos naturales y a la superioridad «catastrófica» del hombre sobre el resto de las especies que habitan en el planeta. Como tenía por costumbre, había escrito con mayúsculas los nombres de la Tierra y otros planetas y con minúsculas los de las personas.

También había algunas sugerencias para «tratar» nuestras «enfermedades» sociales: la eliminación de las religiones, el capital, el nacionalismo, la familia como unidad básica social y educativa; es decir, todo lo que él creía que era negativo y, paradójicamente, las cosas a las que la gente suele dar más importancia. Sin estos «ajustes», decía, el «pronóstico» no era nada bueno. De hecho, sólo nos daba otra década para hacer los cambios «necesarios». En caso contrario, concluía, «la vida humana en el PLANETA TIERRA no sobrevivirá más de un siglo». Sin embargo las últimas cuatro palabras eran alentadoras en cierto sentido: *Oho minny blup kelsur* (son todavía unos niños).

Epílogo

La madre de Robert llegó con Giselle al día siguiente y se quedó hasta el fin de semana, pero él no pareció reconocerla. Era una mujer encantadora, aunque estaba un poco desconcertada por lo que le había ocurrido a su hijo, como todos nosotros, y no sabía nada de la existencia de prot. Le dije que no era necesario que se quedara más tiempo, y le prometí que me pondría en contacto con ella si había algún cambio. La dejé en el aeropuerto de Newark antes de salir hacia los Adirondacks con Chip, que reconoció entre lágrimas su adicción a la cocaína cuando le planteé el asunto, para reunirme con Karen, Bill, su mujer y su hija.

Eso fué hace casi cinco años. Me gustaría poder decir que un buen día, durante ese tiempo, Robert se levantó y preguntó si había algo de fruta. Pero a pesar de nuestros esfuerzos y una atención constante aún continúa en un profundo estado catatónico. Como la mayoría de los catatónicos es muy probable que oiga todo lo que decimos, pero es incapaz de responder, o se niega a hacerlo. Puede que con paciencia y amabilidad por nuestra parte acabe recuperándose. Cosas más raras han sucedido. Hemos tenido algunos pacientes que se han «despertado» después de «dormir» durante veinte años. Mientras tanto, lo único que podemos hacer es esperar.

Giselle viene a visitarle casi todas las semanas, y solemos comer juntos mientras hablamos de nuestras vidas. Ahora está buscando documentación para escribir un libro sobre los elevados índices de mortalidad infantil en Estados Unidos. Su artículo sobre las enfermedades mentales en el que se menciona a prot y algunos otros pacientes apareció en un número especial de *Conundrum* dedicado a la salud. Como consecuencia de ese reportaje hemos recibido miles de cartas de gente que nos pide más información sobre K-PAX; muchos de ellos quieren saber cómo se llega allí. Y un productor de Hollywood ha solicitado nuestro permiso para hacer una película sobre la vida de Robert. No sé si saldrá algo de todo esto, pero, gracias a los esfuerzos de Giselle, la información que nos dio la madre de Robert, mis conversaciones con prot y la colaboración de las autoridades de Montana, ahora sabemos con bastante claridad qué sucedió entre el dieciséis y el diecisiete de agosto de 1985. En primer lugar he aquí algunos datos biográficos.

Robert Porter nació en Guelph, Montana, en 1957. Poco después su padre, que trabajaba en un matadero, se quedó incapacitado cuando un novillo se desató y cayó sobre él. Con terribles dolores el resto de su vida, y sin poder soportar la luz intensa, pasaba muchas horas con su hijo, un muchacho feliz y lleno de energía al que le gustaban los rompecabezas, los libros y los animales. Nunca se recuperó de sus heridas y falleció cuando Robert tenía seis años.

Su padre especulaba a menudo con la posibilidad de que hubiera formas de vida

en las estrellas, y Robert se inventó un nuevo amigo de un planeta lejano donde la gente no moría tan pronto. Durante algunos años Robert sufrió varios ataques de depresión, en los que llamaba a «prot» para que le ayudara, pero nunca fue hospitalizado ni recibió ningún tipo de tratamiento.

Su madre comenzó a trabajar en la cafetería de la escuela, donde no ganaba mucho, y la familia, que también incluía a dos hermanas, tenía que hacer equilibrios para vivir. Los lujos, como la fruta fresca, escaseaban. En sus ratos libres iban a pasear por la orilla del río y los bosques cercanos, y así es como Robert empezó a interesarse por la flora, la fauna y la Naturaleza en general.

Era un buen estudiante, siempre dispuesto a echar una mano a los demás. En otoño de 1974, cuando estaba en el último curso del instituto, Robert recibió la medalla de servicio a la comunidad del Guelph Rotary Club, y ese mismo año le nombraron capitán del equipo universitario de lucha. En la primavera de 1975 le concedieron una beca de la universidad estatal para estudiar biología. Pero su novia, Sarah Barnstable, se quedó embarazada, y Robert se sintió obligado a casarse con ella y a buscar un empleo para mantener a su nueva familia. Irónicamente, el único trabajo que pudo encontrar fue el que había matado a su padre doce años antes.

Para complicar aún más las cosas su mujer era católica, y el matrimonio mixto estigmatizó a la pareja ante los ojos de los habitantes del pueblo, entre los que apenas tenían amigos. Este factor pudo influir en su decisión de trasladarse a un valle aislado a varios kilómetros de distancia.

Una tarde de agosto de 1985, mientras Robert estaba maceando novillos en el matadero, apareció un intruso en casa de los Porter. La madre y la hija estaban en el jardín trasero refrescándose bajo el aspersor. El hombre, un forastero al que habían arrestado y puesto en libertad en numerosas ocasiones por varios delitos, entre ellos robo con allanamiento de morada, robo de coches y abuso de menores, entró en la casa por la puerta principal, que estaba abierta, y observó a Sarah y a la pequeña Rebecca desde la ventana de la cocina hasta que la niña decidió entrar, probablemente para ir al cuarto de baño. Fue entonces cuando el intruso la atacó. Al oír los gritos de su hija la madre corrió hacia la casa, donde las dos fueron violadas y asesinadas a pesar de que Sarah le arañó en la cara y casi le arranca una oreja.

Robert llegó a casa justo cuando el hombre salía. Cuando vio al marido y padre de sus víctimas volvió a entrar para escapar por la puerta trasera. Al darse cuenta de que ocurría algo Robert siguió al intruso corriendo, pasó junto a los cuerpos ensangrentados de su mujer y su hija que estaban en el suelo de la cocina y salió al jardín, donde alcanzó al asesino y, con la fuerza de un macero y la técnica de un experto en la lucha, le partió el cuello. El aspersor seguía encendido, y así se quedó hasta que la policía lo apagó al día siguiente.

Luego entró de nuevo en su casa, llevó a su mujer y a su hija a sus habitaciones,

las tapó con mantas, lavó y secó sus trajes de baño, limpió la sangre del suelo y, después de despedirse por última vez, se dirigió hacia el río, donde se quitó la ropa y se tiró al agua en un aparente intento de suicidio. Aunque no encontraron su cuerpo la policía llegó a la conclusión de que se había ahogado, y el caso se cerró oficialmente.

La corriente debió arrastrarle a la orilla en algún punto río abajo, y en ese momento dejó de ser Robert para convertirse en «prot» (posiblemente derivado de «Porter»), quien deambuló por el país durante cuatro años y medio antes de que le detuvieran en la terminal de autobuses de Nueva York. Cómo vivió todo ese tiempo es un misterio, pero yo sospecho que pasó muchas horas en bibliotecas públicas estudiando la geografía y la lenguas de muchos países del mundo que nunca llegó a visitar. Es probable que también durmiera allí, aunque no me imagino cómo conseguía ropa y comida.

Pero ¿quién era prot? ¿Y de dónde había sacado esa extraña idea de un mundo sin gobierno, dinero, sexo y amor? En mi opinión esta personalidad secundaria era capaz de utilizar zonas y funciones cerebrales a las que los demás no podemos acceder, con la posible excepción de los que padecen el síndrome del sabio y algunos otros trastornos. Con esa habilidad, debió pasar gran parte de su tiempo desarrollando su concepto de un mundo idílico en el que las cosas que habían arruinado la vida de su «amigo» Robert no podían ocurrir. Su visión de esa existencia utópica era tan intensa que, con los años, se imaginó hasta los más pequeños detalles y llegó a crear un idioma propio. Incluso adivinó de algún modo las características de sus soles y la trayectoria de las estrellas más cercanas, así como las de algunos otros planetas que aseguraba haber visitado (todos los datos que le proporcionó al doctor Flynn eran correctos).

En su mundo imaginario los padres no se morían mientras sus hijos eran pequeños. Prot solucionó este problema de dos maneras: los niños K-PAXianos apenas ven a sus padres o no saben quiénes son; y al mismo tiempo se sienten aliviados al saber que vivirán alrededor de mil años.

Era un mundo sin sexo ni amor, esas necesidades humanas que pueden destruir vidas y carreras prometedoras. Y lo que es más importante: sin amor no puede haber pérdidas; sin sexo no puede haber delitos sexuales. Era un mundo en el que ni siquiera había agua, que se podría utilizar para regar el césped con aspersores.

En este lugar idealizado tampoco había dinero de ningún tipo, cuya necesidad había obligado a Robert a renunciar a la universidad y a pasar el resto de su vida destruyendo a las criaturas que amaba en el mismo trabajo que había matado a su padre. Como consecuencia, en su planeta idílico no se sacrificaba ni se explotaba a los animales.

Era un mundo sin Dios ni religiones. Por culpa de esas creencias Sarah no había usado anticonceptivos, y después el «matrimonio mixto» había sido marginado por la

comunidad. Sin religión no podían surgir ese tipo de problemas. También es posible que pensara que lo que les ocurrió a la mujer y la hija de Robert, así como a su padre, estaba en contra de la existencia de Dios.

Por último, tenía que ser un mundo sin escuelas, sin países, sin gobiernos ni leyes, que en opinión de prot no habían servido de nada para resolver los problemas personales y sociales de Robert. Ninguno de los seres de su planeta imaginario se dejaban llevar por la ignorancia y la codicia que, bajo su punto de vista, dominaban a los seres humanos de la Tierra.

Al principio no dejaba de preguntarme: si la situación de Robert era insoportable, ¿por qué no se fue con su mujer embarazada a otra región del Estado o del país para buscar trabajo y evitar la intolerancia local? Fue Giselle, que también procedía de un pueblo pequeño, quien me recordó que los jóvenes de todo Estados Unidos, condicionados por los vínculos familiares y las necesidades económicas, aceptan empleos que aborrecen y se quedan en el mismo lugar el resto de su vida, matando el tiempo libre con cerveza, deportes y culebrones.

A pesar de esta triste perspectiva, es posible que sin la tragedia que tuvo lugar entre el dieciséis y el diecisiete de agosto de 1985 Robert hubiera sido feliz con su mujer y su hija. Sin duda alguna tenían unos sólidos lazos familiares, tanto entre ellos como con sus respectivas familias. Pero aquel día sucedió algo terrible que acabó de hundir a Robert. Y llamó a su álter ego por última vez para que le ayudara a superar ese horror indescriptible.

Pero esa vez prot no pudo curar las heridas, al menos no en la Tierra, donde la violación y el asesinato tienen la misma importancia que cualquier programa de televisión. En la mente de prot, el único lugar donde se podían negar esos crímenes era el mundo imaginario que él había creado, en el que estaban excluidas la violencia y la muerte. Un hermoso planeta llamado K-PAX, donde no existen ni la tristeza ni el dolor.

Pasó los cinco años siguientes intentando convencer a Robert para que fuera allí con él. Pero éste, devastado por el sufrimiento y la culpabilidad, se fue encerrando cada vez más en su propio mundo, al que ni siquiera prot tenía acceso.

Lo que no está claro es por qué decidió «regresar» al cabo de este tiempo, sobre todo teniendo en cuenta que sus anteriores visitas habían sido bastante más cortas. Quizá se dio cuenta de que le costaría mucho convencer a Robert para que le acompañara y acabó descubriendo que ni siquiera el plazo de cinco años que se había marcado sería suficiente. En cualquier caso prot abandonó este mundo (a efectos prácticos) el día previsto, y Robert continúa con nosotros en la tercera planta.

Los empleados y los pacientes le llevan fruta todos los días, y hace poco yo traje un cachorro dálmata, que no se separa de él excepto para salir al jardín, aunque no parece importarle. Yo le hablo de los pacientes que han ido llegando en los últimos

cinco años, entre los que hay un nuevo Jesucristo, al que Russell recibió en la segunda planta con un «Hace tiempo, yo era tú». Al llegar a todos les hablan de la «leyenda de K-PAX», que junto con el hilo invisible llena este lugar de sonrisas y esperanza y hace que nuestro trabajo sea un poco más fácil.

También le mantengo informado de las actividades de Ernie y Howie, que salieron del hospital y ahora llevan una vida muy productiva, Ernie como asesor de servicios sociales y Howie como violinista en una orquesta de cámara de Nueva York. El primero, que nunca había besado a una mujer por miedo a contaminarse, está ahora comprometido para casarse. Ambos pasan por el IPM con frecuencia para saludarme a mí, a Robert y a los demás pacientes, y Howie ha tocado para nosotros en muchas ocasiones.

También le he hablado de la boda de Chuck y la señora Archer, que comparten una habitación en la segunda planta. No porque tengan que estar en esa sección, sino porque han decidido esperar allí a que prot regrese. La señora Archer, a quien ya nadie llama «la duquesa», parece mucho más joven, pero no sé si es por la boda o porque ha dejado de fumar. Y de su decisión de «adoptar» a María, que está en un convento de Queens y es la novicia más feliz del mundo. Ya no tiene insomnio ni dolores de cabeza, y ninguna de sus identidades secundarias ha vuelto a aparecer desde que salió del hospital.

Russell viene a rezar con Robert todos los días. Se ha recuperado totalmente de la operación en la que le extirparon un tumor que tenía en el colon, y de momento no parece que se vaya a reproducir.

Ed también está bien. Apenas ha tenido arrebatos de violencia desde que se marchó prot, y le hemos trasladado a la segunda planta. Pasa la mayor parte del tiempo cuidando las flores del jardín con *La Belle*.

Todos ellos esperan con paciencia a que prot regrese y les lleve a K-PAX. Excepto Whacky, que hace poco se reconcilió con su antigua novia cuando el marido de ésta volvió a la cárcel para pasar una larga temporada. Que yo sepa nadie le ha hablado a Robert de esto, pero es posible que lo sepa, como sin duda alguna lo habría sabido prot.

Quizá sepa también que la señora Trexler está ya retirada. Siguiendo mi consejo ha estado viendo a un psicoanalista, y dice que nunca se había sentido en paz consigo misma como ahora.

Y que Betty McAllister se quedó embarazada poco después de la partida de prot y ahora es madre de unos trillizos. Si él tuvo algo que ver con esto no puedo decirlo.

Naturalmente, también le he contado que mi hija Abby, ahora que los niños van a la escuela, trabaja como editora en una revista de Princeton llamada *Animal Rights Forum*; a prot le habría gustado. Y que Jenny, que es residente de medicina interna en Stanford, piensa quedarse en California para trabajar con enfermos de SIDA en la

zona de San Francisco. Sus preferencias sexuales y su poca inclinación a darnos nietos no tienen ninguna importancia comparadas con su dedicación y su deseo de ayudar a los demás, y estoy muy orgulloso de ella. Al igual que de Freddy, que ahora mismo está actuando en un musical de Broadway. Vive en Greenwich Village con una bella bailarina, y últimamente le vemos mucho más que cuando era piloto.

Pero de quien más orgulloso estoy es de Will (ya no quiere que le llamen «Chip»), que está interesado por la hija de Bill y Eileen Siegel y la llama todos los días, para deleite de la compañía telefónica. Le he traído al hospital un par de veces para que vea lo que hace su padre para ganarse la vida, pero cuando conoció a Giselle decidió que quería ser periodista. Ahora estamos muy unidos, mucho más de lo que estuve con Fred y con las chicas. Eso, como tantas otras cosas, tengo que agradeceréselo a prot.

Y por supuesto presumo de mis dos nietos, que vienen a vernos a menudo —*Shasta* está encantada con ellos— y son los niños más inteligentes y adorables que he conocido, con la posible excepción de mis propios hijos. Me enorgullezco de todos ellos.

El cargo de director se lo cedí a Klaus Villers. A pesar de que ha reducido el número de perros y gatos a seis por planta está haciendo un buen trabajo, sin duda mejor que yo. Liberado de las tareas administrativas, el programa de radio y otras obligaciones externas, ahora paso las horas de trabajo con mis pacientes, y la mayor parte del tiempo libre con mi familia. Ya no canto en la fiesta de Navidad del hospital, pero mi mujer insiste en que siga haciéndolo en la ducha; dice que si no canto no puede dormirse. Los dos sabemos que no soy Pavarotti, pero yo sigo pensando que me parezco a él, y eso es lo único que importa.

Me gustaría poder decirle a Robert que Bess está bien, pero no ha aparecido, al igual que la linterna, el espejo, la caja con los recuerdos... y no sabemos nada de su paradero. Si ven a una guapa joven afroamericana sentada en el banco de un parque abrazándose y acunándose, les ruego que la ayuden si pueden y nos comuniquen dónde está.

Y por supuesto me gustaría poder decirle adonde se fue su amigo prot. Le he puesto todas las cintas de nuestras sesiones, pero no parece comprender nada. Le digo que espere un poco más, que prot prometió regresar. Él escucha sin parpadear, acurrucado en su cama como una crisálida. Pero es posible que me entienda.

¿Volverá prot alguna vez? ¿Cómo pasó de su habitación a la de Bess delante de nuestras narices? ¿Utilizó algún tipo de hipnosis o una técnica similar desconocida para nosotros? Nunca lo sabremos. Ojalá pudiera hablar con él, aunque sea un ratito, para preguntarle todo lo que no tuve ocasión de plantearle entonces. Sigo pensando que nos podría haber enseñado muchas cosas, como el resto de los pacientes. Del mismo modo que la solución para muchos de nuestros trastornos físicos puede estar

esperándonos en los bosques tropicales, es posible que los remedios para nuestros males sociales se encuentren en lo más recóndito de nuestra mente. ¿Quién sabe lo que podríamos hacer si fuéramos capaces de concentrarnos con la misma intensidad que prot o si tuviéramos la fuerza de voluntad suficiente? Puede que, como él, si quisiéramos podríamos ver la luz ultravioleta. O volar. O dejar de ser «niños» y crear un mundo mejor para todos los habitantes de la TIERRA.

Quizá regrese algún día. Según sus cálculos no tardará en volver. Giselle, que ha estado esperándole pacientemente, no tiene ninguna duda al respecto, como todos los pacientes y la mayoría de los empleados, que guardan sus gafas oscuras en la mesilla que hay junto a la cama de Robert. Y yo salgo a veces por la noche para mirar el cielo, hacia la constelación Lira, y me pregunto...

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a un gran número de personas por su generosa ayuda, especialmente al doctor John Davis por su valiosa aportación y a Rea Wilmshurst, C.A. Silber, Burton H. Brody y Robert Brewer por la lectura crítica del manuscrito. También quiero expresar mi agradecimiento a mis editores, Robert Wyatt e Iris Bass, por su profesionalidad y sus excelentes consejos, a Ida Giragossian por sugerirme que me pusiera en contacto con ellos, a Annette Johnson y Susan Abramowitz por todos sus esfuerzos, y a mi agente Maia Gregory por su buen juicio y sus palabras de ánimo. Y, como siempre, a Karen, mi mujer, por su incondicional apoyo en todos mis proyectos.

Glosario

Å: angstrom (medida de longitud equivalente a una diezmillonésima de milímetro).

ABREACCIÓN: liberación de la tensión emocional que se produce al recordar una experiencia traumática.

ADRO: cereal K-PAXiano.

AFASIA: incapacidad para hablar o comprender el lenguaje hablado o escrito.

AGAPE: estrella de la constelación Lira.

AIKIDO: técnica japonesa de autodefensa en la que se derriba al adversario.

ANAMNESIS: evocación de sucesos pasados.

AP: ser K-PAXiano, similar a un elefante pequeño.

BALNOK: árbol K-PAXiano de grandes hojas.

BROT: un orf (antecesor de los dremers).

C: velocidad de la luz (trescientos mil kilómetros por segundo).

CONFABULACIÓN: sustitución de un hueco en la memoria de una persona por algo que considera cierto.

COPROFAGIA: obsesión por los excrementos.

COREA: trastorno del sistema nervioso caracterizado por temblores involuntarios.

DELIRIO: falsa creencia que se opone a cualquier razonamiento o confrontación con la realidad.

DRAK: cereal rojo con sabor a nueces.

DREMER: K-PAXiano de la especie de prot.

ELECTROENCEFALOGRAMA: representación gráfica de la actividad eléctrica del cerebro.

EM: ser K-PAXiano, parecido a una rana grande, que vive en los árboles.

FLED: ser K-PAXiano.

FLOR: planeta habitado de la constelación Leo.

HIPNOSIS: estado de trance en el que se recuerdan con claridad sucesos pasados con una predisposición mayor a la sugestión externa.

HOM: insecto K-PAXiano.

JART: medida de distancia (equivalente a 350 metros).

K-MON: unos de los dos soles de K-PAX (también llamado Agape).

K-PAX: planeta de la constelación Lira.

K-RIL: uno de los soles de K-PAX (también llamado Satori).

KORM: ser K-PAXiano similar a un pájaro.

KREE: vegetal K-PAXiano similar a un puerro.

KROPIN: hongo similar a las trufas.

LIKA: vegetal K-PAXiano.

MANO: una dremer.

MOT: animal K-PAXiano parecido a una mofeta.

NARR: persona que duda.

NEUROLÉPTICO: fármaco con propiedades antipsicóticas.

NOLL: planeta de la constelación Leo.

ORF: antecesor de los dremers.

PARANOIA: trastorno mental caracterizado por una manía persecutoria.

PATUSE: instrumento musical K-PAXiano, similar a la viola.

PROT: viajero.

RELDO: pueblo del planeta K-PAX.

RULI: ser K-PAXiano similar a una vaca.

SATORI: estrella de la constelación Lira.

SÍNDROME DEL SABIO: trastorno caracterizado por unas capacidades mentales extraordinarias, normalmente asociadas con un bajo nivel de inteligencia general.

SÍNDROME DE TOURETTE: trastorno neurológico caracterizado por tics nerviosos, y a veces por gruñidos e insultos.

SWON: un em.

TERAPIA ELECTROCONVULSIVA: tratamiento de choques eléctricos que se utiliza en casos de depresión aguda.

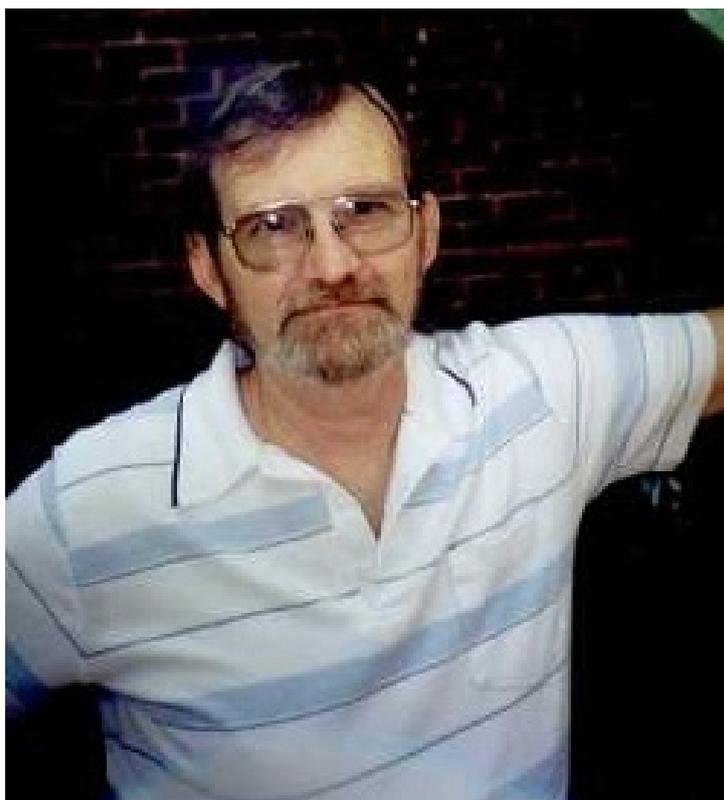
TERSIPION: planeta de la constelación Tauro.

THON: cereal K-PAXiano.

TRASTORNO DE PERSONALIDAD MÚLTIPLE: disfunción psicológica caracterizada por la existencia de dos o más personalidades que pueden controlar el cuerpo en momentos determinados.

TROD: ser K-PAXiano parecido a un chimpancé.

YORT: ciruela dulce.



GENE BREWER. Nació en 1937 y creció en Muncie, Indiana. Estudió en la Universidad DePauw y la Universidad de Wisconsin-Madison. Antes de convertirse en novelista, Brewer estudió la replicación del ADN y la división celular en varias de las instituciones de investigación más importantes, incluyendo el Hospital Infantil St. Jude (Memphis) y la Universidad Case Western Reserve (Cleveland).

Es el autor de la aclamada trilogía de K-PAX, un libro de memorias, Creación de K-PAX, y la adaptación teatral de su novela, K-PAX. El psiquiatra de sus novelas lleva su nombre: Dr. Gene Brewer. Vive en Nueva York y Vermont con su esposa y su perro. Sus aficiones son volar, correr, el ajedrez, la astronomía, la música, el teatro y, por supuesto, la lectura (autor favorito: Kurt Vonnegut). Sus pasiones son la ecología, los derechos de los animales y su esposa, Karen.